UC-NRLF
B 3 288 508

EL PELIGRO YANQUI

L. ARAQUISTAIN

LIBRARY
UNIVERSITY OF CALIFORNIA
DAVIS

LUIS ARAQUISTAIN

EL PELIGRO YANQUI

PUBLICACIONES ESPAÑA

MADRID
AÑO DE
MCMXXI

LUIS ARAQUISTAIN

EL PELIGRO YANQUI

PUBLICACIONES ESPAÑA
MADRID
1921

LIBRARY
UNIVERSITY OF CALIFORNIA
DAVIS

Reservados los derechos de
propiedad literaria.— 1921.

Imp. del Sucesor de E. Teodoro.—Glorieta de Santa María de la Cabeza, 1.

PRÓLOGO

A fines de Octubre de 1919 llegábamos a los Estados Unidos del Norte de América. A fines de Diciembre los abandonábamos. Dos meses incompletos duró nuestra estancia. Resultado de las impresiones de ese tiempo y de lecturas y reflexiones posteriores, es este libro.

Sería redundancia declarar que se trata de un libro imperfecto. Aparte de que la perfección no es nunca asequible para un espíritu exigente, basta mirar al índice para advertir que sólo de cada sección y en ocasione de cada capítulo se podría haber escrito un grueso volumen. La celeridad de la vida, que trae cada día nuevas obligaciones y preocupaciones, es causa de que en el tema de este libro predomine la extensión sobre la profundidad.

Sin embargo, el autor cree haber rozado, aunque no sea más, las fuerzas actuales y latentes más considerables de ese inmenso crisol humano que es la República norteamericana. Y hecho un somero balance de todas, la conclusión no puede ser más sombría: *El peligro yanqui*, título del libro, la condensa. ¿Peligro para quién? Para el mundo entero; incluso para los mismos Estados Unidos. Esta gran nación se nos ha antojado un trasunto de la Alemania que se embriaga en altivez y mesianismo de 1870 a 1914. Tal vez nuestra visión última de los Estados Unidos sea demasiado pesimista; tal vez la haya abultado el ejemplo demasiado próximo de la Alemania providen-

cialista. De todos modos, no seríamos sinceros si disfrazáramos nuestro temor.

Pero que la conciencia del peligro no sirva para agravarlo con previsiones que, a su vez, parecerán provocaciones. La actitud de los Estados Unidos en materia de armamentos, sobre todo marítimos, es siniestra; pero la actitud de Inglaterra y el Japón, redoblando su defensa frente al probable enemigo, tampoco es tranquilizadora. Por lo visto se va a repetir el pugilato por la supremacía militar, la lucha de la paz armada que, durante quince o veinte años, preparó la guerra entre Alemania, Inglaterra y Francia. El mundo está amenazado de otra paz armada, que acabaría como todas en cruentísima guerra.

El peligro yanqui, además, lo es especialmente para el resto de América. El capitalismo norteamericano puede ser espuela de progreso para las Repúblicas rezagadas de América; pero tras el capital van la bandera, los ejércitos, las instituciones, la lengua, la cultura del pueblo invasor. Admiramos vivamente la cultura anglosajona; ha sido nuestro mayor sustento espiritual; pero la aborreceríamos si quisiera imponérsenos, descuajando la personalidad histórica de nuestro país. Y en cierto modo, cada país americano de lengua española es una continuación, a veces superada, del nuestro. A España no puede serle indiferente el futuro de la América de su lengua. Extinguido felizmente el imperio de la materia, queda un imperio ideal, de tipo hispánico y fines culturales entre Europa y América. Este imperio del espíritu es el que nos duele ver amenazado por el peligro yanqui. No nos dolió la pérdida de las Antillas; antes bien, nos pareció una ley del tiempo y una sanción histórica a nuestros desaciertos. Pero nos aflige que un portorriqueño, por ejemplo, hable el español como un norteamericano. Contra este peligro específico hemos de estar prevenidos españoles e hispanoamericanos.

L. A.

INTERPRETACIONES Y VISIONES

I

UN MUNDO FLOTANTE

(De Liverpool a Nueva York.)

Antes de poner pie a bordo, hemos medido, desde el muelle, la magnitud del trasatlántico, comparando mentalmente su poder de resistencia con el poder de destrucción del próximo océano. Tranquilizados por el cálculo, a la vista del poderoso buque, hemos cruzado valientemente la plancha y nos hemos encontrado sobre la vasta cubierta. En tierra se queda todo nuestro mundo cotidiano y circundante, las luchas y los afectos, los bienes y los males de la sociedad creada en torno, como una piel de que súbitamente nos despojamos. Una travesía oceánica brinda al individuo la máxima oportunidad de encontrarse a sí mismo. ¿Pero son muchos los hombres que necesitan buscarse?

***

Sueltas las amarras, y una vez en franquía, hemos abdicado alegremente de nuestra personalidad de hombres que aspiran a ser libres. Nos hemos dado por entero a un autócrata, al capitán del buque, y no hay cuidado de

que nadie conspire contra su poder ni siquiera discuta sus actos. Puede llevarnos a puerto y puede llevarnos a la muerte, pero nuestra confianza y nuestra renuncia son ilimitadas y gozamos inmensamente con la conciencia de la irresponsabilidad. La democracia—el celo y el sentimiento de responsabilidad de todos—es sólo una salvaguardia contra los capitanes ineptos o vesánicos. Si los grandes, los verdaderos capitanes de hombres naciesen con un signo visible, con qué placer nos entregaríamos a ellos y nos dejaríamos guiar tutelarmente, sin temores ni remordimientos liberales. La inmensa mayoría de los hombres, los pueblos, no quieren el poder por ambición de dominio; antes al contrario, lo juzgan como una carga onerosa y están deseando hallar el hombre que la codicie sin peligro para el resto. Pero la navegación por el océano social es todavía una ciencia imperfecta y es preciso que el mando se otorgue por elección, no por renunciación, como en la náutica primitiva. La democracia es la ruta de la aristocracia y, si se nos apura, de la autocracia; pero antes hay que barrer estos tipos de autocracia y de aristocracia usurpadoras que nos llevan casi siempre al acantilado y rara vez a segura bahía.

***

La inmensidad del mar es un tópico destruído por la moderna técnica náutica. Un primer viaje oceánico, una primera impresión de un mar cercado por un horizonte que parece no poder alcanzarse nunca, todavía sugiere emociones de entusiasmo, algo así como una embriaguez cósmica. Pero una modesta familiaridad con las rutas oceánicas quita al mar toda grandeza dramática. Para un navegante novel, sus saltos y jadeos todavía pueden ser fuente de cómico terror. Pero después del advenimiento de estos colosos flotantes, que apenas se dignan balancearse levemente bajo el ímpetu de los mayores temporales, el mar es una bestia domesticada. (La bestia siempre peligrosa, femenina y envolvente, es la niebla.) Estos colosos

son, además, rapidísimos, y así la relativa extensión del Atlántico es hoy quince o veinte veces menor que en tiempos de Colón. Y con la nueva navegación aérea, el mar viene a convertirse en algo así como en el camino de la diligencia intercontinental. Antes parecía una temeridad aventurarse en el piélago. Pronto parecerá una ridiculez y sólo se usará este medio de comunicación para las mercancías y para los ancianos. El interés de una travesía no está, pues, ya en la relación del buque con el mar, sino en la actitud de unos pasajeros frente a otros. Al sentimiento dramático por la Naturaleza, ha sucedido la recíproca curiosidad psicológica—casi siempre cómica—de los hombres.

***

Un barco es como un Estado de los afectos. Está excluída la política, porque todos hemos abdicado nuestra soberanía en el autócrata que nos conduce, y también otras altas actividades del espíritu—el arte y la ciencia, sobre todo—porque el viaje es un tránsito y faltan en él las condiciones de duración y estabilidad que exige toda elevada creación. No hay espacio más que para los afectos. Al penetrar en el buque y explorarlo curiosamente, miramos los rostros de los compañeros de viaje con sondeadora insistencia, como si del primer golpe de vista quisiéramos descubrir cuáles van a ser nuestra simpatías y nuestros odios oceánicos. Son efímeros, generalmente, estos odios y simpatías, epidérmicos y fugitivos como el paso del buque sobre el oleaje; pero a veces toman la agudeza de una erupción cutánea. ¿Por qué hemos de aborrecer a esa criatura grotesca de bigote recortado y en púa a la manera de un cepillo de dientes? Detrás de ese risible ornamento capilar adivinamos una pobre psicología elemental, estéticamente imbécil, y acaso se trate de un santo varón y aun de un honrado padre de familia; pero no seríamos leales a nosotros mismos si no nos desquitáramos de la necesidad de convivir con gentes así hiriéndolas de

continuo con nuestra sátira, generalmente tácita, a veces expresa. En cambio, esa dama de cuarenta y pico de años frescamente conservados, que canta con tanta picardía y sentimiento en las veladas nocturnas, después de cenar—una dama conspícua, lady Forbes Robertson, esposa del celebrado actor inglés, que también viaja con nosotros—nos evoca la peligrosa edad de la adolescencia, cuando el corazón juvenil ve en el amor una síntesis del amor materno y del amor romántico y propende a dejarse cautivar por las maduras lozanías. Un buque es un Estado de afectos, y cuando faltan seres humanos sobre quienes ejercitar directamente el juego refractario o atrayente de las pasiones, el viajero busca de modo indirecto, por asociación—un niño, una mujer, un engolado señor—el recuerdo de personas queridas o detestadas. Y si esto no es posible, se traba amistad con el altivo gato de a bordo o con un pájaro que viaja entre los botes salvavidas de polisón.

***

Quiénes y qué son todas estas gentes? Esta pandilla de seres descocados, que forman como una cerrada sociedad en comandita de placer, que no cesan de beber, jugar y bromear, hombres de vida puramente externa, mujeres muy pálidas y muy desenvueltas que bailan tan bien, gentes todas que parecen vivir en un extraño y radical comunismo ¿quiénes son y adónde van? ¿Dónde hemos visto sus fisonomías familiares? Al cabo de varios días interrogantes, se descifra el misterio: son actores de película y toda su existencia oceánica es una constante película de banalidad. Representan el cine por dentro. Con nosotros viajan varios militares, ingleses, norteamericanos, canadienses, australianos. Son como miembros rezagados y dispersos de una organización y de una edad que, estando en el tiempo tan próximas, nos parecen espiritualmente ya tan lejos. Este robusto jefe militar, que en las veladas canta con la misma energía que si estuviera ejercitándose en

a gimnasia sueca, ¿no parece un ejemplar extraño de una especie ya desvanecida? Sobre el tono albino de la mayor parte del pasaje, destaca el bronce de los delegados indios a la Conferencia de Washington. Uno de ellos—amigo del poeta Tagore—tiene la dignidad y el vigor reconcentrado de un gran profeta asiático. Un inglés nos ha dicho al oído, con gravedad y respeto, frunciendo el ceño: —Es uno de los más temibles agitadores de la India...

Pero la mayor parte del pasaje está compuesta de gente de comercio, preocupada del vellocino de oro. Mientras los hombres dormitan en los sillones planeando sus negocios, sus esposas y sus hijas fuman incesantemente cigarrillos turcos, afanosas de no quedar por debajo de la «mujer moderna». La clásica dama de la «Old Merry England» y la vieja puritana del *Mayflower* comienzan a perder su preciso contorno entre tanto nubarrón de humo. Ya sólo falta que la «mujer nueva» se anexione la pipa hombruna y el tabaco *navy cut*.

***

A mitad de la travesía se ha publicado el *Cunard Bulletin*, una hoja con los radiogramas lanzados por la estación de Washington. El mundo se empequeñece. El «cuarto poder» invade hasta el mar. El espíritu de Cabot, que cruzó por primera vez estas aguas, no comprendería esta continuidad de comunicación. Varios viajeros expiden radiogramas a sus familias. ¿Dónde podrá el hombre, en lo futuro, hallarse en absoluta soledad?

***

El actor Forbes Robertson recita una noche trozos de Shakespeare, de manera maravillosa. (¿Por qué los actores españoles que interpretan a Shakespeare no llegan alguna vez a Londres?) Una profunda emoción em-

barga todos los ánimos. Veinte versos del poeta mágico, ¿no son más grandes y trágicos que el inmenso mar circundante? Shakespeare amaba la Humanidad concreta, no la metafísica.

***

Otra emoción trágica: la lectura en alta mar del *Epistolario* de Nietzsche. ¿Cuál es la tragedia de Nietzsche? No sólo su fatalidad patológica, por él presentida, que no era precisamente la fatalidad ideológica que, a su juicio, iba a revolucionar el mundo, sino su inhumanidad, su impotencia para convivir con lo diverso humano. Nietzsche rechazaba la discrepancia, y cuando él creía que el mundo se aislaba de él, era él quien se aislaba del mundo, y se desesperaba y precipitaba la rotura de su máquina mental. ¿Enloqueció por aislarse o se aisló por estar enloquecido? He ahí un problema que debiera preocupar a cuantos quieren justificar su alejamiento de los demás hombres por un supuesto desvío de los demás hombres respecto de ellos. La salud del espíritu está en el centro turbulento de la vorágine humana, con todas sus reacciones y diversidades. Nietzsche amaba la Humanidad metafísica, pero no la concreta.

***

Estamos a vista de tierra del Nuevo Mundo, del mundo de la cantidad. Pero por debajo de la cantidad ya se estremecen los primeros gérmenes de la calidad, y el Nuevo Mundo será también el mundo nuevo. Antes el centro de la Humanidad estaba en Europa. La guerra—tal vez el principio de liquidación de la civilización europea—le ha desplazado más hacia occidente, siguiendo la ley del desenvolvimiento histórico, y antes de un siglo es probable que esté en América, con permiso de Pío Baroja. Es más de fiar el ojo profético de Walt Whitman.

II

UN MUNDO CONVULSO

Hay que retroceder a la Grecia o a la Roma antiguas para encontrarse con un fenómeno histórico tan henchido de turbulencias biológicas como los Estados Unidos. Las crisis de los pueblos europeos son crisis de madurez, procesos fundamentalmente intelectuales, no de crecimiento, no instintivos, como los de la República norteamericana. De Europa se trae una impresión de plenitud espiritual y de comienzo de desgaste físico: un pueblo o un continente sólo están sujetos a acrecentamiento orgánico mientras reciben emigraciones, y Europa, al contrario, las suministra. El Norte de América, en cambio, suscita una impresión inversa: la de inmadurez espiritual y progresivo agrandamiento físico. Este contraste entre una vida espiritual primaria y una vida corpórea desbordante, hiere, de primera intención, la sensibilidad del europeo. Raro es el europeo que se sustrae a la tentación psicológica de condenar sumariamente este país como valor histórico. Pero si lográramos abstraernos del presente circunscrito y lo proyectáramos en un futuro indefinido, como inmenso foco de posibilidades; si pudiéramos contemplar este país, no como un principio en caótica gestación, no bajo nuestra subjetividad psicológica, sino con leal objetividad

histórica, no desde un punto de vista del ayer y del hoy, sino del mañana, habríamos de reconocer que los Estados Unidos representan, después de Grecia y Roma, la mayor polarización humana que se ha dado en la Historia.

Ahí, en su agitación biológica, reside el principal interés de este país. La mayor parte de sus manifestaciones sociales son actos de biología colectiva; actos para defender lo ya adquirido y actos apetentes de nuevas adquisiciones. En los pueblos europeos, los hombres luchan por ideas y por intereses de clase; en los Estados Unidos, por impulsos sociales. Para la nación americana existe una serie de razas cuya ingerencia e infiltración debe evitarse o reducirse, y otra serie de razas y pueblos que necesitan, para su perfeccionamiento, de la infiltración e ingerencia de los norteamericanos. Los primeros son los bárbaros de tendencia invasora; los segundos, los bárbaros que están pidiendo una acción interventora de tutela.

En el extremo inferior de la escala de razas cuya influencia tratan de excluir los Estados Unidos, están los negros, los esclavos de ayer, ilotas todavía hoy, porque aunque estén reconocidos sus derechos civiles en la letra de la ley, se los niega la costumbre. El problema de los negros es, a juicio de los observadores más desapasionados, el más árduo de los Estados Unidos. Se les estimaba por su utilidad, mientras eran esclavos; hombres libres, se les repudia y se les teme. A ello contribuye un tradicional prejuicio de razas, que ve en el negro un ser inferior, poco más digno que las bestias. Al mismo tiempo, se les teme por su supuesta crueldad, que de ser cierta, ha de deberse seguramente en gran parte al cúmulo de vejaciones y malos tratos, pasados y presentes, padecidos por la población negra. Sin duda, si esta raza lograse, por la fuerza o por el número, una preponderancia en la República norteamericana, sus represalias, probablemente, habrían de ser temibles. Pero tal vez no habría represalias si antes no hubiera habido hondos agravios. No sé por qué se me figura que también se los teme por su inteligencia y su imaginación; cuando la raza negra ten-

ga acceso a todas las formas y grados de la enseñanza y, en general, de la vida del espíritu, quién sabe cuál será su potencia creadora de cultura.

Pero la aversión y el temor no bastan para resolver el problema; en realidad, lo prolongan indefinidamente. Los Estados Unidos no pueden prescindir de esta raza de unos nueve millones de habitantes, en un total de noventa millones. No pueden extirparla. No pueden desterrarla. No pueden tenerla aislada perpetuamente. Es fatal que tengan que asimilarla. De otra suerte, los peligros de esta raza, desdeñada e irritada, son cada vez mayores, porque el crecimiento de la población blanca disminuye relativamente, y el de la negra aumenta. Con este grave problema, los Estados Unidos están expiando un grave pecado histórico: el de la esclavitud y la separación de razas.

Después de los ilotas, los negros, vienen los bárbaros, los extranjeros. Los hay de diversas categorías. La raza menos deseada por los norteamericanos, después de la negra, es la amarilla. Pero, a su vez, ésta se subdivide en dos categorías: la china y la japonesa. Los chinos representan la plebe de la raza amarilla; los japoneses, la aristocracia. Los Estados Unidos temen a ambos y les cierran sus puertas. A los chinos, a los *coolíes* asiáticos, porque venden barata su mano de obra y hacen imposible la competencia a los trabajadores blancos. Los norteamericanos, al no querer admitir a los chinos en el seno de su sociedad, defienden un más alto *standard* de vida, un más alto tipo de existencia. Tan profundo es este instinto de defensa biológica, que la propia Federación Americana del Trabajo, el órgano más autorizado de la clase obrera de los Estados Unidos, tiene publicado un folleto con los siguientes elocuentes títulos: *Algunas razones para la exclusión de los chinos.—La carne contra el arroz.—La masculinidad americana contra el coolismo asiático.—¿Cuál sobrevivirá?* El problema es también profundo: por una parte, ¿es justo impedir que emigre un pueblo, tan denso de población que apenas cabe dentro de su territorio, a países menos poblados y más productivos? Por otra, ¿es justo consentir que una emigración rebaje, con una

mano de obra depreciada, el nivel de vida de la población indígena? He ahí una de esas tragedias de la Historia, a las cuales, impotente la razón, no se les ve una solución pacífica.

Los japoneses encarnan también, para los Estados Unidos, el mismo peligro que los chinos: la baratura de la mano de obra. Pero al mismo tiempo, otro peligro: el de la concurrencia económica. Los chinos representan una amenaza para el trabajo americano; los japoneses, para el trabajo y para la producción y el comercio americanos. Los chinos traen, exclusivamente hasta ahora, una competencia de esfuerzo manual; los japoneses, eso y una competencia intelectual, directiva, técnica. Además, los japoneses no se limitan a disputar a los Estados Unidos un puesto al sol en su propio territorio, sino que son el mayor obstáculo, hasta ahora pacífico, pero quién sabe si violento algún día, a la expansión norteamericana hacia Asia. Entre América y Asia, dos grandes potencias biológicas buscan su ley de vida en direcciones antagónicas. ¿Será inevitable el choque?

En un grado inmediatamente superior a la raza amarilla, aparece la heterogénea inmigración extranjera de origen europeo, principalmente latinos y eslavos. También les miran con hostilidad, por diversas razones: los obreros norteamericanos, porque a su llegada de países más pobres, propenden, como es natural, a dar la mano de obra más barata que los indígenas, aunque no tanto como los inmigrantes amarillos; los patronos, porque estos inmigrantes europeos, al advertir su desventaja económica, procuran colocarse al nivel de los nacionales, y su malestar espiritual es un constante fermento de huelgas y agitaciones sociales; las clases directoras de la sociedad, porque algunos de estos inmigrantes importan consigo doctrinas políticas que en los Estados Unidos se juzgan subversivas. Todo lo que sale de la órbita de la política americana, se considera anarquista. Socialismo y sindicalismo son aquí iguales a anarquismo. La misma palabra «radical» significa en los Estados Unidos algo nefando e ignominioso. Todos estos extranjeros que viven organizados fuera de los partidos vigentes y de la Federación Ameri-

cana del Trabajo, llevan una denominación común, ominosa como un estigma: son los «rojos».

Nada hay ilícito contra estos rojos: les puede linchar la muchedumbre, como ese miembro de los *Industrial Workers of the World* (los Trabajadores Industriales del Mundo), asociación conocida por sus iniciales de «I. W. W.», que apareció colgado de un puente en Centralia, en los días del mes de Noviembre de 1919; la policía puede asaltar sus domicilios sociales, apresar sus personas, incautarse de sus cajas y de sus publicaciones y cazarlos a tiros si es menester, bajo el pretexto de cualquier supuesta conspiración para derrocar el Gobierno, como ocurrió en vísperas del aniversario de la República rusa de los Soviets, en que fueron detenidos más de quinientos «rojos» y encarcelados o deportados. Después del zarismo ruso, ningún país ha seguido una política de represión tan violenta, de represión tan radical de las libertades de prensa, de asociación, de reunión y personales como la burguesía norteamericana. Es el instinto que se defiende biológicamente de toda intromisión ideológica.

Pero el proceso de defensa no se detiene en los extranjeros. El mundo se divide, en los Estados Unidos, en extranjeros y norteamericanos. Pero los norteamericanos se subdividen en dos categorías: los muy norteamericanos, los que son norteamericanos hasta el infinito, los patriotas sin límite que colocan a su nación sobre el mundo entero, los del «North America over all in the world», hermano del vencido «Deutschland ueber alles in der Welt»; y los menos norteamericanos, esto es, los norteamericanos de espíritu crítico e ideas universales. Estos son los espurios, y su acción en la política y en la prensa es insignificante y duramente vituperada. Todo el mundo rivaliza aquí sobre quién posee mayor dosis de americanismo. Pobre del que en la vida política o social no procure superar a sus concurrentes en ardor americanista. Se le expulsará con vilipendio de la Universidad donde enseña veinte años, como a un profesor de la de Columbia, por el crimen de ser sospechoso de ideas radicales; se le expulsará del Parlamento, como al di-

putado Berger, por el delito de ser socialista; se le excluirá de los negocios; se hará el vacío en torno de sus periódicos y de sus libros. Un febril pugilato de nacionalismo pasa, como un viento morboso, sobre todo el país. ¿Quién es más americano? El éxito va, en todos los órdenes, detrás de quien más alto grite su americanismo. Un espíritu crítico y universal es como un leproso moral a quien debe aislarse, por lo menos.

Los Estados Unidos se defienden de las invasiones migratorias de hombres; pero su capital es a su vez emigrante y necesita de países donde pueda invertirse con lisonjeras perspectivas de lucro. Un nacionalismo biológico va aparejado a un imperialismo biológico. Cuba es una colonia económica de los Estados Unidos, como lo es Panamá, como lo es Santo Domingo, como está a punto de serlo Nicaragua, como se quiere que lo sea Méjico; en suma, como se aspira a que lo sea todo el Norte y el Centro de América. El gran cuerpo creciente necesita cerrarse a las nuevas células hambrientas y perturbadoras —los emigrantes extranjeros;—pero también necesita absorber substancias extrañas a su organismo—ajenos territorios inexplotados.—Esta actividad apetente puede asumir varias formas externas, según el grado mayor o menor de resistencia del país codiciado, que se convertirá, consiguientemente, en una «zona de influencia», en un «protectorado» o en una «colonia». Los Estados Unidos vuelven también sus ojos a Asia, como posibilidad nutritiva; pero allí interpone el Japón una barrera enojosa. En América no hay obstáculos a la expansión americana. La doctrina de Monroe protege a América contra toda intervención europea; pero no contra la intervención de los Estados Unidos en el resto de las naciones americanas. La Liga de Naciones prevé en su artículo 10 un género de protección universal: «Los miembros de la Liga se comprometen a respetar y preservar, contra una agresión externa, la integridad territorial y la independencia política existente de todos los miembros de la Liga.» La Liga de Naciones es un correctivo de la doctrina de Monroe o, si se quiere, su completamiento. Pero el Senado norteamericano, inspirado en un espíritu de expansión, que

es una degeneración del monroismo, no acepta estas limitaciones de la Liga, y así se da la paradoja de que esa institución internacional, que es obra de Wilson, sea rechazada por el Parlamento norteamericano. Esto quiere decir que Wilson y su partido demócrata, con lo que en ambos hay de idealismo y universalidad, estaban derrotados por el más agudo nacionalismo y el imperialismo que representa el partido republicano, ya antes de las elecciones presidenciales de fines de 1920.

En estos períodos de intensa actividad biológica, los pueblos aspiran a una política de energía. Ese es el anhelo de los Estados Unidos en estos instantes: una política de energía contra los extranjeros que quieren acudir al festín de esta nación y contra los propios americanos que, con sus huelgas e independencia de criterio, detienen el río de oro que va a acrecer el mar del capitalismo; y una política de energía también contra esos países americanos donde la inquietud política estorba a la plácida marcha de los dividendos norteamericanos. Falta un hombre que encarne esta política, y no hallándole, la nación le busca entre sus muertos. Ya le ha encontrado en Roosevelt. El primer aniversario de la muerte del hombre del «big stick», del garrote, fué una inmensa apoteósis nacional. Se glorificó su espíritu como el de un Mesías, y si no aparece pronto el hombre requerido por esa turbulencia biológica, bien se podrá decir de Roosevelt, como del Cid, que ganaba las batallas después de muerto. La sombra de Roosevelt es todavía el enemigo más formidable de Wilson y del partido demócrata.

Hay una comedia, *The melting pot* (El crisol), del judío Zangwill, donde plantea el problema de la fusión de su raza en el gran crisol norteamericano. Todos los Estados Unidos son un gigantesco crisol de razas, esto es, de instintos. El gran problema es este: ¿se llegará a un equilibrio por fusión o por exterminio? La tendencia ahora parece de exterminio mutuo, el recurso de la fuerza como solución única, en el interior como en el exterior. Situados entre Europa y Asia, los Estados Unidos serán por muchos años venideros el centro de la Historia Universal en sus manifestaciones menos inte-

lectuales y más biológicas. Estudiar los Estados Unidos es capacitarse para anticipar el futuro; tal vez un futuro más sombrío y trágico que el que muchos esperaban al término de la guerra.

III

CANTIDAD Y MAQUINISMO

La primera impresión de los Estados Unidos es de aturdimiento. Estamos en el reino de la cantidad. Todo es grande. Grandes son las casas, que buscan en el aire, perpendicularmente, una expansión que les niega la tierra, codiciada y cara, en un plano horizontal. Los hoteles son ciudades, y sus ascensores son trenes verticales. Grandes son las estaciones, que más parecen centros de comunicación del mundo entero que de un solo país. El puerto de Nueva York sugiere la impresión de ser el puerto de todo un continente, más que de una sola nación. Una preocupación cuantitativa domina en todas partes. Nadie aspira tanto a ser *mejor* que otro, a crear cosas mejores que otros, como a ser *más* que los demás. Frente a un hotel, frente a un periódico, frente a una fábrica, frente a una organización humana, la rivalidad y la competencia no se cuidan tanto de erigir un hotel mejor, un periódico mejor, una fábrica mejor, una organización mejor, como de levantar un hotel con más habitaciones, de fundar un periódico con más páginas, de construir una fábrica con más máquinas y más obreros, de elaborar una organización más numerosa. Se busca el «record», el número más alto, no la calidad. A los hombres se les mide por lo que representan numéricamen-

te, por los millones que poseen, por los dólares que ganan, por los ejemplares de sus libros que venden, por la cantidad de valores materiales que significan. El éxito y la fuerza sociales lo determina el número o el volumen de sus posesiones.

La cantidad engendra necesariamente un intenso desarrollo del maquinismo. El ideal de la cantidad lleva fatalmente consigo la exigencia de su multiplicación y, por lo tanto, de su fluidez. Pero la fluidez de la masa sólo puede lograrse a fuerza de máquinas. Todo está aquí mecanizado, sujeto al maquinismo. Es rara la relación humana directa. El hombre apenas puede comunicarse con el hombre sino por el intermedio de una máquina. Lo requiere así el gran espacio ocupado por las construcciones cuantitativas y lo complejo de cada organización material. Nada puede hacerse sin el automóvil, sin el subterráneo, sin el ascensor, sin el teléfono. En los hoteles no hay, por ejemplo, servidumbre inmediata. No hay timbres. Lo que uno desee ha de pedirlo por teléfono a la central del hotel, y de allí se da la orden correspondiente. Los hombres sirven a las máquinas, y rara vez a los demás hombres. Tanto es así, que por el menor servicio habitual en un hotel, por traer un vaso de agua o por cualquier otro menester al uso, la costumbre obliga a remunerar cada vez este trabajo con una propina, como si se tratase de un servicio extraordinario. Esta reducción del trabajo humano en los servicios directos es consecuencia del maquinismo, y a su vez causa de su incremento y también causa de una mayor valoración del esfuerzo. El hombre es más exigente con el servicio prestado a una máquina que con el servicio prestado a un hombre. Así se explica que la mayor parte de la servidumbre en los Estados Unidos sea de negros y de inmigrantes; esto es, de gente dispuesta a una remuneración menor y a sufrir el rebajado concepto social que lleva aparejada esta clase de servicios. Pero la tendencia evidente es a la eliminación del trabajo servil directo. En muchos establecimientos públicos de comer y de beber, el cliente se sirve por sí mismo. Esta idea del propio servicio está ya tan arraigada en la conciencia de los norteame-

ricanos, que a nadie sorprende. Al llegar a Nueva York había en curso una huelga de descargadores. La descarga de los baúles hubieron de hacerla los tripulantes del buque, con la lentitud y la impericia consiguientes. Los viajeros europeos se armaron de paciencia y esperaron a que sus equipajes fueran llegando al azar, o bien precipitaron la operación mediante el reparto de cuantiosas propinas a los mozos del barco. Los americanos, en cambio, se improvisaron esquiroles honorarios, y, provistos de carretas, fueron sacando sus equipajes con toda la naturalidad del mundo. Los automóviles particulares, en las ciudades americanas, rara vez van guiados por sus dueños, mujeres frecuentemente. El maquinismo ha libertado al hombre de una serie de prestaciones serviles, y con ello ha ganado su economía y su dignidad. Y allí donde aún rige, por la naturaleza del servicio, que hace inevitable el esfuerzo directo del hombre, el servidor se presenta al servido en una actitud de igual, cuando no de superior. Esto suele ser un semillero de enojos para los europeos, habituados a un régimen social de servidumbre histórica.

El maquinismo, hijo de una concepción cuantitativa de la vida, es a su vez padre del dinamismo, de la tiranía de la máquina sobre el hombre. Poco a poco, el hombre se va liberando aquí del hombre, de las derivaciones serviles de la antigua esclavitud; pero ha surgido una nueva esclavitud: la del ser humano frente a la máquina. Con el movimiento de la materia, el maquinismo arrastra también con el mismo compás a la gente. Una muchedumbre americana va siempre de prisa. Muchas veces, esta celeridad no es un medio para un propósito urgente, sino un fin en sí. Esta gente, que parece poseída de un impulso vertiginoso, tal vez va a una oficina donde no tiene otra cosa que hacer que distraer su ocio con la lectura de un periódico o de una novela de moda, tal vez se da esta prisa para dirigirse a un bazar donde nada piensa adquirir o donde sólo se propone descansar de la fatiga innecesaria. El ritmo del tráfago social es febril. Las máquinas dan la pauta. En un país poco mecanizado son los hombres los que dan la pauta a las máquinas, que van más despacio y funcionan con mayor irregularidad, casi podríamos

decir con mayor independencia, como si se hubieran humanizado. Aquí, al revés, son los hombres los que parecen haberse mecanizado: sus movimientos y la mayor parte de sus actos tienen la uniformidad y la celeridad de las máquinas. Se ejerce el movimiento por el movimiento. Es una finalidad, y no sólo un proceso instrumental. El maquinismo europeo explica la sátira de Samuel Butler, en su famosa novela *Erehwon*, contra la tiranía de la máquina sobre el hombre; los Estados Unidos la justifican.

Bajo una primera impresión de superficie, falible y sujeta a corrección como todas las impresiones, sobre todo si son primerizas, ¿qué representan los Estados Unidos para un europeo? En el orden cuantitativo y mecánico sugieren la idea de que llevan a los pueblos de Europa, materialmente más progresivos, por lo menos medio siglo de ventaja. Esta civilización de cantidad y dinamismo no puede interpretarse como una variedad, como una particularidad de un pueblo, sino como un grado superior de desarrollo en el proceso universal; por lo tanto, para un observador con visión histórica no puede ser considerada como un tema puramente pintoresco, lo cual sería tan impropio como juzgar como pintoresco un tren porque se le contempla desde el punto de vista de una diligencia. Pero en un orden de calidad, de reflexión, de valores espirituales, de últimas concepciones sobre la sociedad y, en general, sobre la vida, los Estados Unidos producen la impresión de que necesitan alcanzar a Europa en una delantera equivalente a la que llevan en progreso material.

IV

UN RASCACIELOS DE 58 PISOS

No hay en Nueva York muchas maravillas que ver. No ha tenido aún tiempo esta ciudad de aprender uno de los lenguajes de la historia, el monumento, ni de adornarse con las galas del arte. Obra del utilitarismo —economía y eficiencia—, es una ciudad sin pasado visible, sin belleza y sin anhelo de perduración. Sus construcciones carecen de todo sentimiento de eternidad. Se levantan sabiendo casi matemáticamente el número de años que han de durar, por lo general, un número corto, estrictamente el necesario para que el capital invertido se recobre y acreciente en el interés asignado. Nueva York, como ciudad, no es todavía más que una empresa de la industria y el comercio. No ha edificado aún para la eternidad, buscando las dos formas de perpetuación: solidez y belleza.

Pero ya empieza a manifestarse esta inquietud de eternidad. Naturalmente, sus estímulos no pueden ser los mismos que han creado los grandes tesoros de la arquitectura del pasado. Falta aquí el estímulo de la gloria dinástica, transmisor de tantos monumentos en Asia y Africa. Falta el estímulo religioso, padre de las catedrales góticas. Falta el estímulo de la comunidad civil, engendrador de tantas edificaciones públicas medioevales. Falta

el estímulo guerrero, falta el estímulo del conocimiento, falta el estímulo sensual, faltan todos los estímulos que buscaron su expresión de perpetuidad en un castillo, en una Universidad, en un palacio, en un Museo, en un Parlamento, en un circo. Tal vez todos estos estímulos existen, pero en estado potencial y todavía amorfo. Sin embargo, hay ya un estímulo que aspira a crear obras verdaderas. Es el estímulo de la gloria comercial. Y su manifestación más ostensible es el *sky-scraper*, el rascacielos.

El rascacielos es el signo más original de la civilización norteamericana. Inicialmente corresponde a una necesidad física de la ciudad de Nueva York; agotada la extensión superficial de la isla que le sirve de base, y en vista del aumento constante de la población, el hombre ha ideado una arquitectura de expansión vertical: consumida la tierra, se ha lanzado a los dominios del aire. Pero esta necesidad económica del rascacielos representa, por otra parte, lo más típico del espíritu norteamericano: cantidad e impersonalidad. El rascacielos simboliza el leviatán arquitectónico, el tipo de casa más grande que ha edificado el hombre, por lo menos el mayor esfuerzo de erección realizado hasta ahora en ese linaje de construcciones. El rascacielos encarna uno de los muchos orgullos nacionales de los Estados Unidos.

Además, el rascacielos expresa como ninguna otra fábrica humana el empequeñecimiento del individuo, que es otro de los signos de la civilización norteamericana. Otras civilizaciones—tal es el sentido de la europea—tienden a exaltar el individuo; todas las construcciones sociales, las del espíritu como las de la materia, se dirigen a servir al hombre, a acrecentar su potencia, a enriquecer su personalidad, a diferenciar su individualidad. La norteamericana, por el contrario, parece inclinarse, hasta ahora, a crear órganos de vida, de los cuales el hombre es más siervo que señor, medio más que fin, partícula sumisa más que dirección soberana. En todo el país las ciudades son semejantes, las modas son semejantes; las costumbres, los tipos, los espectáculos, los periódicos, las comidas, los propósitos, son se-

mejantes. Es la nación de lo grande y lo uniforme colectivo, de los «trust», de las sociedades anónimas, de lo inindividual. Todo el país es una inmensa sociedad anónima.

En un país así, el rascacielos es una creación representativa. En los pueblos de civilización muy individualista, los instrumentos materiales de la acción dinámica y de la pasiva o reflexiva sirven de ampliación de la personalidad. Los medios de locomoción equivalen a un prolongamiento de la locomoción del individuo; las casas significan como una extensión de su contorno físico, como una expansión de su volumen corpóreo. En los Estados Unidos, en cambio, los términos parecen trastrocados: la violencia y la brusquedad de los medios de transportes, que maltratan y tiranizan al individuo, sugieren la impresión de que las máquinas no andan para trasladar con mas rapidez a los hombres, sino que los hombres se prestan instrumentalmente a la traslación para que las máquinas ejerciten su máxima velocidad e incomodidad. Las casas no tienen por objeto proteger y personalizar más al individuo, sino impersonalizarle y reducirle a vecino infinitesimal. Más que señor de su residencia, más que rey de su reino domiciliario, el norteamericano es la hormiga impersonal y uniforme en un hormiguero infinito. Esta negación de la individualidad la representa el rascacielos de modo perfecto. Un rascacielos neoyorquino no es tanto un edificio como una ciudad, pero una ciudad sin vecindad posible, una ciudad donde los prójimos están tan próximos y amontonados que no logran distinguirse, que no pueden tener conciencia de diferenciación, y menos aún, por lo tanto, esa personalidad vecinal que se afirma saludando amistosamente por la ventana a otra personalidad o apedreándosela con nocturnidad y alevosía si media un odio de convecinos. El rascacielos es la gran residencia anónima, la ciudad sin suburbios de unos cuantos millares de seres humanos numerados. Es el símbolo más expresivo del sentimiento de impersonalidad que caracteriza a la civilización norteamericana.

Originariamente, el rascacielos no responde más que a un fin económi-

co, esto es, temporal y antiestético. Es feo y está hecho sin propósito de larga duración, porque la belleza y la eternidad material cuestan caras y rara vez rinden dividendos.

Pero el rascacielos empieza ya a avergonzarse de sí mismo, de su aire de inmenso cuartel puesto en pie y de su escasa consistencia, y está iniciando sus primeras tentativas de perpetuidad y belleza. Hasta ahora, su expresión más conspicua es un edificio de cincuenta y ocho pisos que se eleva en pleno corazón comercial de Nueva York. Se le conoce con el sobrenombre de «Catedral del Comercio». Es, en efecto, el comercio glorificado, elevado a religión en este gigantesco santuario, que, para establecer mejor su parentesco espiritual con las viejas fábricas eclesiásticas, ha osado revestirse de formas góticas. Este curioso monumento es la apoteósis del comercio, la consagración de un milagro comercial. Alzó este edificio un hombre que alcanzó rango de multimillonario, con vastos y numerosos bazares extendidos por todo el país, donde los precios de sus infinitas mercancías son exclusivamente de cinco y diez centavos. Nunca el centavo como fin de lucro tuvo santificación más grandiosa que en esta enorme mole. En ella han colaborado, con sus minúsculos desembolsos, millones de compradores. Rara será la familia norteamericana que no ha contribuído indirectamente a su erección. Del mismo modo que las catedrales y los monumentos de la antigüedad eran obra del pueblo entero, que así perpetuaba su amor o su temor a los dioses y a los reyes, también esta catedral del centavo lucrativo es obra de todo el pueblo norteamericano, que de esa forma ha querido, por voluntad encarnada en un hombre, eternizar su amor o su temor a los dioses de la riqueza. Entre sus inquilinos y empleados suman una población de 12.000 almas; su altura es de 792 pies; al entrar por sus puertas se tiene la impresión de que se va a recorrer una ciudad erguida.

Este inmenso edificio está dominado por la preocupación de lo gótico. En ese sentido su forma carece de originalidad; pero por otra parte, expresa a la perfección el sentimiento religioso que en este país lo satura y lo

envuelve todo, elevando incluso el comercio a función de religiosidad. El rascacielos no ha hallado aún su vestidura propia, su estilo arquitectónico: pero una construcción como ésta revela numerosas posibilidades de arte. Como instrumento práctico, de residencia humana, el rascacielos produce una infinita depresión espiritual. ¿Llegará a desaparecer con el tiempo la casa individual y se poblará el mundo entero de rascacielos? Para un temperamento individualista, el ideal es que, entre su personalidad y el resto del universo, social o natural, medie el menor número posible de cosas. Pues bien, el rascacielos significa una masa excesiva, levantándose entre el hombre, por una parte, y la sociedad y la naturaleza, por otra. Su inmensa mole abruma y aisla, a fuerza de amontonarle, al individuo. Un mundo poblado de rascacielos es una pesadilla demasiado trágica.

Desde lo alto, desde la torre que corona sus cincuenta y ocho pisos a los cuales se sube por velocísimos ascensores, se domina toda la ciudad de Nueva York, cubriendo por completo la isla de Manhattan y desbordándose, al otro lado de los ríos Hudson y Este, a Nueva Jersey y Brooklyn. Al Sur se abre el puerto, sin igual por su grandeza natural y por su tráfago. Nueva York da la impresión de ser la capital de todo este hemisferio de Occidente, rival ya de Londres y París como centro de curiosidad universal y de afanes comerciales. Pero todavía es una ciudad triste; dijérase que sus habitantes han sacrificado su personalidad—el amor a los fines ideales y sensuales de la existencia—para crear este terrible emporio. El rascacielos es como una primera fuga espiritual de la agobiadora vulgaridad cotidiana. Desde estos cincuenta y ocho pisos, los seres humanos semejan en las calles profundos ríos de hormigas que buscan su grano de oro para almacenarlo avaramente. Todavía no han aprendido a sembrarlo idealmente, todavía ignoran que la riqueza no debe ser un fin individual, sino un medio social. A lo sumo, como tributo a la riqueza levantan estos hormigueros colosales, que son los rascacielos. Pero el grano de oro está ya lleno de gérmenes espirituales, y tal vez sea pronto el instrumento de las causas más heterodoxas y

subversivas. Un detalle: la miseria que sufre el pueblo ruso, singularmente sus niños, por causa del bloqueo, está llevando constantemente a manifestaciones callejeras de protesta a las mujeres más ricas de Nueva York; la plutocracia femenina es allí el aliado más firme del bolchevismo.

V

UN PUEBLO JUVENIL Y CENTRICO

He querido purificar mi conciencia, como informador leal, de toda impresión puramente subjetiva, engendrada en el contraste con mi temperamento, mi educación y mis hábitos, antes de responder a esta pregunta, que era como la fuerza directriz de mi atención y mis percepciones: ¿Qué significa la República norteamericana objetivamente, para mí, para usted y para el de más allá? Si fuera una potencia minúscula o agotada, nuestro interés no excedería de la emoción patética y compasiva que nos sugieren las cosas débiles o realizadas. Pero tratándose de una realidad tan poderosa y, al mismo tiempo, tan potencial, el interés ha de ser activamente inquisitivo. ¿Qué acciones futuras, qué grandezas, qué catástrofes o bienaventuranzas reservan a la Humanidad los Estados Unidos?

Los pueblos son como seres humanos. Unos nos producen una impresión de infancia candorosa. Tienen de sí mismos una idea excesivamente alta, que es el impulso de su personalidad, y muestran extremado celo en repudiar toda tutela, y a veces todo parentesco espiritual. Es el estímulo de la individualidad, profundo y respetable, el que inspira su enérgico optimismo y sus inocentes jactancias. No falta quien se enoja con estos pueblos nacien-

tes; pero quien carezca de vanidad histórica y los observe con desinteresado amor intelectual, antes que a ofenderse y a reprenderles se sentirá impelido a darles unas afectuosas palmadas en la espalda. Su vitalidad merece todo género de alientos.

Otros pueblos comunican la melancolía de la decrepitud. Han realizado su obra, y están poseídos por un sopor que no se sabe si es sueño o principio de muerte. A veces es sueño, y, tras el descanso reparador, renacen con redoblada energía. Así, Italia. Pero hay otros que no pueden despertar. No ha podido despertar Turquía, ni podrá Marruecos. Tras un largo período de morboso letargo, España parece volver de nuevo a la vida. Pero sus movimientos, ¿no serán puramente mecánicos, externos, como los de un sonámbulo? ¿Despierta también su conciencia de nación, de miembro de la familia humana? Quede aquí el ácido interrogante.

Otra tercera categoría de pueblos es la de aquellos que han alcanzado la dorada edad de la madurez, cuando la conciencia está en su plenitud y los apetitos se sienten satisfechos. Son los pueblos equilibrados, todo mesura, discreción y tolerancia. Inglaterra encarna perfectamente este tipo, y también, con diverso matiz, Francia. El mundo no tiene que temer ningún grave daño de este linaje de pueblos. Son los pueblos que entraron hace tiempo en la segunda mitad de la vida, y si bien les anima un sentimiento conservador frente a la Historia, no lo es tanto que se cierren a todo cambio y a todo recién venido. Poseen suficiente vitalidad para poder ser flexibles. Les repugna la violencia, y conciben el progreso como una mezcla de estabilidad y mutación, como una transformación en las esencias, sin sustituirlas, ni menos destruirlas. Los nuevos derechos sin aniquilar la sustancia de los viejos. La marcha adelante sin grandes saltos bruscos. ¿Es esto siempre posible?

Hay una última categoría de pueblos, ni infantiles ya, ni severos, ni maduros aún, pueblos de primera juventud, llenos de voluntad de vivir y de crecer, propensos, si los bienes inmediatos no les bastan, a tender la mano

sobre los ajenos y a violar, por lo tanto, el derecho vigente, no para modificarlo en su raíz, sino para servirse de él y consolidarlo, una vez la acción consumada. Son los pueblos que quieren un puesto al sol del viejo derecho, un asiento en el banquete de la mesa tradicional. Harto a menudo no conocen más medios que la violencia. Entonces comienza a formarse una tempestad sobre el mundo, y si la razón no refrena al pueblo apetente, sobreviene, a la postre, la catástrofe.

Los pueblos de este tipo suelen ser, durante el desarrollo biológico de su voraz juventud, el centro de la Historia experimental. Unos temen por sí; otros, por el equilibrio general. Casi todos los pueblos europeos han pasado en la edad moderna por ese centro tempestuoso. Pasó España, pasó Francia. Acaba de pasar Alemania, y su paso ha sido el más trágico de todos. Pasará, probablemente, el Japón. ¿Pasarán los Estados Unidos? La respuesta es que tal vez ya están en ese centro vertiginoso o muy cerca de él. Hoy, el mundo no es ya, como hasta hace pocos años, sólo Europa, sino el mundo entero. América y Asia, que miraban al tablero europeo como espectadores pasivos, cuando no como prendas de la partida, se han convertido de pronto en primeros actores. El mundo ha recobrado, políticamente, su redondez, su esférico contorno, y en esa nueva pista internacional, los Estados Unidos comunican una impresión de centro. En los próximos cuarenta o cincuenta años, el mundo va a dar muchas vueltas en torno de la República norteamericana. Todo—su economía, su posición geográfica, el grado de su desenvolvimiento, sus aspiraciones—contribuye a despertar en el atento visitante la sensación de que se pasa por el nuevo vórtice de la Historia. Esto no quiere decir necesariamente que en ese torbellino se esté fraguando la nueva catástrofe. Nuestro espíritu se resiste a creer en una nueva catástrofe, porque no creyendo, se reducen sus posibilidades. Las guerras, como los mitos, son creaciones nuestras, y si todos pudiéramos expulsarlas de nuestras conciencias desaparecerían también de la realidad. No queremos creer en una catástrofe universal provocada por los Estados Unidos; nuestra voluntad de fe

genérica en los hombres y de fe específica en el pueblo norteamericano, nos niega el derecho al pesimismo. Pero, de todos modos, bueno es formarse conciencia de un país que va a ser, si no lo está siendo ya, centro histórico, para poder interpretar certeramente los sucesos venideros, y acaso la conciencia que de él forme poco a poco el mundo sirva para iluminar la suya propia y corregir cualquier posible desvío. Si el mundo hubiera tenido clara conciencia de la Alemania anterior a la guerra, y los alemanes hubieran adquirido conciencia de esta conciencia, es probable que el pueblo alemán se hubiera conducido de otra suerte.

En varios trabajos sucesivos, que no tendrán la infatuada pretensión de agotar los Estados Unidos como tema de estudio, sino el modesto propósito de llamar la atención a los curiosos sobre una de las realidades más complejas y potenciales del mundo de nuestros días, se tratará, con la mayor sistematización posible, de algunas de las cuestiones que más preocupan al pueblo americano, y que, al propio tiempo, son de interés universal.

LA EVOLUCIÓN ECONÓMICA

I

LA RIQUEZA NACIONAL

Una interpretación económica, ciertamente, no agota todo el contenido de la Historia. Un hecho económico puede engendrar hechos de índole tan espiritual, tan antieconómica, que a su vez transformen la propia economía. El medio económico es como una variante del medio natural: impone ciertas determinaciones al hombre; pero al mismo tiempo el hombre reacciona sobre él y le transmuta. La historia no es pura economía, y otro sería su desarrollo si el fenómeno económico no despertara en el hombre ideas y sentimientos de justicia que fijan su valor moral y motivan el cambio. La diferencia entre una sociedad de animales y una sociedad de hombres consiste justamente en que, sólo en la segunda, la determinación económica va mezclada a una determinación ética. Un estado económico, injusto, podría persistir perpetuamente si no surgiera una conciencia moral para definir su injusticia y proponer su mutación. Pero a su vez no podrá tenerse clara idea del conjunto de fuerzas morales de un pueblo, incluyendo especialmente la política interior y exterior, si antes no se sondea su realidad económica. Por lo tanto, para saber lo que significa la política de los Estados Unidos, como relación entre sus habitantes y como relación con los otros pueblos, será conveniente primero averiguar cuál es el estado de su economía.

Hay dos ángulos de visión para examinar la riqueza de un país. Desde uno se tiene la riqueza total, que hace que un país sea pobre o rico. Desde otro se tiene la riqueza de cada individuo. Un país puede ser muy rico y, en cambio, muy pobre la mayoría de sus habitantes, si la riqueza está mal distribuída, y al contrario. Por consiguiente, si se quiere tener una idea un poco exacta de la realidad económica de un país, será menester adquirir noción de su riqueza total y luego de esa riqueza tal como está distribuída.

Hay un libro excelente, que va a ayudarnos en esta previa tarea de información económica, titulado *The wealth and income of the people of the United States*, del Profesor de Estadística Willford Isbell King, en la Universidad de Wiscosin. Para no embarazar al lector con excesivos guarismos, transcribiré sólo un extracto esencial de las tablas estadísticas de esa obra, estrictamente el necesario para demostrar las siguientes proposiciones, que han de ser el tema general de estos trabajos y la explicación de la política actual y venidera de los Estados Unidos.

Relativamente disminuye la agricultura y aumenta la industria. Consecuencia: disminuye el número de personas que de obreros pueden convertirse en propietarios y aumenta el número de los que se proletarizan. Consecuencia: la clase obrera se torna cada vez más inquieta y la clase capitalista más severa. Disminuyen los recursos naturales y aumenta el capital disponible. Consecuencia: la explotación económica es cada vez más difícil. Consecuencia: se quieren cerrar las puertas a la inmigración humana, al trabajo extranjero y, en cambio, quiere emigrar y emigra el capital indígena. Consecuencia: una política de expansión económica en toda América y en parte de Asia, rozamientos con Méjico, con el Japón...

La Agricultura pierde terreno. En 1850 la población agrícola de los Estados Unidos representaba el 40,6 por 100 de la total; en 1910, el 34,6 por 100. En 1850 la gente que vivía en pueblos menores de 8.000 habitantes, era el 46,9 por 100 de la población total, y en ciudades mayores de 100.000 habitantes, el 6 por 100; en 1910 las proporciones son, respectiva-

mente, de 26,5 y 22,1. La gran ciudad se está tragando a la aldea; la industria, a la agricultura. Pero la emancipación económica estaba en el campo. La tierra se daba gratis. Era una tierra fértil, rodeada además de caza y pastos, que hacía aún más productivo el trabajo del labrador. La agricultura daba al individuo holgura, muchas veces prosperidad, a menudo opulencia, Eso se acabó. Ya no hay tierra gratis, y la tierra disponible es cada vez peor, y además está acotada por otras propiedades. Al hombre pobre le es más difícil cada día elevarse a rango de propietario. En 1850 correspondían a cada habitante, 12,66 acres de tierra de labranza, y a cada labrador, 31,17 acres; en 1910 correspondían 9,55 y 27,63 acres, respectivamente. Disminuye la cantidad de tierra disponible y empeora la calidad. El hombre pobre se ve compelido ya a quedarse en las ciudades, carne de industria, sin esperanza de redención económica. Esto transforma la psicología social del obrero norteamericano, como hemos de ver más adelante.

Paralelamente, la riqueza mineral, si no llega aún a un punto de escasez, ofrece de día en día mayores dificultades a la extracción, y el capital, más impaciente, busca campos más fáciles en países extranjeros próximos. La extracción de minerales ha seguido una escala de incremento enorme. En 1850 se extraían seis millones de toneladas de carbon; en 1912, 477 millones; 564.000 toneladas de hierro en 1850; 29.727.000 en 1912; 700 de cobre, en 1850; 558.000 en 1912; 211.000 de fosfato, en 1880; 2.973.000 en 1912; 21 millones de galones de petróleo en 1860; 9.329 millones en 1912; por valor de 19 millones de dólares de gas natural, en 1890; 71 millones en 1910. No hay peligro, sin embargo, de que la inmensa riqueza mineral de los Estados Unidos se agote en poco tiempo. Si se sigue extrayendo el carbón conforme al aumento proporcional que ha regido hasta ahora, los depósitos naturales se agotarían en siglo y medio, pero si no se consumiera en el porvenir más que en la fecha, habría reservas para unos siete siglos. La cantidad total de carbón que hay en los yacimientos se calculó en 1908 en 3.135.708 millones. El mineral de hierro existente se calcula en tonela-

das 4.784.930.000 de buena calidad, que probablemente se consumirán entre cincuenta y cien años; entonces será necesario recurrir al de calidad inferior. El cobre y el fosfato se están consumiendo rápidamente. Pero la substancia más próxima a agotarse es el petróleo. Se calcula que aún quedan 13.000 millones de barriles de 42 galones; sólo en 1912 se extrajeron 200 millones. Dada la utilidad del petróleo, éste es uno de los problemas económicos más serios de los Estados Unidos y una de las causas de su política en Méjico, por la riqueza petrolera de este país.

En suma: disminuye rápidamente la cantidad de tierra disponible, el más apto instrumento de emancipación para los desheredados. Esto significa que aumenta la proletarización de las clases pobres, o sea su incorporación a un régimen de salarios del cual es punto menos que imposible elevarse a categoría de capitalista. El incremento de la industria a expensas de la agricultura es tal, que las exportaciones de carnes y granos están disminuyendo aceleradamente, y hoy los Estados Unidos importan ya esos productos en grandes cantidades de la Argentina. Por otra parte, el capital americano busca recursos naturales de más fácil explotación en los países jóvenes del resto de América, singularmente en Méjico y en otros del centro. De este modo la evolución de su economía está transformando su política interior y exterior. Pero para que se comprenda mejor lo primero será menester dar antes algunos datos sobre la distribución de la riqueza.

II

DISTRIBUCIÓN DE LA RIQUEZA

Por la riqueza total de un país puede anticiparse su destino histórico, su lugar en el mundo, puesto que su riqueza, en cierto modo, es su fuerza; pero su desenvolvimiento interno, y a veces el externo, depende de cómo esa riqueza está distribuída. Aduzcamos algunas cifras sobre los Estados Unidos.

El capital activo de la República norteamericana—instrumentos de producción y cambio—se calculó para 1850 en 2.757 millones de dólares; para 1910, en 47.961 millones; por cabeza, para 1850, en 119 dólares; para 1910, en 521. Pero del estado económico de los individuos de un país, más que el capital, dan idea las entradas o utilidades. Las ganancias de los Estados Unidos en 1850 fueron de 2.214 millones de dólares; en 1910, de 30.530 millones; en 1850, por cabeza, 95; por familia, 535; en 1910, por cabeza, 332; por familia, 1.494.

Pero estas mismas cifras nos dicen muy poco, porque el valor adquisitivo de la moneda varía de año en año, y aun de día en día, y una unidad monetaria puede tener hoy un poder de compra igual a su mitad hace años, o al contrario. ¿Quién ignora, por ejemplo, que hoy una peseta vale, como

instrumento de adquisición, tal vez menos que media peseta hace cinco años? Los estadísticos acostumbran fijar un índice de precios, tomando como base el promedio en un período de tiempo, en un año o en un decenio, por ejemplo, y refiriendo a ese promedio los precios anteriores y posteriores. Este ingenioso arbitrio reduce el margen de irrealidad de las estadísticas globales, pero no le anula. Por otra parte, la estadística de distribución por cabeza y por familia significa bien poco, porque en la vida real esa distribución es ilusoria. Es necesario conocer la distribución por clases sociales, y por cabeza o familia dentro de cada clase.

De los 30.530 millones de dólares que hicieron en 1910 las ganancias de los Estados Unidos, algo menos de la mitad, o sea 14.303.600.000 dólares, correspondieron a sueldos y jornales. El resto se repartió entre intereses, renta y dividendos. Dividiendo la sociedad en cuatro categorías, la clase más pobre, clase media baja, clase media alta y la clase más rica, el señor King obtiene los siguientes resultados para Prusia en 1908, para Francia en 1909, para Inglaterra en 1909 y para Wisconsin—uno de los Estados Unidos tomado como tipo—en 1900. La clase más pobre, representando un 65 por 100 de la población, poseía en Prusia, en la fecha indicada, el 4,9 por 100 de la riqueza total; en Francia, el 4,3 por 100; en Inglaterra, el 1,7 por 100; en Wisconsin, el 5,2 por 100. La clase media baja, representando un 15 por 100 de la población, poseía en Prusia el 5,5 por 100; en Francia, el 5,6 por 100; en Inglaterra, el 2,9 por 100; en Wisconsin, el 4,8 por 100. La clase media alta, representando un 18 por 100 de la población, poseía en Prusia el 30,6 por 100; en Francia, el 29,4 por 100; en Inglaterra, el 23,7 por 100; en Wisconsin, el 33 por 100. Y la clase más rica, representando el 2 por 100 de la población, poseía en Prusia el 59 por 100; en Francia, el 60,7 por 100; en Inglaterra, el 71,7 por 100; en Wisconsin, el 57 por 100. Estas cifras bastan para dar una idea de la enorme desigualdad de distribución en la riqueza total, singularmente en Inglaterra. El Estado de Wisconsin acusa una desproporción menor; pero tan pequeña, que aun en él

dos centésimas de la población son más ricas que todo el resto junto. Y si se examinan las ganancias o utilidades, la desigualdad, aunque no tan grande, es también cuantiosa. El 65 por 100 de la población más pobre de los Estados Unidos recibía en 1910 el 38,6 por 100 de la entrada total; el 15 por 100 de la clase media baja, el 14,2 por 100; el 18 por 100 de la clase media alta, el 26,8 por 100, y el 2 por 100 de la clase más rica, el 20,4 por 100. La distribución de las utilidades y, en general, de la riqueza en los Estados Unidos no es tan desigual como en los países europeos; pero hace tiempo que la República norteamericana ha dejado de ser también Eldorado de las clases pobres.

Los salarios han aumentado voluminosamente en estos últimos años. De 1890 a 1899, el promedio por semana fué de 8,23 dólares; en 1912, de 11,17; actualmente es muchísimo más alto. Pero el costo de la vida ha aumentado en análoga proporción. En el trabajo de la mujer, por ejemplo, dividiendo el índice de los salarios por el índice de los precios de los artículos, se obtiene para 1890 un índice de 95,6, y para 1912, un índice de 98,1; es decir, la relación de salarios y precios de subsistencias en un período de veintidós años apenas si ha variado. En realidad, hoy los obreros norteamericanos son tan pobres como varios lustros atrás. Tal vez trabajen menos horas; tal vez se haya elevado algo su tipo de vida; pero su situación económica es hoy más angustiosa, en rigor, que en otro tiempo. Porque, hasta hace poco, había tierra disponible, y la emancipación económica por la agricultura o por la pequeña industria y el pequeño comercio era una posibilidad. Hoy, la agricultura, la industria y el comercio no tienen ya puertas para el desheredado, salvo si llama a ellas como jornalero. Esta conciencia de su proletarización, de la argolla de hierro del régimen del salario, es lo que fundamentalmente está en el fondo de las agitaciones del obrero norteamericano.

LA EVOLUCIÓN SOCIAL

I

LOS CABALLEROS DEL TRABAJO

Los Estados Unidos del Norte de América forman el baluarte más fuerte del capitalismo. En ninguna parte la clase capitalista es más poderosa ni está mejor organizada; en ninguna parte la clase obrera tiene menos conciencia de clase. La razón de esto estriba en el estado económico del país. Mientras había tierra disponible y la industria y el comercio no estaban tan concentrados, siempre existía la posibilidad de que un simple obrero pasase a condición de propietario. Para la inmensa mayoría de los obreros eso es ya difícil, si no imposible. ¿Se resignarán a su suerte? ¿Tratarán de subvertir el régimen social vigente? ¿Qué signos se observan en el movimiento obrero norteamericano? La cuestión, aunque indiferente al parecer, por lo lejana, es de gran importancia, porque los Estados Unidos representan ahora la derecha social frente a Rusia, que es la extrema izquierda — el resto de Europa simboliza el centro, un anhelo de conciliación — , y lo que allí acontezca ha de tener resonante repercusión en el mundo entero. Bueno será, pues, adquirir una idea del volumen y el espíritu del movimiento obrero en la república norteamericana.

La agitación obrera ha seguido en los Estados Unidos dos tendencias

universales: una política y una sindical. Por la acción política se ha querido transformar o simplemente mejorar la sociedad mediante nuevas leyes. Por la acción sindical se ha buscado el mismo fin mediante la lucha o acción directa entre obreros y patronos. Ninguna de estas dos tendencias es pura; la acción política o indirecta a través del Estado va vinculada con frecuencia a la acción directa o social, y viceversa. Pero cada tendencia suele encarnar en organizaciones distintas, a veces aliadas, a veces hostiles. La clase obrera norteamericana no ha acertado hasta ahora a concentrarse en un gran cauce político. Su fuerza se ha dispersado y malogrado en infinitos canales. Bastará mencionar algunos de los partidos de significación obrera que aparecen en los Estados Unidos durante el siglo XIX y lo que va del XX: Association of Working People of New Castle County, Citizens'Alliance, National Greenback Labor Party, Greenback Party, Labor Party of Illinois, Labor Party of Newark, League of Deliverance, National Party, National Reform Association, National Union Labor Party, New Democracy, New England Association of Farmers, Mechanics and Other Workingmen; New England Working Men's Association, People's Party, Progressive Democracy, Progressive Labor Party, Radical Labor Party, Revolutionary Socialist Party, Social Democratic Party, Social Democratic Party of North America, Social Party, Socialist Labor Party, United Labor Party, Workingmen's Party, Workingmen's Party of California, Workingmen's Party of the United States. Y no está completa la lista. Esta abundancia de organizaciones políticas prueba que la clase obrera no ha podido construir aún el partido que rivalice y luche por el Poder con los dos grandes partidos nacionales: el democrático y el republicano, las dos piernas del Estado. Pero del desenvolvimiento político de la clase obrera norteamericana hemos de hablar más adelante.

En cambio, el desarrollo gremial o sindical ha sido más orgánico y eficiente. Durante casi un siglo, el esfuerzo de la clase obrera norteamericana se concentra principalmente en la organización de Sindicatos locales por

oficios. Estos Sindicatos se unen en Federaciones nacionales, y en 1881 surge la idea de constituir una Federación de Federaciones. Pero no cuaja plenamente hasta 1886, en que se forma la poderosa Federación Americana del Trabajo.

Esta organización significa una especie de aristocracia obrera. Su origen es el siguiente: De 1873 a 1879 hubo una gran depresión industrial, que aprovecharon los patronos para «dar la batalla», como ahora se dice, a los Sindicatos. A fuerza de cierres de fábricas y de listas negras, lograron, en efecto, reducir a polvo las organizaciones obreras. La persecución fué tan sañuda, que según un historiador de ese período, era «muy difícil encontrar socios serios y activos que quisieran servir en los Comités». A la lucha franca y a plena luz sucedió entonces el combate alevoso y en la sombra. Al Sindicato público reemplazó el Sindicato secreto, especie de masonería, donde los socios se juramentaban y se conocían por contraseñas y signos especiales al estrecharse la mano. Una de estas organizaciones secretas, la de los Molly Maguires, de origen irlandés, compuesta de mineros de carbón, mató numerosos patronos. Pero la más conocida y la de mayor influencia fué la denominada Noble Orden de los Caballeros del Trabajo. Esta organización no quería «conflicto con una Empresa legítima, ni antagonismo con el capital necesario», sino «el apoyo de leyes hechas para armonizar los intereses del trabajo y el capital». Pocos años después de su creación, la Orden de los Caballeros del Trabajo dejó de ser secreta y en 1886 alcanzó su máximo poder: 700.000 asociados.

Pero esta organización estaba compuesta principalmente de obreros no cualificados. Para sus fundadores y organizadores, todo obrero merecía igual atención y acaso más los no cualificados, los que carecían de oficio determinado, los peones, por su mayor indefensión en la lucha con los patronos. Naturalmente, esta solidaridad dañaba a los obreros cualificados, y pronto decidieron de nuevo sindicarse aparte, por oficios, y combatir por cuenta propia, libres del lastre, débil y fácilmente sustituible, de los no cua-

lificados. Era la lucha de clases dentro de la propia clase obrera. La enemistad entre los Sindicatos gremiales y los Caballeros del Trabajo se hizo más aguda cada vez, sin que todas las tentativas de paz y armonía dieran resultado alguno. La alianza de los Sindicatos, en cambio, se fué haciendo más estrecha, hasta que en 1881 se constituyó la Federación de los oficios organizados, y en 1886, de manera más sólida y permanente, la Federación Americana del Trabajo. Los Caballeros del Trabajo comenzaron a declinar rápidamente, y con el tiempo se transformaron en una asociación más política que económica. De ella han salido los Trabajadores Industriales del Mundo, de Chicago— la Barcelona norteamericana —, organización de tipo sindicalista, y seria rival de la Federación Americana del Trabajo, esta especie de pequeña burguesía proletaria, si se nos permite el contrasentido.

I

UNA ASOCIACION TERRORISTA

En el movimiento obrero de los Estados Unidos, hay un trágico período que debiera conocer la clase patronal del mundo entero. Es un período de terror que dura aproximadamente desde 1860 a 1876. Mueren de muerte violenta numerosos patronos. No es posible dar con los matadores. Sólo se sabe o se sospecha que pertenecen a una sociedad secreta: la de los *Molly Maguires*. ¿Qué significa esta terrorífica sociedad?

La lucha entre obreros y patronos se había ido agudizando en los Estados Unidos de forma cada vez más enérgica. Los sindicatos obreros habían ganado en poder y firmeza; su organización era cada día más fuerte y sus victorias cada día más positivas. Entonces comenzaron los patronos una estrategia desleal e inhumana. Recurrieron a los cierres de fábricas, a las listas negras y a las persecuciones legales; el Estado capitalista y su órgano, los Tribunales de justicia, secundaron celosamente la campaña de la clase patronal. Había que «dar la batalla», hasta destruir los sindicatos obreros. (El lenguaje de algunos patronos españoles en el año 19 del siglo XX parece un plagio del lenguaje de los patronos norteamericanos en la época indicada. Por encima de las diferencias de tiempo, de raza y de idioma, los hom-

bres coinciden en sus apetitos y torpezas y, por lo tanto, también en su lenguaje y sus actos.)

La batalla, en efecto, fué fecunda para los patronos. Los sindicatos obreros cayeron hechos pedazos. La victoria aparente no podía ser más rotunda. Pero el sentimiento de justicia y el anhelo de mejora que movían a los hombres no podían desaparecer con los sindicatos. Subsistie on, porque hay móviles de acción eternos, y cuando un arma resulta estéril, se busca otra eficaz. El sindicato público fué un arma inútil; entonces se recurrió a las sociedades secretas, con sus juramentos, su santo y seña y sus convencionales apretones de manos, a la manera masónica. La lucha franca y respetuosa se hizo subterránea y mortífera. Pronto empezaron los patronos a recoger el fruto de su victoria, de su victoria pírrica.

De todas las sociedades secretas, la más temida fué la de los Molly Maguires. Existía en las regiones carboníferas de los Estados Unidos una Antigua Orden de los Hiberneses (nombre primitivo de los irlandeses), trasplantada de la propia Irlanda, donde funcionaba de mucho tiempo atrás como instrumento de defensa contra la avaricia y crueldad de los grandes señores de la tierra; en la República norteamericana, sus enemigos eran los nuevos barones, o sea, los señores del subsuelo, los propietarios de minas. Los miembros de esta sociedad eran gente aguerrida, hecha a todas las formas de la acción social, arrojada muchas veces fuera de la ley por la ley misma, injusta ley de clases. Dentro de esta Orden de los Hiberneses, había un círculo secreto que la dominaba, llamado de los Molly Maguires, en recuerdo de la orden secreta irlandesa de este nombre. A análogas causas, análogos efectos: la persecución en la Gran Bretaña y en los Estados Unidos había producido la misma consecuencia: el ocultamiento defensivo y el terror ofensivo.

Los Molly Maguires alcanzaron una organización formidable, que se extendía desde el Atlántico al Pacífico y desde Méjico al Maine; se cree que en conjunto había unas seis mil logias locales. Intervenían en política, y en

muchas partes fueron factores predominantes. Pero su táctica principal era la acción directa y violenta contra los propietarios de minas o «bosses». Sus actos participaban más del carácter de castigos personales que de otra cosa, y variaban desde el maltratamiento y la destrucción de bienes hasta la pena de muerte; esta última forma era la más común. Rara vez era muerto un patrono por obreros de la misma localidad: generalmente, se avisaba a los de otra logia situada en localidad distinta, y así la captura o la prueba de culpabilidad era más difícil.

Pero no es la táctica de los Molly Maguires lo que nos importa, sino las causas de su existencia. En primer término, como hemos visto, fué la persecución patronal la que, destruyendo los sindicatos públicos, engendró esta y otras sociedades secretas. En segundo término, pudo observarse que los actos de sangre de los Molly Maguires guardaban una relación directa con el oscilante grado de pobreza a que les tenía sujetos o el estado económico general o la represión patronal. Si los patronos perseguían a los mineros, los actos de violencia eran más duros y más frecuentes. Según un periódico de la época, solo en el condado de Schuylkill se cometieron entre 1863 y 1867 cincuenta muertes de patronos. Por otra parte, apenas hubo ninguna entre 1868 y 1871, período en que la organización obrera ganó de nuevo momentánea fuerza y en que obreros y patronos pudieron llegar a una inteligencia. En 1871 se reanudan los asesinatos, y después de la huelga larga que duró desde diciembre de 1874 hasta junio de 1875, sobrevino, como se llamó entonces, una «ola del crimen» que pasó como una epidemia, sobre las regiones carboníferas.

Al cabo de los años, la clase patronal norteamericana se convenció de que había sido un grave error aplastar las organizaciones obreras. Al hacerlo, se había empujado a los individuos más allá de la ley, y contra la ley obraban; se les había privado de todas las armas lícitas, de la discusión y la avenencia, y hubieron de recurrir a las ilícitas; se les negó el derecho de asociación pública y legal y, desesperados, se refugiaron en sociedades secretas

y tenebrosas; no se quiso oír sus voces de justa reclamación, y ellos tuvieron que hacerse escuchar a tiros y puñaladas. La táctica de violencia le fué pagada a los patronos norteamericanos con grandes réditos. A la larga rectificaron su conducta, y lejos de querer seguir extirpando los sindicatos obreros, se persuadieron de la conveniencia de que surgieren a luz los ocultos y se consolidasen los públicos, para contender con ellos pacíficamente, en vez de prolongar un bárbaro estado de naturaleza. Así la orden secreta de los Caballeros del Trabajo pudo convertirse en asociación obrera pública poco después de la desaparición de los Molly Maguires, a quienes no extinguió tanto la dureza de la ley como la nueva prudencia de los patronos, al cabo de quince años de fracaso de una táctica injusta y contraproducente.

III

UNA GRAN BUROCRACIA OBRERA

Subiendo por la calle 9 se encuentra, en la intersección con la Avenida de Massachusetts, en Washington, la capital federal de los Estados Unidos, un espléndido edificio. Se trata de una institución nacional. La conoce todo el mundo. Basta pronunciar su nombre a un cochero o a cualquier transeunte, sin especificar las calles en que está enclavada -- exactamente como si se mencionase la Casa Blanca, el Capitolio o cualquier otro gran edificio público —, para que el visitante sea conducido y orientado al momento. Es el edificio de la Federación Americana del Trabajo. Al penetrar por su amplia puerta se tiene la impresión de que se entra en un Ministerio. Dos grandes ascensores transportan a los funcionarios o visitantes de la casa a los nueve pisos de que consta la construcción. Es un edificio nuevo, limpio, suntuoso. Cada cuarto u oficina parece un despacho ministerial: abundan los empleados, singularmente las mujeres, tecleando sin cesar en las máquinas de escribir. Nos dirigimos al despacho del secretario, Frank Morrison. Ante nosotros tenemos un ejemplar del perfecto americano del norte: un hombre de estatura más bien alta que media; joven aún, pero de cabello plateado; cara rasurada del todo y, seguramente a diario; ancho de hombros, afable y, sin

embargo, consciente de su importancia y su fuerza: correctamente vestido, como un gentilhombre británico; mano amplia, pero fina — que no conoce desde hace tiempo o no conoció nunca los oficios duros y encallecedores—; mano que estrecha cordialmente. Una secretaria entra y sale de continuo, trayendo papeles a la firma. Oye distraidamente nuestra presentación. ¿Españoles? Se despierta su interés. ¿De qué República? Para todo norteamericano, todos los que hablamos español somos españoles: españoles de Méjico, o de Nicaragua, o de la Argentina. Manda venir al secretario de la Federación Panamericana, apéndice o tentáculo de la Federación Americana del Trabajo, que aspira a absorber y dirigir el movimiento obrero del resto de América, paralelamente a la acción de absorción y dirección que Gobiernos y diplomáticos ejercen sobre los Estados del Norte, Centro y Sur del continente americano.

Corregimos: somos españoles de España; hemos ido a la Conferencia del Trabajo de Washington. Sorpresa del secretario de la Federación Americana del Trabajo. Esto ya no le importa profesionalmente, pero le interesa como hombre. ¡Es tan raro ver españoles de España en Washington! ¿De qué oficio somos? Largo Caballero define el suyo: estuquista. Fernando de los Ríos es profesor. (Nueva sorpresa del secretario. ¡Un profesor de Universidad representando a los Sindicatos españoles!) El cronista se queda perplejo ante la necesidad de ficharse gremialmente. ¿Dirá que ha sido marinero, que ha sido dependiente de comercio, que ha sido dibujante lineal, que ha sido profesor de idiomas? Gompers, cuando sostiene que los obreros no pueden estar representados sino por obreros manuales, y le reprochan que él no lo es, replica que hace unos treinta años fué cigarrero. Tímidamente, como quien se ve cogido en delito, el cronista confiesa su último oficio, por ahora: periodista. El secretario se ríe con suficiencia y exclama:

—De modo que sólo uno de ustedes es obrero manual.

Miramos al secretario de la Federación Americana del Trabajo, con su

aire superburgués—y, debajo del aire, al funcionario que gana más que un ministro español—, y sonreimos por dentro discretamente.

He aquí la primera impresión de la Federación Americana del Trabajo: una viva desconfianza de todo hombre que no se presente con las manos encallecidas o pretendiendo que las tuvo encallecidas un día. Desconfianza, sobre todo, de los llamados intelectuales. Estos nuevos Platones norteamericanos no se conforman con desterrar de su República a los poetas; quieren desterrar también a todo hombre cuyo corazón e inteligencia deseen incorporarse al movimiento obrero, siempre que sus manos no lleven el sello de un trabajo brutal. Esta cuestión de los intelectuales en sus relaciones con el movimiento obrero se discutió largamente en el Congreso panamericano que se celebró en la ciudad de Nueva York en julio de 1919. El presidente Samuel Gompers dijo:

«El Comité recomienda substancialmente que en los futuros Congresos sólo asalariados sean elegibles como delegados.»

A esto replicó el delegado de Nicaragua:

«Soy abogado, y, en consecuencia, me sorprende esa declaración. El presidente cree que los abogados no deben representar los intereses del pueblo trabajador, porque si admitimos a los intelectuales—o políticos—, sería peligroso para los obreros, a causa de que puede llegar un día en que las facciones políticas y los capitalistas nombren hombres que no pertenezcan a la clase obrera y trabajen, por lo tanto, contra los intereses de los obreros. En nuestras Repúblicas, las condiciones del pueblo trabajador son tan malas, que el Estado presta apoyo a los hombres que explotan a los obreros; los obreros no son capaces de presentar sus reclamaciones, y nadie con sentido común puede privar a honrados y patrióticos intelectuales del privilegio y del derecho de ser los portavoces del pueblo que sufre y carece de ocasión de presentar sus reclamaciones por sí mismo.»

La polémica es vieja. La tesis de los que combaten la intervención de los intelectuales en el movimiento obrero se funda en una razón confesada, en

una razón insinuada y en una razón callada. La razón confesada es la expuesta: que los no obreros manuales pueden traicionar a la clase obrera. Pero en la historia del movimiento obrero de todos los países, ¿no abundan los casos de trabajadores manuales que, en la primera ocasión favorable, se pasaron a la clase enemiga? La honradez de un hombre es un hecho *a posteriori* de experiencia, no una hipótesis apriorística derivable de su profesión. ¿Fueron obreros manuales Marx—universitario—y Engels—un hombre de negocios—, los dos creadores del movimiento obrero moderno? ¿Han sido obreros manuales de toda la vida, aunque temporalmente lo fueran algunos, la mayoría de los que han dado dirección espiritual a la clase obrera y más han contribuído a despertar y elevar su conciencia de hombres?

La razón insinuada es que los llamados intelectuales—¿y quién no pone su inteligencia y su esfuerzo físico, a la vez, en su trabajo?—pueden llevar a la clase obrera por derroteros políticos. Pero todos hacemos política, por acción unos y por omisión otros. Todo es política, mala o buena; y los que, so pretexto de abominar de ella, pretenden excluir a los supuestos políticos, es decir, a los que se guían por un sistema de ideas políticas, no hacen en el fondo sino confesar el temor de verse vencidos en su ceguera. Son los topos que se cierran en cuadro contra los videntes. Y, en fin, la razón callada, correlativa con la anterior, es que ciertos directores obreros, sacrificando los intereses de la clase que representan, temen a los llamados intelectuales por motivos de puro orden personal. Los directores españoles, digámoslo de paso, en su honor, no sólo no los temen, sino que los buscan con extremada solicitud. La Federación Americana del Trabajo, para desgracia suya, no ha pasado aún de ese período de inmadurez en que, por una razón u otra, se teme la inteligencia. Esa es su debilidad. Es como uno de esos octopos gigantescos, todo masa, sin cerebro y casi sin sentidos, que en la obscuridad de las aguas marinas sólo aciertan a moverse tanteando con sus tentáculos en las rocas.

IV

EMPIRIE CONTRA TEORIA

EXAMINADOS algunos de los prejuicios de la Federación Americana del Trabajo, queda por ver, más ampliamente, su ideología o, si se quiere, su ausencia de ideología. Su pensamiento está contenido en numerosos folletos, en las reseñas detalladas de sus Congresos anuales y en los artículos de su órgano mensual, *The Federationist*. Pero hay una síntesis o resumen excelente de todos esos trabajos, que es la información hecha por Samuel Gompers ante la Comisión sobre Relaciones industriales de Nueva York, en el mes de mayo de 1914, publicada después con correcciones y carácter de autenticidad, en opúsculo. Esta publicación puede considerarse como la Biblia de la Federación Americana, y a Gompers, como a su profeta.

¿Cuáles son los fines de la Federación Americana del Trabajo? Sus fines abarcan todo cuanto «pueda ayudar, promover, adelantar o proteger los derechos e intereses del pueblo obrero, para instaurar mejores condiciones y trabajar por la mayor suma de felicidad humana». ¿Cuáles son los medios para estos fines tan vagos? Por de pronto, sorprende un hecho: que «la Federación Americana del Trabajo no favorece el fijar, mediante leyes, ciertos salarios mínimos. Las tentativas del Gobierno para establecer salarios por

los cuales puedan trabajar los obreros, resultará, según la enseñanza de la historia, en una larga era de esclavitud industrial». Gompers teme que, una vez fijado el salario mínimo, los Tribunales puedan compeler a trabajar conforme a ese mínimo. Sus temores los extiende también a la jornada máxima: «Temo que si se permitiese a la legislatura establecer una jornada máxima, podría obligar a los obreros a trabajar hasta el máximo permitido». Sólo en el caso de que los obreros trabajen por cuenta del Gobierno o de sus agentes podrá aceptarse la jornada máxima, y también para el trabajo de los niños y las mujeres. La Federación Americana del Trabajo no quiere ningún trato con el Estado. Aspira a sostener directamente sus luchas con los patronos. Esencialmente, es una organización apolítica, esto es, una organización sin un concepto político de la sociedad. La única táctica es el tanteo en lo económico.

Pero, al pr(pio tiempo, se declara en favor de ciertas medidas políticas. Preconiza, por ejemplo, una «absoluta libertad de Prensa, de palabra y de reunión»; «el sufragio sin restricciones, e igual para hombres y mujeres»; «la iniciativa, el referendum y la revocación de cargos públicos»; «la elección de presidente y de vicepresidente de los Estados Unidos por voto directo del pueblo»; «la restricción de facultades de los jueces para anular leyes y desecharlas como anticonstitucionales»; «la enmienda de la Constitución de los Estados Unidos por un método más fácil que el que existe al presente»; «las medidas de enseñanza general, y particularmente de enseñanza vocacional, para fines útiles». Pero todo esto cabría en un programa liberal moderno. La Federación Americana del Trabajo es partidaria de la acción política como la fisiología es partidaria del aire, sin exigir nada sobre su renovación y, mucho menos, sobre un cambio radical de su naturaleza.

Como carece de doctrina que guíe permanentemente sus pasos, la Federación Americana del Trabajo se contradice en su concepto de la sociedad actual. Gompers sostiene en su información que «a causa de que los patronos, como clase, están interesados en mantener o aumentar su participación en

la producción general, y a causa de que los obreros están determinados a pedir una participación mayor y siempre mayor en esa misma producción general, los intereses económicos entre ambos no son armónicos. Los escritores y oradores socialistas han falseado repetidamente este punto, y la frecuente repetición de ese falseamiento les ha convencido, al fin, de la verdad de su aserto». ¿Pero es esto exacto? En un trabajo que lleva el título de *Organized labor*, Gompers lo comienza así: «No hay necesidad de molestarse acerca de cómo pueden reconciliarse el capital y el trabajo, pues son una misma cosa. Pero el cómo los *trabajadores* y los *capitalistas* pueden reconciliarse, está totalmente dentro del campo de una investigación adecuada, y a ello deben prestar sus mejores pensamientos y su atencion todos los que estudien economía y los devotos del bienestar social. Y puede llevar a la conclusión de que, a despecho de los clamores que oímos y de los conflictos que ocasionalmente acontecen, hay una tendencia constante hacia un acuerdo entre trabajadores y capitalistas, obreros y patronos, en pro de una ininterrumpida producción y distribución de la riqueza, y también de consideración ética para los comunes intereses de todo el pueblo». Pero, en suma, ¿son armónicos los intereses de trabajadores y capitalistas?

En otra parte dice Gompers: «No se requiere una complicada filosofía social o un gran discernimiento para saber que un salario de tres pesos por día y una jornada de ocho horas, en talleres saludables, son mejor que 2,50 pesos por día y una jornada de doce horas en condiciones peligrosas. El pueblo trabajador no se detendrá al alcanzar ese punto particular; no se detendrá nunca en sus esfuerzos por obtener una vida mejor para sí mismos, para sus mujeres, para sus hijos y para toda la humanidad. El objeto es lograr una completa justicia social». Pero ¿qué justicia es ésta? ¿Cuáles sus límites? ¿Cuál es su línea divisoria en la distribución de la riqueza entre trabajadores y capitalistas?

No lo dice Gompers. Pero teme el socialismo y toda teoría de transformación social. «El partido socialista—afirma—tiene por propósito suyo la

abolición del presente sistema de salarios... Pero la Federación Americana del Trabajo va más allá del sistema que esos soñadores han concebido.» ¿Hasta dónde? No lo revela Gompers. «El movimiento del pueblo trabajador, bajo la Federación Americana del Trabajo o no, seguirá simplemente el impulso humano de mejoramiento en sus condiciones, sea donde sea adonde conduzca, y adonde quiera que conduzca irá sin proponerse ninguna meta teórica». Biología pura. Odio a toda teoría. Odio a la inteligencia. «El movimiento de la clase obrera, para serlo más efectivo, deben conducirlo los obreros mismos.» Esta exclusión de la inteligencia constructiva y teórica ha hecho del movimiento obrero norteamericano una de las fuerzas más ciegas y estériles del mundo moderno.

«Todo el movimiento sindical de América—prosigue Gompers—está absolutamente sin ningún partido y sin afiliación política.» ¿Debe existir un partido obrero? «En los Estados Unidos hemos logrado una legislación del carácter más substancial sin el uso o la necesidad de ser llamado partido obrero independiente.» Y todo un trabajo titulado *¿Debe formarse un partido obrero?* Gompers lo dedica a refutar esta tendencia. Pero en noviembre de 1919 se constituyó en Chicago un partido obrero político, respondiendo, sin duda, a una necesidad de la clase trabajadora, cansada, por lo visto, de andar a ciegas por los laberintos de la contradicción teórica. Si ese partido, que podría definirse como liberal radical, no se consolida, la Federación Americana del Trabajo está expuesta a disolverse en la organización de los Trabajadores Industriales del Mundo, o en el partido socialista. La constitución que la ha regido durante cuarenta años, bajo la presidencia de Samuel Gompers—hombre de su tiempo, pero limitado por el tiempo; gran organizador, pero sometido, como toda realidad, a la anquilosis de su organización—pertenece al pasado.

V

AUN HAY CLASES EN LA CLASE OBRERA

La Federación Americana del Trabajo, de los Estados Unidos, es—decíamos como un enorme octopo sin cerebro ni sentidos. Un gran gigante ciego. Nació en 1881 por oposición a la orden, más romántica e idealista, de los Caballeros del Trabajo; pero no adoptó su nombre actual hasta 1886. En 1897, el número de sus afiliados ascendía a 264.825; en 1904, a 1.676.200; en 1915, a 1.946.347; en 1917, a 2.371.434. Estas cifras bastan para dar una idea de su gigantesco crecimiento. Su constitución participa de la complejidad de la propia constitución de los Estados Unidos. Es una federación de gremios. Los sindicatos locales se unen, por oficios, con todos los de la nación, y forman grandes sindicatos nacionales e internacionales (cuando incluyen los de Canadá). A veces, los sindicatos se unen por Estados, y entonces constituyen federaciones de Estado. Otras veces se asocian en «departamentos», que son uniones de sindicatos diversos o afines para una acción común. Hay cinco departamentos: el de la etiqueta sindical, que tiene por objeto exigir que lleven una etiqueta o marca especial los artículos producidos por obreros sindicados, forma de boicot indirecto contra los artículos producidos por obreros no sindicados; el de los oficios de construc-

ción; el de los oficios de metales; el de obreros ferroviarios, y el de obreros de minas. En conjunto, la Federación Americana del Trabajo estaba integrada en 1917 por 111 sindicatos nacionales e internacionales, por 45 federaciones de Estado, por 762 cuerpos centrales de ciudad, por 845 sindicatos de oficios locales y federales, por 26.761 sindicatos locales, por 5 departamentos y por 441 consejos de departamentos locales.

Cada uno de estos numerosos organismos es autónomo; si alguno de ellos se niega a cumplir los acuerdos de los Congresos que anualmente celebra la Federación Americana del Trabajo—especie de Estado gremial en que se funden todas las unidades sindicales—, no hay más recurso que la ruptura del contrato federativo, la separación. Los sindicatos nacionales e internacionales pagan a la Federación, mensualmente, dos tercios de centavo por cabeza; los sindicatos locales y federales, diez centavos, cinco de los cuales se destinan a un fondo aparte para huelgas; los cuerpos centrales y de Estado, diez dólares por año. Los ingresos de la Federación, en 1916, fueron de 404.497,80 dólares; los gastos, 315.047,32 dólares. En 1915, el número de organizadores que sostenía la Federación era de 1.754. La Junta directiva de la Federación está formada por un presidente, ocho vicepresidentes, un secretario y un tesorero. El presidente, desde 1881—salvo en tres ocasiones—, ha sido Samuel Gompers. Sus honorarios actuales son 10.000 duros por año.

¿Cuál es el programa de este inmenso organismo? No tiene programa permanente; sus programas son sólo circunstanciales y empíricos, no de principios. Pero Samuel Gompers, pontífice de la Federación Americana del Trabajo, ha hablado y escrito voluminosamente en los cuarenta años de su presidencia, y no es difícil extraer de sus palabras el sentido de la poderosa organización que dirige. La preocupación capital ha sido en todo tiempo la de sindicar y federar a los obreros; sobre todo, federarlos. La necesidad federativa la funda Gompers en una ley económica, que la expresa en las siguientes máximas sindicales: «Que ningún oficio particular puede mante-

ner por mucho tiempo los salarios por encima del nivel común. Que para mantener altos salarios en todos los oficios y profesiones, hay que organizarse. Que la falta de organización entre los obreros no cualificados afecta vitalmente a los cualificados organizados. Que la organización general de cualificados y no cualificados puede llevarse a cabo solamente mediante una acción unida. Por lo tanto, hay que federarse.» Puede decirse que la Federación Americana ha realizado este objeto cumplidamente: el profesor George E. Barnett calculó que en 1914 el número total de obreros organizados en los Estados Unidos era 2.674.400; de éstos, en el mismo año, 2.020.671 pertenecían a la Federación Americana.

¿Qué fines se propone este gran leviatán obrero? Como carece de una doctrina bien determinada, abundan las contradicciones en sus escritos programáticos o entre sus escritos y sus obras. Por ejemplo, una de las bases más repetidas es que «hay que abolir los prejuicios de clase, de raza, de credo, de política y de oficio». Pero la realidad es otra. Para la Federación Americana del Trabajo, los hombres se dividen en dos categorías fundamentales: en afiliados a ella y en no afiliados. Contra los no afiliados, toda guerra es lícita. Para Gompers, el credo socialista o sindicalista representa una intolerable herejía o, en el caso mejor, un sueño fantasmagórico. Gompers ha sido implacable contra los socialistas y los Trabajadores Industriales del Mundo, organización de Chicago de tipo sindicalista. En una comida qne la Federación Americana dió a los representantes obreros de la Conferencia Internacional del Trabajo, en Washington, Largo Caballero, al brindar, hizo votos porque se libertase a los miles de hombres y mujeres que sufren en las cárceles norteamericanas terribles sentencias, a veces de quince y veinte años, por supuestos delitos de opinión cometidos en la prensa o en la tribuna durante la guerra. Gompers volvióse al comensal más próximo y le preguntó:—«¿A cuáles se refiere?»

Quería decir la pregunta si el delegado español se refería también a los heresiarcas del socialismo y del sindicalismo. En ese caso, no había que

pensar en que la petición fuera secundada. En cuanto a los prejuicios de raza, pueden hablar chinos y japoneses. La campaña más tenaz, los dicterios más duros contra la emigración amarilla a los Estados Unidos, han salido de labios y plumas que sirven a la Federación Americana del Trabajo. Rara vez se ha afrentado tan cruelmente a una raza como Gompers y sus colegas a la asiática. En un folleto de la Federación Americana, titulado «El arroz contra la carne»—título que por sí solo expresa el más craso materialismo,—se presenta a los chinos de la costa occidental de los Estados Unidos como a la más abyecta y corrompida de las razas. La raza amarilla ha sido constantemente uno de los temas humorísticos, de befa sangrienta a veces, en los discursos y escritos de Gompers. La exclusión de la emigración asiática ha sido en gran parte obra de la Federación Americana, que defiende la carne en conserva de Chicago contra el arroz chino. Está bien. Realmente es una lamentable tragedia que la competencia entre obreros de pueblos con culturas, costumbres y necesidades distintas tienda a rebajar el tipo de vida de los superiores. No puede negarse el problema ni su gravedad. Pero no creemos que la persecución y el odio racial lo resuelvan. En tales procedimientos se incuban y desarrollan los gérmenes de las guerras. Si algún día los Estados Unidos se ven en guerra con Asia—y la hipótesis, desventuradamente, dista mucho de ser absurda,—no será la Federación Americana la menos responsable. A pesar de sus irreales declaraciones contra los prejuicios de raza, de clase y de credo.

Y como los asiáticos, pueden hablar muchos obreros del mediodía y del oriente de Europa. La Federación Americana recibe todo menos fraternalmente a estos grupos humanos aventados por la persecución y la miseria. Sus ideas, la multiplicidad de sus lenguas, sus necesidades vitales, menores, y su pobreza, mayor, hacen de ellos huéspedes poco gratos a los obreros norteamericanos. La clase obrera norteamericana representa un grado superior de estado económico, en general, sobre la clase obrera europea, y no se diga sobre la asiática. Es una especie de sub-burguesía, que, al propio

tiempo que lucha contra la clase capitalista de su país, defiende sus intereses contra la clase obrera, más proletarizada, de otros países que suministran emigración. Internacionalmente, es una clase más. ¿Es un bien, es un mal? Por lo menos es una fuente potencial de conflictos internacionales y un motivo de debilidad desde el punto de vista de una inteligencia y unión de todos los trabajadores del mundo. Porque aunque la Federación Americana pertenece a la Internacional sindical, su espíritu nada tiene de internacional ni de comunidad de clase con la mayor parte de los obreros de Europa y Asia.

VI

SAMUEL GOMPERS, O EL PROFETA PRÁCTICO

Una noche del mes de noviembre de 1919 las calles de Washington fueron ocupadas por abigarrado ejército. Era un ejército de trabajadores que desfilaba por la avenida de Pennsylvania, vena central de la capital norteamericana, entre cantos y banderas. Pero eran cantos de paz y banderas de orden, y pacífico el ejército. La muchedumbre iba a pie y en carrozas iluminadas con faroles de papel de color, y adornadas con estandartes e insignias alusivas a cada oficio. Entre los espectadores estábamos unos amigos españoles que, habituados a las costumbres de la clase obrera de Europa, preguntamos por qué entre tantas banderas nacionales no había ninguna roja. ¿Banderas rojas? ¡Qué locura! La Policía llevaría a la cárcel a sus portadores. Además, la ocasión no era propicia para oriflamas de sentido revolucionario. Se trataba, simplemente, de rendir un homenaje a Samuel Gompers, el presidente de la Federación Americana del Trabajo, en agradecimiento a sus servicios.

El pintoresco espectáculo nos reveló más profundamente que largas lec-

turas y detenidas observaciones, el espíritu inmaduro del movimiento obrero de los Estados Unidos. El sentimiento nacional predominaba, ante todo, sobre cualquiera otra consideración, como lo indicaba el detalle de las banderas. Luego ese culto al héroe, esa adoración de un hombre, con toda su ingenuidad y su teatral mal gusto, ¿no era aún indicio de puericia colectiva? En ningún país europeo se hubiera concebido un acto de ese linaje. Con todo lo que se le quiere a Pablo Iglesias, el patriarca de la clase obrera española, un tributo de esa especie parecería ridículo. Con todo lo que se le quiso al alemán Bebel, al inglés Keir Hardie, al francés Jaurés, nunca gozaron de esta consagración pública. Los pueblos europeos son demasiado maduros, esto es, demasiado críticos para entregarse a estas expansiones. «Todo lo que es profundo ama la máscara», decía Nietzsche. Lo profundo teme la exteriorización y a veces se pone la máscara de la indiferencia o del desvío. El pueblo de los Estados Unidos está aún en la dichosa y juvenil edad de reverenciar desnudamente ídolos humanos.

Pero independientemente de esta aptitud de la clase obrera norteamericana para el culto de un hombre, ¿quién era este hombre? ¿Cuáles sus virtudes? ¿Cuál el secreto de su personalidad? Gompers era una institucion nacional en los Estados Unidos. La guerra le dió un universal prestigio. Su nombre rivalizaba con el de Wilson y se le incluía entre los cinco o seis que fueron como las claves de los arcos de la guerra. Sin la influencia de Gompers sobre la clase obrera norteamericana, ¿qué hubiera sido de la intervención de los Estados Unidos? ¿Qué misterio, qué fuerza secreta había hecho de este hombre, durante cuarenta años, una especie de dictador del movimiento obrero norteamericano?

La primera vez que le vi en el espléndido edificio de la Federación Americana del Trabajo, en Washington, me produjo desencanto y al mismo tiempo redobló mi curiosidad. En torno a los setenta años, su figura es la contraposición de la majestad apolínea. Si se quisiera hacer con él un cuadro de historia, el pintor tendría que pintarlo olvidándose del natural. Es peque-

ño de estatura, levemente adiposo el cuerpo, calvo el cráneo, con extraños mechones de pelo, cómicamente distribuídos por su superficie, como algunas calaveras; flácido y sensual el rostro; ojos pequeños y soñolientos, lamentablemente desamparados de cejas y pestañas; boca grande y enérgica, que se retuerce, llena de expresión, al hablar; y toda esta minúscula y fea humanidad enfundada perennemente en una amplia levita que le da el aire inconfundible de un profesor de orquesta de humilde categoría. Su andar tiene algo de reptante, sigiloso, que parece hecho a moverse por subterráneos; al verle, se recuerdan los gnomos o genios de la tierra, de los cuentos infantiles. Entra y sale sin ruido, como si quisiera sorprender al adversario. Le acompañan casi siempre uno o dos secretarios, que le suministran datos y toman notas para él, como si se tratase, más que de un presidente obrero, de un hombre de Estado.

En rigor, tiene el aire de un jefe de Estado. Es el último en hablar, cuando han hablado todos los demás. Su opinión es siempre ponderada, certera, rotunda, como de quien no admite réplica. Cortés con los desconocidos, los busca para dejarles, en un apretón de manos, un recuerdo de amistad política que sea conveniente a la política de la Federación Americana del Trabajo, o para desagraviarles si, en un debate, han sido excesivas sus palabras. Con los suyos—con sus colegas de la Federación Americana,—enérgico, autoritario, como un padre con sus hijos. Cultiva la diplomática esplendidez de un jefe de Estado, y, antisocrático, no le importa violar las leyes de su país por hacer los honores de la hospitalidad a los extranjeros. En nombre de la Federación Americana, obsequió con un banquete a los representantes obreros de la Conferencia Internacional del Trabajo, en uno de los mejores hoteles de Washington, y aunque ya entonces estaba prohibido el consumo de alcoholes, Gompers no quiso privar a sus huéspedes de medio vaso de whisky, que él en persona servía de mesa en mesa. Uno de esos banquetes norteamericanos donde se despacha la comida en media hora y los discursos de los postres en cuatro horas. Todo el mundo debe hablar,

y el presidente de la comida, doble número de veces como oradores hablen, para presentarlos y replicarlos. En esta función Gompers es magistral e infatigable.

Es, sobre todo, un gran orador. Un día habló, durante unos minutos, en la Conferencia del Trabajo. Tal vez no dijo nada nuevo; sería difícil recordar sus palabras. Lo inolvidable es el tono, profundo, lleno de emoción y de fuerza. La asamblea, aun la parte de los que no entendían el inglés, quedó subyugada por aquel hombre de pronto transfigurado. Las palabras corrientes de humanidad, libertad, justicia y democracia, que van perdiendo el cuño prístino a fuerza de abusivo uso, ganaban en su boca, bajo su voz grave y admonitiva, su originaria riqueza espiritual. El gnomo se había transformado en profeta. Su oratoria rezuma emoción de religiosidad.

Esta vibración religiosa de Samuel Gompers proviene probablemente de su raza. Es judío. De origen holandés, nacido en Londres, emigró de muy joven a los Estados Unidos. Es cigarrero de oficio; pero las necesidades de organización y dirección le obligaron pronto—hace ya unos cuarenta años—a consagrarse íntegramente a la Federación Americana del Trabajo. Salvo tres años, la ha presidido desde entonces. Ha podido desempeñar los más altos cargos públicos; de haberlo deseado, hubiera podido ser ministro, con mucha mayor razón que el ministro del Trabajo, Wilson, antiguo minero. Pero no ha querido abandonar la presidencia de la Federación Americana; él lo proclama a cada paso, y, dicho por él, parece modestia, pero, en realidad, en ningún otro puesto, ni en el de la jefatura del Estado, hubiera sido su poder tan grande. Gompers ha sido durante muchos años uno de los hombres más poderosos de la tierra.

El secreto de esta fuerza habrá que buscarlo en su naturaleza hebraica. De ella arranca esa palpitación religiosa que anima a su palabra. Se explica que las muchedumbres americanas, infantiles y propensas a lo religioso, se hayan sentido fascinadas tanto tiempo por esta rapsoda del estilo bíblico. No tiene ideas ni ha necesitado tenerlas; su judaísmo no es, como el de

algunos eminentes correligionarios suyos, como el de un Spinoza o un Marx, por ejemplo, del género especulativo y universal, sino del tipo emotivo, amonestador, profético. Apasionado en la condenación de la realidad inmediata, su concepto materialista de la existencia, estimulado por el empirismo anglosajón envolvente, ha hecho de él un cauto conductor del movimiento obrero norteamericano, desconfiado de toda ideología, prudente en los pasos hacia lo desconocido. Ha sido un severo enjuiciador de las cosas y a la vez un hábil negociante de los problemas sociales. Sabe emocionar a los obreros y al mismo tiempo gestionar provechosamente con los patronos. Es un profeta práctico, apto para embriagar con su palabra y para ganar botín con su diplomacia. Se comprende que haya sido el ídolo de los obreros norteamericanos. Y si se tiene en cuenta a la par su autoritarismo, su espíritu monárquico—el gobierno de uno, que es él mismo,—también de raíz tan judía, no puede sorprender su presidencia de la Federación Americana durante cuarenta años, especie ya de derecho vitalicio.

Pero todo hace suponer que el reinado de Samuel Gompers toca a su fin. Es probable que dure tanto como su vida, cargada de años y de trabajos; pero con él ha de acabarse también su espíritu y no podrá heredarlo ninguno de sus sucesores. Han cambiado los tiempos y en realidad Gompers es un superviviente de sí mismo. Quiso hacer de la clase obrera norteamericana una especie de sub-burguesía, compatible y armónica con la burguesía dominante. Los obreros norteamericanos le deben mucho; por lo menos, le deben una organización gigantesca y disciplinada. Pero Gompers se preocupó más de lo accidental que de lo fundamental. No sólo no se preocupó de transformar conforme a justicia las bases sociales, sino que se preocupó menos, por ejemplo, de reducir las horas de trabajo—a causa de la falacia del destajo—que de aumentar los salarios. Logró aumentar los salarios; pero como no pensó o no pudo regir los precios, que crecieron en proporción a los salarios y a veces más, hoy resulta que los obreros americanos son, de hecho, tan pobres como hace veinte o treinta años. Y van perdiendo la espe-

ranza, no ya de emanciparse, sino de mejorar progresivamente dentro de presente régimen social de libre juego de intereses. Aunque acaso esa pérdida sea una positiva ganancia.

Gompers simboliza el pasado, una especie de obrerismo liberal o liberalismo obrero que ya ilusiona a pocos. Los nuevos hombres habrán de venir armados de nuevas ideas. La Federación Americana del Trabajo o se renueva espiritualmente o se disuelve en organismos más aptos. En este sentido, el homenaje a Gompers, en Washington, en el mes de noviembre de 1919, más que una fiesta de glorificación parecía un sepelio espiritual.

VII

UNA DEMOCRACIA SIN LIBERTAD

Hemos descrito en trabajos anteriores la organización obrera no política de los Estados Unidos, representada principalmente por la Federación Americana del Trabajo. La Federación significa el centro, voluminoso, pesado, lento, del gran ejército de la clase obrera norteamericana. Queda por examinar la vanguardia, la caballería ligera de ese ejército, la que va de frente, que es la organización socialista, y la que ataca de flanco, que es la sindicalista. Detengámonos primero en la socialista.

Un hecho sorprende pronto en los Estados Unidos: el socialismo es allí aún una herejía social. En los países europeos se ha pasado, hace tiempo ya, de esa fase. En unos compartió el Poder durante la guerra; en otros, lo sigue compartiendo o lo monopoliza; en varios—en Inglaterra entre otros—, es oposición poderosa, propincua al Poder; en algunos es hasta moda, y en todos se le respeta y hasta se le contempla como un reserva de fines conservadores por contraste con el bolchevismo. En los Estados Unidos, un socialista pasa generalmente por un enemigo de la patria o por un extranjero—aunque sea nacido o esté nacionalizado en el país—poco deseable, como los judíos y los emigrantes de los pueblos eslavos. Para los norteamericanos, el

socialismo es una doctrina extranjera que se combate del mejor modo estorbando por todos los medios a su circulación, cerrándole todas las puertas interiores de la sociedad norteamericana cuando los portadores son nacionales, y expulsándolos cuando no están nacionalizados.

Un amigo mío, socialista europeo, fué presentado por carta a un caballero norteamericano por otro compatriota suyo, en una forma inusitadamente pintoresca. La carta, en la intención, venía a decir lo siguiente: «El señor que le presento, aunque socialista, no es un iluso psiquiátrico, sino un hombre inteligente y mentalmente normal; no se come los niños crudos ni acostumbra poner bombas. Desilusiónese usted: ¡ni siquiera es pintoresco!, esto es, no va sucio, y viste como la mayoría de los hombres.» No eran estas las palabras, pero ese era el espíritu. Sólo con una presentación así puede circular un socialista en los Estados Unidos. Pero esa presentación hay que repetirla constantemente: en el caso referido, el caballero a quien fué presentado mi amigo creyó necesario, al darle cartas para otras personas de su relación, sacar copias a máquina de la descripción original de aquel socialista extranjero y añadir una a cada carta, para que la responsabilidad de lo que pudiera ocurrir recayera por entero sobre el presentador primitivo. ¡Por si acaso!

La prensa socialista circula con gran dificultad. En algunas ciudades no quieren venderla los puestos de periódicos. En Washington, por ejemplo, donde se encuentran periódicos de casi todo el país, no hay más que un puesto donde se venda el *Call*, diario socialista de Nueva York. Los otros considerarían como un deshonor el expenderlo.

Cuando las autoridades pueden, no tienen reparo en prohibir la publicación de un periódico, como *The Masses*, de Max Eastman. Pero cuando no es posible la supresión franca, porque los portillos de la ley no son bastante anchos, existen otros medios de aniquilar una publicación enojosa. Hay, por ejemplo, una ley que autoriza al departamento de Correos a secuestrar publicaciones de carácter inmoral. Como este carácter no está taxativamente definido, cuesta poco incluir en esa definición cualquier periódico de opi-

niones radicales. Así se persigue, entre otros, a la revista mensual *Liberator*, descendiente de *The Masses*. Apenas puede circular por correo, y eso equivale a tanto como a hacerle la vida imposible.

Un profesor de Universidad no puede ser socialista en los Estados Unidos, y, en muchos casos, ni siquiera titularse liberal. Uno de los representantes más altos de las nuevas generaciones, Waldo Frank, dice en su libro *Our America* (Nuestra América)—modelo de independencia mental, de sagacidad histórica y de estilo literario—las siguientes, duras, pero exactas palabras: «Los maestros fueron arrojados perentoriamente de las escuelas públicas, no sólo porque sus enseñanzas fueran socialistas, sino por el simple deseo de anotar en sus clases, o fuera de ellas, ciertos hechos, sobre todo los relativos a Rusia. De pronto se encontraron en la calle profesores de importantes Universidades, a causa de su actitud liberal frente a los cambios sociales.» Varios profesores así despedidos, y otros que por dignidad profesional se solidarizaron con ellos, han fundado en Nueva York la «Escuela Nueva de Investigaciones Sociales», primer intento de Universidad libre. De ella forman parte hombres de ciencia tan eminentes como James Harvey, Robinson, Charles A. Beard, Thorstein Veblen, Harold J. Laski y otros que constituyen la vanguardia del pensamiento norteamericano.

A muchos extrañará que el socialismo esté en los Estados Unidos todavía en el estadio, que podríamos llamar de persecución primitiva, en el estadio por que pasó en Europa alrededor de hace medio siglo. ¿No era la República norteamericana uno de los países más libres del mundo? Un norteamericano me dió hace poco la definición más exacta de su país: «Es una gran democracia sin libertad.» He aquí un gran peligro: un pueblo que sea demócrata, esto es, que se gobierne soberanamente a sí mismo, pero que no sienta respetos por la libertad. Y así como la libertad sin democracia es sospechosa, una democracia sin libertad es insufrible. Pero queríamos hablar del socialismo en los Estados Unidos, y, hecha esta impresión de ambiente, buscaremos sus hilos y causas históricas.

VIII

DE LA UTOPÍA AL SOCIALISMO

Los Estados Unidos son el país de la gran variedad teórica y experimental en materias sociales. Allí se dan cita dos linajes de hombres heréticos: los perseguidos y expulsados de Europa por las Iglesias históricas y por los Estados históricos. Es natural que entre esa clase de emigrantes tiendan a germinar todas las utopías. Para los peregrinos del *Mayflower*, la nación que van a realizar, ¿no es una representación utópica? Y dentro de la utopía realizada, caben después ensayos prácticos de las teorías más quiméricas y audaces. Unas veces, son los propios creadores de nuevas doctrinas los que cruzan el mar para experimentarlas; otras, son discípulos que emigran, y que llevan, como el viento la simiente, los gérmenes brotados en Europa. Roberto Owen, Fourier, Weitling, Proudhon, Bakunin, Marx: durante todo un siglo, los Estados Unidos son pista de facciones de pensamiento y de acción que luchan entre sí en torno de estos nombres.

Sólo después de la guerra civil, el socialismo rompe sus celajes utópicos y adquiere en la República norteamericana precisión teórica, organización potente, extensión nacional y categórica aspiración al Poder. Como en Europa, allí es también el socialismo, en los comienzos, internacional. La primera In-

ternacional, quebrantada en Europa, se traslada en 1872 a Nueva York y arrastra su agonía cuatro años más. Luego en 1881, surge la Internacional Negra, de los anarquistas de Bakunin, por contraposición a la Roja de Marx. Ambos espíritus antagónicos inspiran el movimiento obrero de los Estados Unidos—el paralelismo con España es evidente, y Madrid, socialista ortodoxa, es a Nueva York como Barcelona, con su anarquismo primero y su sindicalismo ahora, es a Chicago—en el último medio siglo, hasta nuestros días.

Estos intentos, al principio utópicos, esto es, extranacionales, y más tarde internacionales, comienzan a tomar fisonomía nacional en 1874 en la forma de un Partido Socialista Obrero, que tiene por objeto infundir espíritu político en organizaciones puramente gremiales, como los Caballeros del Trabajo y la Federación Americana del Trabajo, por una parte, e impedir, por otra, la absorción de la clase obrera por organismos anarquistas y sindicalistas, partidarios exclusivamente de la acción directa. El Partido Socialista Obrero representa en los Estados Unidos, como en otros países, la inteligencia activa y moderada frente a la inteligencia dormida del gremialismo y frente a la inteligencia desesperada del anarquismo y del sindicalismo: una función evolutiva y, en el fondo, conservadora en su táctica.

Pero la República norteamericana es casi tan grande como Europa, y la discrepancia ideológica está favorecida por la extensión territorial. Se forman varios partidos socialistas. Eugenio Debs, el Pablo Iglesias del socialismo norteamericano, su patriarca, y otros amigos fundan en 1897, en la parte occidental de los Estados Unidos, la Democracia Social de América. Como la mayoría de sus miembros propende a los planes utópicos, pronto se produce una escisión y nace el Partido Social Democrático de América. En las elecciones presidenciales de 1900 luchan cuatro candidatos socialistas, representantes de otros tantos partidos; pero al término de la campaña, tres se funden en un nuevo Partido Socialista, que disputa la hegemonía al viejo Partido Socialista Obrero.

Conviene indicar las diferencias entre estos dos partidos, que expresan las dos tendencias señaladas en todo el mundo; a veces, en partidos separados, como en la República norteamericana; otras, dentro de un mismo Partido, como en la mayor parte de los países europeos. Es la tendencia radical, extremista, intransigente, de los principios rígidos, y es la tendencia oportunista, posibilista, fabiana, revisionista, de los principios elásticos. El Partido Socialista Obrero encarna la primera; el Partido Socialista, la segunda. El Partido Socialista Obrero es partidario de una forma de sindicalismo o democracia industrial, organización social por industrias, y no por oficios ni por distritos territoriales; considera a la Federación Americana del Trabajo como un organismo reaccionario y «un obstáculo en la senda del mejoramiento de las condiciones y de la emancipación obreras»; admite toda emigración extranjera, incluso la asiática, con tal que no sea de esquiroles ni de obreros previamente contratados, para lo cual es contrario al sistema de cuotas altas y de otros recursos usados por la Federación Americana del Trabajo para monopolizar las ocupaciones en provecho de sus miembros, con perjuicio de los nuevos inmigrantes; exige de sus miembros que lean exclusivamente prensa socialista, salvo donde no se publique, y les prohibe dar a luz ningún periódico político sin el consentimiento del Comité nacional. Estas son, entre otras, algunas de las bases de su radicalismo.

Según todos los indicios, la tendencia oportunista o moderada va venciendo a la extrema. En 1898 la votación obtenida por el candidato del Partido Socialista Obrero en las elecciones presidenciales fué de 82.204 sufragios; descendió a 14.021 en 1908, y tras varias oscilaciones en dirección ascendente tornó a decrecer a 14.398 en 1916. En cambio, el Partido Socialista tuvo 96.931 votos en 1900; 901.062—el máximo hasta ahora—en 1912, y 597.000 en 1916. Esta depresión se debió a la actitud de ambos partidos en la guerra, que fué francamente contraria a la intervención. Contribuyeron a esa actitud, probablemente, no sólo los principios internacionalistas que también existían en los países europeos y quedaron en gran parte relegados,

sino también otras razones más reales. En primer término, la distancia geográfica, que ponía a los Estados Unidos fuera de todo peligro inmediato o remoto; el imperialismo alemán quedaba demasiado lejos para neutralizar en los socialistas norteamericanos el sentimiento de clase. En segundo término, en la población norteamericana hay grandes proporciones raciales de alemanes y judíos, ambas contrarias o indiferentes a la intervención. Esa actitud atrajo sobre los socialistas la enemistad de una buena parte del país, y así se explica el descenso de la votación en 1916 y las persecuciones sin cuento de que fueron víctimas por los más leves delitos de opinión. Así se explica también ese ambiente de hostilidad que ha quedado en los Estados Unidos contra los socialistas, contra los «rojos»—como pude advertir durante mi estancia—, sobre todo contra los más ligeramente sospechosos de simpatía o simple curiosidad hacia Rusia.

¿Cuál será el destino del socialismo norteamericano? La tendencia extremada parece que ha de ser absorbida por la moderada, y como si el partido socialista fuese aún demasiado radical, se constituyó en noviembre de 1919 en Chicago, un nuevo partido obrero de posición más derechista aún. En este sentido, ideológicamente, el socialismo parece querer derivar a la derecha en los Estados Unidos, tal vez para ser una prolongación política, muy templada, de la Federación Americana del Trabajo. Pero esa es una sola tendencia. Queda la tendencia contraria, la del sindicalismo industrial, encarnada en la organización I. W. W. (Industrial Workers of the World, o Trabajadores Industriales del Mundo).

IX

DEL ANARQUISMO AL SINDICALISMO

Hay temperamentos de tendencia apolítica constante, temperamentos impacientes, apasionados, movidos por una hiperestésica emoción de justicia, que quieren extirpar los males de la sociedad por un ataque de frente, en línea recta, mediante la acción directa e impetuosa. Hay otros que son de tendencia variable, partidarios, unas veces, de la acción indirecta, de la curva, del rodeo, de la táctica legalista o política, y, otras, defensores de la táctica opuesta o anarquista: el cansancio y la desilusión en una táctica les conducen a la contraria, como un péndulo en movimiento incesante. Y existe otra clase de temperamentos, en fin, de tendencia política constante, que son los que en mayor abundancia florecen en los países y períodos de continua fluidez social y de sólida formación histórica, en una Inglaterra, por ejemplo, modelo de permanencia nacional y de evolución política. Los temperamentos apolíticos constantes o variables hallan mejor atmósfera en los países viejos y anquisolados y en los países nuevos y movedizos.

No es, pues, extraño que los Estados Unidos hayan sido almáciga de ideas y movimientos anarquistas, refugio de hombres de tendencia apolítica que iban de Europa, o perseguidos por los gobiernos o espontáneamente,

por ver en América terreno más favorable a sus concepciones de reforma social. El anarquismo norteamericano adquiere resonancia hacia el 1880. Se forman clubs revolucionarios en varios puntos de la República. En 1881 se celebra en Chicago—la Barcelona norteamericana—un Congreso de todos estos núcleos anarquistas dispersos. Se inspiran en la Asociación Internacional del Pueblo Trabajador, que se funda en julio de 1881 y tiene su centro en Londres; es conocida también por la Internacional Negra o anarquista, por oposición a la socialista. Del Congreso de Chicago nace una nueva organización, llamada Partido Socialista Revolucionario, más bien anarquista, a pesar del nombre, que es una especie de federación de grupos locales autónomos, vinculados entre sí por una oficina de información que tiene su asiento en Chicago.

Pero este movimiento apolítico no culmina sino en el Congreso que tiene lugar en octubre de 1883 en Pittsburgh. Allí se redacta y se publica el famoso manifiesto de Pittsburgh, dirigido a los «obreros de América». Es, en gran parte, una glosa del *Manifiesto Comunista;* y su autor predominante es el anarquista alemán Johann Most. (Dicho sea incidentalmente, las ramas más extremas del movimiento obrero de los Estados Unidos, la anarquista, la sindicalista y la socialista, han estado casi siempre nutridas y dirigidas por alemanes. Continuamente aparecen nombres alemanes prominentes, y la mayor parte de los periódicos revolucionarios llevan títulos alemanes; los escritos en lengua inglesa representan, en general, la tendencia moderada). Most es un anarquista de acción; cree en la propaganda por el hecho y no tiene fe en la acción política ni en el sindicalismo gremial o templado. Este espíritu inspira, principalmente, el manifiesto de Pittsburgh.

Sin embargo, en ese mismo Congreso de Pittsburgh se esboza una nueva tendencia, en que está como el germen del sindicalismo actual. La encarnan Augustus Spies y Albert R. Parsons, directores respectivos de los periódicos *Vorbote* y *The Alarm*, y equivale a una trasacción entre el anarquismo puramente individualista y los sindicatos simplemente gremiales. No creen

en el socialismo, pero reconocen «en el sindicato el grupo embrionario de la futura *sociedad libre*», y prevén que llegará «un día en que todos los sindicatos y anarquistas necesitarán convertirse en una y la misma cosa». De esta fusión del anarquismo y las sociedades obreras surge en los Estados Unidos el sindicalismo moderno, exactamente como en Cataluña; el paralelismo es tan evidente y aleccionador, que bien debiera merecer la atención y el estudio de cualquiera de nuestros sociólogos profesionales.

Pero el anarquismo, tal como aparece simbolizado en la Internacional Negra, tuvo un fin terriblemente trágico en la bomba de Chicago de 1886. El 3 de mayo de ese año hubo un mitin de huelguistas junto a una fábrica. Por una reyerta entre los huelguistas y unos esquiroles, acudió la policía en gran masa, y al ser recibida a pedradas, hizo fuego, mató a cuatro obreros e hirió a muchos. Al día siguiente se celebró otro mitin de protesta en la Haymarket Square. Hablaron Spies, Parsons y Fillden. (El primero había publicado la víspera, después de la agresión de la policía, una proclama que contenía estas palabras: «Obreros, armaos y presentaos con toda fuerza»). El tiempo amenazaba tormenta y la muchedumbre se dispersó; sólo quedaron unos centenares para escuchar al último orador, a Fillden. Poco después se presentó una patrulla de guardias. Fillden gritó al capitán que el mitin era pacífico. De pronto, alguien arrojó una bomba contra la policía y mató a un sargento y derribó al suelo a unos sesenta guardias. Fueron detenidos varios directores anarquistas. No se descubrió al autor de la bomba, pero como supuestos inductores, fueron condenados: Oscar W. Neebe, a quince años de presidio, y Spies, Schwab, Fillden, Parsons—que se entregó espontáneamente durante el proceso,—Fischer, Engel y Lingg, a muerte; la sentencia de Fillden y Schwab se conmutó por la de prisión perpetua, y Parsons, Fischer, Engel y Spies fueron colgados el 11 de Noviembre de 1887.

Así terminó, en realidad, la Internacional Negra y el anarquismo intransigente. Pero la tendencia sindicalista, después de una veintena de años de retraimiento, renació otra vez en 1905, en que de un Congreso celebrado en

Chicago por 186 representantes de varias organizaciones obreras, surgieron los «Industrial Workers of the World» (Trabajadores Industriales del Mundo). Es una organización claramente sindicalista. Sus bases, tal como las describe uno de sus historiadores, Vincent St. John, son las siguientes:

1.ª La unidad de organización es el sindicato industrial local, que comprende a todos los obreros de una industria dada, en una ciudad o distrito dado.

2.ª Todos los sindicatos locales por industria se unen en un sindicato industrial nacional, que tiene jurisdicción sobre toda la industria.

3.ª Los sindicatos nacionales por industria se unen con las industrias similares en organizaciones departamentales. Por ejemplo, todos los sindicatos nacionales por industria que se ocupan en la producción de alimentos y en su distribución, formarán un Departamento de Productos Alimenticios. Las divisiones nacionales de la industria de transportes, según sean a vapor, por el aire, por el agua o por tierra, forman el Departamento de Transportes.

4.ª Los departamentos industriales forman luego una Organización General, que, a su vez, es parte integrante de una Organización Internacional, encargada de establecer la solidaridad y cooperación de todos los trabajadores del mundo.

Como se ve, este es un sindicalismo por industrias, no por oficios; tampoco se identifica con el Sindicato único, en que desaparecen, no sólo las diferencias de oficio, sino de industria, para constituir un todo heterogéneo y confuso. Los I. W. W. están equidistantes de los partidos obreros políticos, de las organizaciones obreras no políticas del tipo de la Federación Americana del Trabajo y de la idea del Sindicato único. Pero de los I. W. W. —está visto que en los Estados Unidos las desintegraciones e integraciones obreras no tienen fin—nació un nuevo organismo: la Unión Industrial Internacional de los Trabajadores, de tendencia socialista, esto es, política. Es el péndulo del espíritu moviéndose de la recta a la curva y de la curva poco acusada a la más curvada.

¿Cuál será el porvenir del sindicalismo en los Estados Unidos? El anarquismo histórico parece definitivamente liquidado, como en todas partes; el sindicalismo gremial y oportunista de la Federación Americana del Trabajo no entusiasma ya a nadie; el socialismo político e histórico, con un sistema parlamentario que produce tedio a los pueblos, tampoco parece el ideal de la clase obrera norteamericana; el sindicalismo por industrias es una novedad que acaso la atraiga. Tal vez nunca se fundan estas tendencias antagónicas, tan arraigadas en el espíritu humano; tal vez se entiendan y federen, respetándose su autonomía y su personalidad, en un fin común.

X

LA ESCUELA RAND

Uno de los pocos oasis espirituales de Nueva York—probablemente de los Estados Unidos—es un edificio, sobrio y sólido, que hay en la calle 15.ª, entre la Unión Square y la Quinta Avenida (cerca, en la Unión Square, está el «Liberator», la revista mensual de socialismo revolucionario, que dirige, de nombre, Max Eastman; y, de hecho, su hermana Cristal; otro oasis). Es la Casa del Pueblo. Pero lo interesante de esta Casa del Pueblo de Nueva York no es tanto que sea casa como que sea escuela: en ella está, ocupando más de la mitad del edificio, la Escuela Rand.

Esta Escuela Rand suscita un interés múltiple. Procuraremos recoger algunos de sus numerosos aspectos y significaciones. Simboliza el punto de convergencia de diversas manifestaciones de la vida social norteamericana. Es una institución en cuyo origen y sostenimiento colaboran el entusiasmo ideal, la filantropía, la sed de conocimiento de la clase obrera, la incompatibilidad del espíritu nuevo con los viejos centros de enseñanza y la actitud organizadora. Todos estos elementos espirituales y prácticos engendran, con la Escuela Rand, uno de los focos docentes más ejemplares no ya sólo de los Estados Unidos, sino del mundo entero.

La Escuela Rand no se llama así hasta 1906; su progenitora es la Sociedad Socialista Americana, que se funda en 1901. Esta Sociedad Socialista tiene por objeto organizar conferencias y cursos para el estudio de la economía política y el socialismo; evidentemente, está emparentada con la Sociedad Fabiana de Londres. Unos cuantos hombres desinteresados y entusiastas—entre los cuales merece especial mención Algernon Lee, actual director de la parte puramente docente de la Escuela—se percatan de que el progreso de la sociedad depende en grado considerable de la difusión de una cultura especializada, fundamentalmente de tipo socialista, entre la clase obrera, y de la formación de obreros para organizar, agitar y dirigir los diversos organismos del movimiento social.

En 1906 se crea, como hijuela de la Sociedad Socialista Americana, la Escuela Rand. Recibe este nombre como tributo de gratitud a la señora Carrie Rand, que deja a la Escuela, al morir, parte de la renta de sus bienes, hasta que sus nietos alcancen determinada edad y puedan recoger la herencia que les corresponde. En los primeros años, el usufructo de esa fortuna equivalía para la Escuela Rand a unos 7.000 duros anuales; poco a poco ha ido disminuyendo, y hoy apenas si representa 1.500 duros; dentro de pocos años, estos ingresos habrán desaparecido en absoluto.

La filantropía de la señora Rand fué la primera piedra económica de la Escuela. Esos casos de desprendimiento, o, si se quiere, de reversión social, no son raros en los Estados Unidos. Los españoles ricos, tan fáciles siempre en lo de imitar las costumbres ostentosas de los ricos extranjeros, ¿no seguirán también alguna vez sus ejemplos de generosidad? Pero la Escuela no hubiera podido vivir sólo de la señora Rand; ella era la corriente más caudalosa; pero hacían falta otros afluentes de colaboración económica para sostener la marcha del organismo docente. Calcúlese: en el año de 1918 a 1919, el costo aproximado de la Escuela fué de 45.000 duros. Los derechos de matrícula rindieron 22.000 duros; la librería aneja a la Escuela, 10.000. El resto se cubrió con lo que aún cobra del legado de la señora

Rand y con suscripciones particulares, que suelen variar entre 25 centavos y 10 dólares, de antiguos alumnos y amigos.

La cifra de 45.000 duros por año parecerá exorbitante a los lectores españoles. Pero es exigua si se considera que a los profesores se les abonan cantidades que no aceptarían de ningún otro centro de enseñanza. A nadie, en la Escuela, se la paga más de 2.500 duros por año. La mayor parte de los profesores dan sus lecciones por devoción a la clase obrera; pero a nadie que lo necesite o solicite se le deja de abonar algo. Buen número de profesores son socialistas, escritores o conductores del movimiento obrero; no faltan entre ellos algunos expulsados de las Universidades por sus ideas avanzadas. Otros pertenecen a alguna Universidad. Omitimos por prolija la enumeración de sus nombres; baste decir que se aproximan a un centenar y que entre ellos están algunas de las figuras más eminentes en las ciencias y las letras de los Estados Unidos.

De las materias que se enseñan en la Escuela Rand, mencionaremos algunas: Historia Social General, Antropología y Sociología; Historia del mundo moderno e Historia actual; Historia económica y política de los Estados Unidos; cursos especiales sobre los Problemas de irlandeses, rusos, indios, chinos y negros; Problemas de reconstrucción; Historia del Socialismo, del Sindicalismo y de la Cooperación; Elementos de ciencia política, Gobiernos comparados y Política americana; Elementos de economía, Estudios superiores de economía, Elementos de estadísica, etc.; Estudios elementales y superiores de teoría y práctica del socialismo; Problema del trabajo y Métodos sindicales; Legislación obrera, Seguro social, etc.; Estudios sobre propiedad nacional y municipal; Elementos de criminología; Principios de las ciencias naturales; Higiene personal y social; Historia de la filosofía y Problemas de filosofía: Psicología y lógicas aplicadas y Métodos de enseñanza; Aspectos sociales del arte, de la música, de la literatura y el teatro e Historia de la literatura; Gramática inglesa y composición; Oratoria pública, Uso de la voz, Lectura oral y Corrección de acento extranjero; Métodos de in-

vestigación, Métodos de organización, Métodos de contabilidad, Reglamento parlamentario. Toda una facultad de política moderna, que pocas Universidades, o ninguna, superan.

La mayor parte de las conferencias y clases se dan por las noches y por las tardes de los sábados y domingos. Por regla general, cada asunto se desarrolla en un curso de doce o veinticuatro lecciones, que, a razón de una o dos veces por semana, dura tres meses. El precio de estos cursos suele ser de cuatro a seis duros cada uno. Pero hay cursos especiales para obreros que quieren dedicarse a organizar y dirigir el movimiento obrero. Son cursos sistemáticos, que exigen por lo menos una asistencia de veinte horas por semana a conferencias y clases; los obreros que vienen de fuera de Nueva York dedican todo su tiempo, durante seis meses, a este aprendizaje, verdadera licenciatura en cuestiones sociales, teóricas y prácticas; para los de Nueva York que quieran seguirlo hay un programa de noche, para que puedan estudiar sin perder su trabajo diurno. Se da también un curso de verano con esta misma finalidad. La matrícula para todo el curso cuesta 75 dólares. La Escuela Socialista de Berlín, anterior a la guerra, sufragaba los gastos de sus propios educandos; su objeto era semejante. Hay también cursos, muy eficaces, por correspondencia.

La Escuela Rand ha experimentado un poderoso desenvolvimiento. En 1906-1907, los alumnos matriculados eran unos 250, en 1917-1918—primer año de su traslado a la Casa del Pueblo, que hoy es, parcialmente, suya—, unos 4.000, y en 1918-1919 pasaban de 5.000. Cuenta con un departamento de investigación que publica un «Anuario» de cuestiones obreras americanas y exteriores, muy útil, bajo la dirección del ruso Trachtenberg. Ha publicado también libros y folletos. Este éxito de la Escuela Rand se debe, sin duda, a su propia eficacia, al entusiasmo de sus organizadores, directores y sostenedores y a sus amplios medios económicos. Pero también, en gran parte, a las persecuciones sufridas. El martirio es siempre fecundo. La Escuela Rand ha sido asaltada alguna vez por el populacho—el antiguo popu-

lacho que arrastraba brujas y quemaba alquimistas; el mismo que hoy lincha negros en los propios Estados Unidos - y sus directores han sido encausados por los Tribunales de justicia, como polvorines potenciales contra el orden estatuído. Estos acosos, lejos de destruir la Escuela Rand, han hecho su propaganda y su prestigio. Como siempre, y como en todas partes.

La librería de la Escuela Rand merece párrafo especial. Además de la biblioteca para sus alumnos, tiene, en la planta baja, una librería que es una de las mejores de Nueva York. Instalada al modo moderno, es un amplio salón, sin mostrador ni barreras de ningún género para el visitante, que puede recorrer todo el local, hojeando los libros de las mesas y de los estantes. Las obras – políticas, científicas, literarias – están cuidadosamente escogidas. Como el público es selecto sólo se encuentran en ella publicaciones de evidente interés intelectual; nada de esa bazofia editorial que suele ser el pasto del llamado «gran público». El año 1918 vendió por 50.000 dólares; como ya hemos dicho, 10.000 de ganancia. Una librería de ese tipo, hospitalaria, alerta al movimiento editorial, selecta, atendida por un personal inteligente, amable y enterado, sería en España—y en cualquier otro país donde no exista—una pingüe fuente de ingresos.

EL FEMINISMO

I

UN CASO DE «MUJER NUEVA»

¿Parecerá un exceso de linsonja masculina la declaración de que lo más interesante y sugestivo de los Estados Unidos es la mujer norteamericana? Y no aludimos, precisamente, a su belleza, que, en general, es extraordinaria, sino a su mentalidad y visión de la vida. Varias veces, en el curso de estos trabajos, nos hemos referido de soslayo a esta delicada cuestión. Explorémosla ahora con más detenimiento, pues el tema lo merece, ya que la mujer, en todas partes, es uno de los pilares básicos de la civilización vigente, y, en algunas—acaso en los Estados Unidos—, la clave de todos los arcos.

El eje del feminismo, lo que caracteriza a la «mujer nueva», es el descubrimiento de su individualidad. Todo el progreso no consiste, en última instancia, sino en una serie de descubrimientos de la individualidad de cada uno de los componentes sociales de la especie humana y de otras tantas luchas por que les sea reconocida universalmente. Primero descubre el hombre su individualidad por diferenciación de la naturaleza; luego como miembro de la clase dominante, individualidad del talento, del poder, de los derechos heredados; después, como miembro de la clase dominada, como esclavo,

como siervo, como proletario moderno. Ultimamente descubre su individualidad la mujer. Ya se habla también, como de algo absoluto, de la individualidad del niño, y también de la individualidad de los animales y hasta de las plantas, con lo cual parece como si el hombre, después de haberse desintegrado mentalmente de la naturaleza, quisiera integrarse en ella de nuevo, bajo el impulso de una sensibilidad cósmica.

Siempre ha habido fuertes individualidades femeninas, pero la conciencia de su individualidad no la ha sentido la mujer tan general y vivamente como en la época contemporánea. El feminismo es un fenómeno universal; sólo que en unos países es más rápido que en otros, o más pintoresco, o más dramático. Dentro de la limitación de nuestro conocimiento, en problema tan complejo y vidrioso, se nos antoja que los Estados Unidos son el país donde la lucha de la mujer por su individualidad toma caracteres más específicos y pronunciados. Rara será la mujer norteamericana—habría que buscarla lejos de los grandes centros de población, en los distantes núcleos rurales—que no hable alguna vez al día de su «independencia», como anhelo o como lograda realidad. Diariamente se hacen públicos casos representativos de mujeres «emancipadas». Recuerdo, sobre todo, uno — de los más típicos —de que que escribió largamente la Prensa de Washington en noviembre de 1919, y aún le queda mucho por escribir sobre el mismo caso, si sigue su curso, a la del país entero. Helo aquí:

La señora de Russell, heroína de esta verdadera historia, es una hermosa dama—a juzgar por las fotografías, que la muestran casi desnuda, de los periódicos—, casada con uno de los hombres más ricos de Cleveland, el señor Russell, del cual tiene dos hijos, de ocho y nueve años. Es un símbolo de la «mujer nueva». No entiende ella el matrimonio como una serie de funciones encaminadas exclusivamente a velar por la salud de los hijos y por la vanidad masculina del marido. No se exija, por ejemplo, de la señora de Russell que le caliente a su marido las zapatillas en la estufa o que le ponga solícita la bata doméstica a su regreso al hogar. Ciertamente, no es el señor

Russell de la especie de maridos que piden tales cosas. «Pero aunque tal vez le gustasen si yo las hiciera—confiesa la señora de Russell—, nunca he pensado en hacerlas.» Sus aspiraciones y destinos son más altos. Sencillamente, la señora de Russell quiere que no quede inédita su personalidad. ¿Cómo? «Mi impulso de bailar— declara inequívocamente — domina mi vida toda. Simplemente tengo que expresarme a mí misma, tengo que expresar mi individualidad divina danzando.»

Mientras este anhelo no traspuso las fronteras de la familia, todo fué bien: el señor Russell se deleitaba con las danzas de su esposa, tan joven y bella, y los chicos se entretenían también, tomándolas por ejercicios gimnásticos, que ellos secundaban gozosamente. Pero la señora de Russell comenzó a bailar en fiestas particulares y el marido comenzó a torcer el gesto, aunque no todavía a negarles su resignada presencia. Sólo cuando se produjo la «evolución» de su esposa, el señor Russell dejó de asistir a las fiestas privadas en que ella se retorcía lúbricamente. «Los griegos—dice la señora de Russell—subordinaban, indudablemente, el cuerpo al alma... En el colegio—la señora de Russell está graduada en el colegio de Wassar,—y, cuando mis niños eran pequeños, yo me dediqué enteramente a las danzas del alma. Mis interpretaciones eran tranquilas y decían su historia con elegancia y dignidad de movimientos... En realidad, yo me sentía como un frío mármol griego animado de vida».

Pero la señora de Russell superó esta etapa de su arte, porque «un público moderno de gentes altamente educadas y cultas—dice—no se estremece con las gentiles simplezas de los griegos. Pide más... Hace tres años me dí cuenta de que, para expresarme mejor, tenía que empezar con las danzas orientales o del cuerpo, y hay gentes en Cleveland que creen que las tales danzas son malignas y viciosas. Estoy segura de que muchas de esas gentes esperan de mí que abandone mi hogar y mi marido o que mi marido me prohiba tomar parte en este nuevo trabajo». Sin embargo, el señor Russell es hombre paciente, y «cuando superé—prosigue su esposa—la mú-

sica modosa de Beethoven y Gluck y alcancé el orientalísimo seductor de Debussy y Strauss, el señor Russell tuvo que tascar el freno de sus antiguos prejuicios, o de otra suerte... pues bien, francamente, me hubiera perdido»...

La «mujer nueva» es terriblemente sincera. Siempre ha habido mujeres que han tratado de «expresarse» mediante la danza u otro medio, y se han salido con la suya, a despecho de la oposición de sus maridos. Siempre ha habido también, probablemente, mujeres que han tenido de sus compañeros de coyunda la idea más despreciable, y más de una vez con razón. Eso es tan viejo como el hombre y la mujer. Lo nuevo es que la mujer lleve la polémica conyugal a los papeles públicos. La señora de Russell no teme presentar su problema marital tan desnudamente al público como su cuerpo cuando busca expresión en ardorosas danzas orientales. «Los maridos—declara amablemente—son un pequeño ganado *(little cattle)*, modernos o no modernos. Naturalmente, ningún hombre disfruta compartiendo su mujer y sus gracias físicas con el público. Él puede ser promiscuo y gregario, incluso polígamo; pero no tiene fe sino en la esposa que es mujer de un solo hombre. Claro es que, hoy en día, acaso charle de la igualdad de los sexos y del derecho divino de la mujer a ser independiente, pero todo esto es para alguna otra mujer, no para la suya». Felizmente para la señora de Russell, su marido «es totalmente moderno, por lo menos en la superficie», y «un marido moderno—prosigue la audaz bailarina,—por muy virulentos que sean sus instintos cavernarios, tiene simplemente que enterrarlos bajo la capa de la civilización y condescender con los deseos de su esposa cuando la esposa siente que es una personalidad distinta». El señor Russell se interesa y divierte con las danzas de su mujer, «¡pero algunas veces creo que los instintos de la caverna están a punto de estallar! Sin embargo, se sofrena, porque se da cuenta, sabiamente, de que tengo que expresarme, expresar mi divina individualidad».

Como la señora de Russell, piensan quizás noventa de cien mujeres nor-

teamericanas. Y si tuvieran ocasión, lo dirían también al público. ¡Melancólico futuro espera a los hombres! En la antigüedad, los esclavos, al hacerse libres, solían a veces revolverse violentamente contra sus señores de otro tiempo. Ahora que tanto se habla de dictaduras, ¿no estará abocada la Humanidad a la dictadura de la mujer? El «niño de los cabellos largos y pensamientos cortos» demuestra, por lo menos por boca de la señora de Russell, que sus palabras son tan largas como sus cabellos. ¡Ay del hombre si sus hechos son también tan largos!

II

UN MATRIMONIO MUY SIGLO XX

¿Estará abocada la Humanidad a una dictadura de la mujer, no menos temible, aunque más dulce, que la dictadura del proletariado, de que tanto se habla estos días? Al hacernos esta pregunta en el trabajo anterior, la fundábamos en el caso de la señora Rusell, de Cleveland, que da a la publicidad una serie de opiniones sobre su marido y sobre el estado conyugal que despojan al matrimonio de esa envoltura de intimidad y recato sin la cual no se ve que esta venerable institución sea posible en su presente forma. Hoy ofrecemos un nuevo caso o ejemplo de la independencia de la mujer en los Estados Unidos, un caso, no ya de la «mujer nueva», sino de la «suegra nueva», mucho más temida, por virtud de la publicidad, que la clásica.

La señora de Diestelhorst es la esposa de uno de los príncipes del petróleo de la ciudad de Kansas, en el Estado de Missouri. Hace dos años, la señora de Diestelhorst fué llamada a un Tribunal a responder de los motivos de no haber obedecido las órdenes de las autoridades de instrucción pública, muy rigurosas en el Estado de Missouri, sobre el envío de su hija Elva, una muchacha de quince años a la sazón, a una escuela pública. He aquí algu-

nas de las razones de la madre: «La muchacha de buena crianza, buena familia y fortuna, tiene que defender a su marido contra coristas, bailarinas de «cabaret», actrices, cantantes, aventureras, vampiros y coquetas. El único medio de que pueda vencer a estas competidoras es derrotándolas en su propio juego. Una muchacha que pueda bailar un poco más atrevidamente que otra herirá el corazón del hombre moderno mucho más rápidamente que la muchacha que sólo sabe historia y álgebra, y la muchacha que pueda coquetear y buscar muchas conquistas tiene más probabilidades de escoger un compañero agradable que la joven que se ruboriza cuando le habla un extraño. Mi hija Elva es educada de acuerdo con esta teoría». Y en vez de ir a la escuela, la joven Elva tenía cuatro maestros particulares para aprender a bailar, a tocar música, a pintar y a coquetear. A esa teoría replicó el juez, entre humorista y perplejo:

«Puedo no ser juez de este Tribunal de aquí a algunos años, cuando esta niña alcance edad casadera y se ponga a buscar compañero; pero aquellos que se interesen en el resultado de la educación extraordinaria que está recibiendo la señorita Diestelhorst debieran informar entonces al Tribunal que esté en sesión en esta sala sobre cuáles son los resultados, para aquel tiempo, de este interesante experimento. Entonces podrá declararse a la madre justificada o estúpida, según sea el caso, y podrá ofrecerse una lección de cosas a las otras madres.»

Dos años más tarde, la señorita Diestelhorst se casaba con un joven belga, más rico en blasones que en pecunia. Pero la señora Diestelhorst, celosa de la dicha de su hija, no debía confiar de modo absoluto en la educación que le había dado, como parapeto contra las tentaciones del mundo, por cuanto obligó a aceptar a su yerno un contrato que hará, seguramente, época en la historia del matrimonio y en los antecedentes u orígenes de la dictadura femenina. El contrato lo firman el yerno y la suegra, ante notario, el 12 de septiembre de 1919, en la ciudad de Nueva York, y consta de seis cláusulas y un «considerando» de prólogo y otro de epílogo. Séanos lícito

un somero extracto de este extraordinario documento, síntoma patente de que el feminismo, en ocasiones y países, no es la igualdad de los sexos, sino el sojuzgamiento del hombre por la mujer.

La primera cláusula obliga al pretendiente a «presentar a la señora Diestelhorst pruebas satisfactorias para ella, o para los consejeros médicos que ella nombre, del estado de salud de su mente y de su cuerpo», y el matrimonio puede suspenderse «por opción de dicha señora Diestelhorst si no son presentadas tales pruebas o si no son aceptadas como satisfactorias». La sabiduría de esta condición es tan palpable, que no necesita subrayamiento. La segunda cláusula obliga al marido, una vez que lo sea, «a rodear a su esposa del tierno amor, la completa confianza, la afectuosa solicitud y gentil simpatía que es deber del marido otorgar a su esposa en una perfecta relación matrimonial». También se obliga «a no ser infiel en ningún tiempo, en pensamiento o acción». ¿Quién sostiene que el pensamiento no delinque y quién niega la posibilidad de averiguar esta delincuencia?

Según la cláusula tercera, el marido «permitirá a su esposa dedicar tres horas al menos de cada día, si ella lo deseare, al baile, la música o los pasatiempos sociales», «sin interferencia o inspección por parte de él y sin interrogatorios ni reproches»; además, consentirá a su esposa que «cada año se ausente, por lo menos, dos meses de su compañía para visitar a su familia, sus parientes o amigos». Según la cláusula cuarta, «permitirá a su esposa escoger y dar su aprobación a todas las personas que deban admitirse en su casa como amigos ó conocidos comunes», y, en cambio, él no podrá «mantener amistad ni consideración con ninguna persona o personas, fuera de los parientes consanguíneos, que no sean aceptables a su esposa como amigos o conocidos». La cláusula quinta le obliga a no impedir que su esposa se divierta bailando en teatros o reuniones sociales, y, además, debe ayudarla a «aumentar y mejorar su gracia social y su personal atracción». Finalmente, la clásula sexta le obliga a «creer que una esposa fiel y digna de confianza es uno de los más grandes dones que Dios le ha otorgado, y a concederla el

respeto, la admiración y el aprecio que, a los ojos de Dios y del hombre, merece una esposa obediente». Si el marido observa este contrato, tendrá derecho a los 55.000 dólares anuales que la señorita Elva recibe como dote y a su herencia posterior. Si lo quebranta, todo el dinero será de ella exclusivamente. He ahí el dilema que la señora de Diestelhorst presenta a un «hombre moderno» en nombre de su hija.

Pero la señora de Diestelhorst—resistamos toda tentación humorística—comete un grave error, y es imaginarse el matrimonio como una sociedad comercial cuyas partes pueden regular de antemano todos sus movimientos y relaciones recíprocas según un contrato escrito, en vez de contemplarlo como una sociedad política o espiritual. Una sociedad económica tiende a fundir sus partes en una comunidad de intereses materiales, en algo externo, físico; una sociedad política o espiritual aspira a la fusión de las partes en fines ideales o íntimos. La primera participa de la estructura de una máquina, de un artificio; la segunda, de un organismo, de una creación viva, constante y casi siempre dolorosa. La primera puede estancarse, romperse fácilmente—si la vida dependiera de un contrato, ¿quién toleraría el contrato o la vida?—La segunda—familia, municipio, nación, humanidad—es un continuo devenir, una fusión continua, y el propio sufrimiento del proceso fundente crea una tradición, una comunidad en el pasado que es la roca del presente y el futuro. Pero lo malo no es que la señora Diestelhorst, tal vez aleccionada por una amarga experiencia, quiera hacer para su hija una institución comercial del matrimonio. Lo malo es que en los Estados Unidos sean legión las mujeres que piensan así. Lo malo, claro es, para la institución matrimonial, porque con tales prevenciones y limitaciones no puede convertirse en sociedad orgánica, y lo probable es que, reducida a función de máquina, sabiamente precisada de antemano, se empantane y averíe sin compostura posible en el primer ensayo. Tal actitud ante el matrimonio, ¿no anuncia un nuevo tipo de civilización?

LA HISPANOFILIA

LA HISPANOFILIA

I

EL ESPAÑOL, LENGUA DE MODA

Los Estados Unidos son una nación cosmopolita. Lo revelan las numerosas lenguas que se oyen en trenes, tranvías, calles, teatros, restaurantes, bazares, en todo lugar multitudinoso. Lo denuncia también la gran cantidad de Prensa escrita en lenguas extranjeras. En 1914 había en los Estados Unidos 616 periódicos de lengua alemana; 127 de lengua italiana; 174 de lengua escandinava; 237 de lengua letona, y 275 de otras lenguas. Se explica está Babel impresa. En los Estados Unidos había en 1910 un total de 13.515.886 extranjeros. Los países que en mayor proporción contribuyen a esta cifra son los siguientes:

Alemania, con 2.501.333; Rusia y Finlandia, con 1.732.462; Irlanda, con 1.352.252; Italia, con 1.343.125; Austria, con 1.174.973; luego siguen Inglaterra, Canadá, Suecia, Hungría, Noruega, Méjico, etc. El penúltimo país en emigración a la República norteamericana es la Turquía europea, con 32.230. ¿Y sabe el lector cuál es, entre treinta países, el que menos emigra a los Estados Unidos? España, que en el año indicado de 1910 sólo contaba con un total de 22.108 residentes. La Prensa española de los Estados Unidos es también de las más modestas. A fines de 1919 se publicaban en Nueva York un

diario, tan mal escrito, que de ningún modo ganaba honra con su existencia nuestra lengua; un semanario, una revista mensual, *La Reforma Social;* en California, *Hispania*, revista trimestral, órgano de la Asociación Americana de Maestros de Español, y *Mercurio,* en Nueva Orleans.

Y, sin embargo, la lengua española es una de las que más se hablan. En hoteles, ferrocarriles, tiendas, oficinas públicas, fábricas y centros comerciales, es frecuente que al español se le responda en su propia lengua. ¿Cómo se explica esta paradoja de que sea uno de los más hablados el idioma que tiene en los Estados Unidos menos nacionales? La respuesta es sencilla: mientras los otros idiomas extranjeros los hablan sólo los emigrantes y se apresuran a olvidarlos sus hijos, en provecho del inglés, por comodidad, y también por sentimiento nacionalista —todo hijo de emigrante quiere pasar por más americano que el propio Lincoln—el español son los americanos mismos quienes lo aprenden. Este interés es reciente; nació de la guerra, del odio a Alemania y del amor mercantil a la América de lengua española.

Ciertamente, no puede negarse una genealogía más antigua y desinteresada a este interés por la lengua y cultura españolas en los Estados Unidos. Algunos de los libros mejores sobre temas literarios e históricos de España y la América de lengua española están escritos por norteamericanos. Conocidos de todos son los *Cuentos de la Alhambra*, de Wáshington Irving, uno de los libros que más han contribuído, en los países de lengua inglesa, a hacer de Granada y, en general, de España un país de ensueño y leyenda. Una de las mejores historias de la literatura española, tal vez la mejor todavía, a pesar de sus años, es de un norteamericano, George Ticknor. A otro norteamericano, a Prescott, le debemos dos de los libros más sugestivos de la epopeya de América, la *Conquista de Méjico* y la *Conquista del Perú*, y también una *Vida de Felipe II*, y una *Historia de Fernando e Isabel.* ¿Y quién ignora las traducciones, ya clásicas, de Longfellow, singularmente de las *Coplas* de Jorge Manrique? Con otros escritores norteamericanos como Lowell, Lea, Bancroft, John Hay, etc., están España y la América de lengua española no menos en deuda.

Pero este amor al español, en los últimos tres o cuatro años, es, inequívocamente, hijo de la guerra. Hasta 1917, los idiomas que más se estudiaban oficialmente eran el francés, el alemán y el latín. Al entrar los Estados Unidos en la guerra, con la persecución de los alemanes comenzó la persecución del idioma alemán. Se le expulsó de las escuelas. ¿Y con qué sustituirlo? Algunos espíritus clarividentes y enérgicos, como John D. Fitz-Gerald, profesor de la Universidad de Illinois, y Lawrence A. Wilkins, director de la Sección de lenguas modernas en las escuelas secundarias de Nueva York, vieron que le había llegado la hora al español, y comenzaron una poderosa campaña para sustituir con él al alemán en los Centros docentes. El esfuerzo tuvo éxito sin igual, porque al propio tiempo que se daba la batalla a un idioma «enemigo», se adquiría otro que era llave del vasto comercio con la América de lengua española.

Merecen conocerse algunos de los datos de esta victoria. En varios cursos de Universidades y colegios era obligatorio el aprendizaje del alemán o el francés. Actualmente ya se ha logrado que en diversas Universidades y colegios, sobre todo hacia el Oeste, sea el español uno de los idiomas opcionales. Pero el castellano se enseña también en varias escuelas secundarias.

He aquí el número de alumnos matriculados en varios idiomas en las escuelas secundarias (High Schools) de Nueva York:

	Marzo de 1917	Marzo de 1919
Alemán	23.898	3.287
Castellano	13.362	25.729
Francés	14.714	20.920
Griego	»	197
Italiano	»	66
Latín	17.409	15.234

Como se ve, el español era el idioma extranjero más estudiado en Nueva

York durante el año de 1919, y la tendencia era a aumentar. Probablemente, pasada ya la guerra, sobrevendrá una reacción en perjuicio del castellano y favorable al alemán; también los idiomas habrán de acogerse al Tratado de paz. Pero el español ha conquistado un puesto del que no se le desalojará fácilmente mientras los mercados del centro y del sur de América tienten a los industriales y comerciantes del Norte.

II

HISPANOFILIA INQUIETANTE

La hispanofilia tiene en los Estados Unidos numerosas raíces. Conviene clasificarlas para que se sepa cuáles merecen nuestra simpatía, cuáles nuestra indiferencia y cuáles nuestra vigilante y recelosa atención, porque hay formas de hispanofilia que son un estímulo de los legítimos valores culturales de nuestro pueblo, otras que ni nos favorecen ni nos dañan, y otras, en fin, que representan un peligro para nuestro porvenir en América. El eje de todas estas formas es la lengua.

Ya indicamos en el trabajo anterior que la razón fundamental del súbito interés de los norteamericanos por la lengua española es el deseo económico. La América del Centro y del Sur ofrece amplios mercados a la industria y al comercio de la gran República del Norte. La llave de esos mercados es el idioma castellano. «Lo necesitarán—dice la Unión Panamericana, de Washington—el comerciante y el fabricante, para entender a fondo las necesidades de sus clientes y para proveerlos en consecuencia; lo necesitarán el ingeniero mecánico, el civil o el electricista para facilitar y despachar su tarea mediante su aptitud para establecer un contacto íntimo con los hombres a sus órdenes; lo necesitará el maestro para trabajar en las escuelas

hispanoamericanas, donde se admiran y copian los métodos norteamericanos de enseñanza; lo necesitará el agricultor experto para hacer frente a la gran necesidad de labranza científica, fomentada con tanto interés por muchos Gobiernos sudamericanos; lo necesitará el abogado para familiarizarse con la legislación y condiciones sociales de Hispanoamérica, lo cual le dará una invaluable ventaja sobre sus colegas menos afortunados.» Como se ve, la Unión Panamericana, de Washington, no desdeña el utilitarismo.

El propio Sr. Wilkins, en un libro, titulado *El español en las escuelas secundarias*, no se olvida de este lado útil de la enseñanza de nuestra lengua. «Desde el 1900 al 1913, la importación sudamericana total del mundo entero aumentó de 318 a 1.042 millones de dólares... En ese tiempo, la población de la América española creció de 38 millones a casi 60 millones, un aumento de un 58 por 100 comparado con un aumento de un 28 por 100 en los Estados Unidos... El promedio de las utilidades de la población en la Argentina es equivalente al promedio de las utilidades en los Estados Unidos. Merece anotarse que sólo en la Argentina hay tres instituciones bancarias con mayores capitales amortizados que los de ningún Banco de los Estados Unidos, y que la Argentina tiene una reserva en oro de 53 dólares por cabeza, comparada con 23 dólares por cabeza en los Estados Unidos. Estos hechos hablan elocuentemente de la capacidad de compra de la América hispánica antes de que comenzara la gran guerra.» Y a continuación, el señor Wilkins se extasía con las enormes dimensiones geográficas y la riqueza actual o potencial de algunos países centro y sudamericanos y con las pingües perspectivas que se abren a las actividades mercantiles de los Estados Unidos.

He ahí una hispanofilia, en apariencia, inocente y, sin embargo, en realidad peligrosa. Bien está que se aprenda una lengua para ganar dinero. ¡Si sólo fuera para eso! Pero si tras la lengua va el dinero, tras el dinero va la diplomacia y, a veces, tras la diplomacia, el Ejército o la Marina de guerra. Este interés utilitario de los norteamericanos por el español ha de ser una

fuente de inquietud para los españoles. ¿Por qué? Porque los anglosajones tienen una divisa clásica; tras el comercio va la bandera *(the flag follows the trade)*. Al comercio norteamericano en Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo, Panamá, Méjico, Nicaragua, ha seguido, o quiere seguir, la bandera norteamericana.

Y no es lo peor que el comercio y la bandera pongan en peligro la independencia e integridad de los países adonde van del brazo. Ponen también en peligro su personalidad histórica. La lengua que se aprendió para penetrar en un país extraño, se olvida y sustituye por la propia tan pronto como se está en terreno conquistado por el comercio y la bandera. En todos esos países sometidos a la «influencia» de los Estados Unidos, ¿no vemos a la lengua inglesa desplazando a la española en la Prensa, en la vida social, en el comercio, en algunas partes incluso en las escuelas? La gran afición de los norteamericanos por el español parece, a primera vista, halagüeño para los pueblos de lengua castellana; parece que es la lengua nuestra la que ha conquistado o va conquistando a la inglesa; pero la realidad es otra, porque el idioma español sirve a los norteamericanos para abrirse las puertas y los pechos de los otros pueblos de América, y una vez dentro, se prescinde de la llave y se la reemplaza prestamente por su rival, la lengua inglesa. Y con ello se hiere en el corazón a la personalidad histórica de los pueblos de lengua española.

Y se hiere también a España. La personalidad histórica de España está estrechamente entremezclada con la América de su lengua, por el futuro tanto como por el pasado; en el pasado, América es su obra; en el futuro, es la esperanza mayor de su subsistencia. Pero anúlese o redúzcase la personalidad histórica, a base del idioma, de la América hispánica, y se habrá reducido la personalidad histórica de España. Esta raíz utilitaria y absorbente de la hispanofilia norteamericana, lejos de ser motivo de lisonja para España, debe serlo de inquietud. Felizmente, hay otras raíces de estímulo y esperanza, como veremos en seguida.

III

HISPANOFILIA FECUNDA

PERO sería erróneo suponer—prosiguiendo con nuestras noticias y comentarios sobre el estudio del castellano en los Estados Unidos—que el aprendizaje de nuestra lengua sólo responde a fines de comercio y penetración política en los países del Centro y Sur de América. En gran parte, es también desinteresado. Fuera del interés puramente utilitario, la curiosidad por el castellano y, en general, por la cultura española en la República norteamericana puede clasificarse en tres especies. La primera es una especie de curiosidad de raíces que podríamos llamar mecénicas. En los Estados Unidos—como en todas las naciones muy ricas—hay gran copia de millonarios que, más generosos que la mayoría de sus compañeros de clase, necesitan desprenderse de parte de su fortuna, ya sea por un impulso ético de restitucion, ya sea como alivio y distracción del pesado fardo de sus negocios, ya sea por simple vanidad. Unos dedican sus millones a fundar bibliotecas públicas; otros, a dotar universidades; otros, a crear laboratorios de investigación; algunos, a proteger las artes y las letras de un país extranjero. En esta última categoría hay algunos millonarios norteamericanos cuyo mecenismo está consagrado a España. Desgraciadamente, sus consejeros habitua-

les y su gusto, no siempre exquisito, les llevan alguna vez a amparar y realzar valores de escaso prestigio, más transitorios que permanentes. Pero, a caballo regalado... Después de todo, mejor es este linaje de curiosidad por la cultura española que ninguna.

La segunda especie de curiosidad proviene del espíritu de la moda. En los Estados Unidos abunda la clase de los ociosos, sobre todo entre las mujeres. Como los hombres están entregados frenéticamente a sus negocios, no tienen tiempo ni espíritu para entretener a sus mujeres, las cuales, en consecuencia, se ven obligadas a entretenerse por sí mismas. El ocio y la ausencia de hombres las arrastran, como desesperado recurso, a la lectura, a las conferencias públicas, a pasatiempos espirituales de todo género. Y lo que al principio es un arbitrio contra el tedio, se convierte a la postre en afición verdadera y a veces en pasión. La inmensa mayoría de los que escriben y leen libros de ficción en los Estados Unidos son mujeres. En las exposiciones, en los salones de conferencias, apenas se ven más que mujeres. La aristocracia, en su sentido de selección intelectual, está representada allí por la mujer.

El resultado de esto es que la curiosidad es más viva, pero también más inconstante. Cada dos o tres años un nuevo país se pone de moda. Una vez son los escandinavos, gracias sobre todo a Ibsen; otra, la moda se trae a la Rusia literaria y musical; pero ahora todo lo ruso está en baja, por culpa del temido bolchevismo; otra, la moda corresponde a Italia y pasean por toda la República sus conferenciantes.

Ultimamente la moda se ha apoderado de España; se traducen nuestros novelistas y dramaturgos, se proclama a Blasco Ibáñez el más grande de los escritores vivos, se toca música española, se difunden nuestras artes, las puras y las industriales, las antiguas y las modernas. Este interés coincide con el auge de la enseñanza del español en Universidades y escuelas secundarias. Los hombres lo aprenden para comerciar; las mujeres, cansadas de otras literaturas, para curiosear en la española. Nos faltaba una figura llama-

tiva, un Ibsen, un Dostoievski, un Anatole France, un Maeterlink, un Annunzio, un Shaw. Pero el público necesitaba un gran nombre, y entre su deseo y las hábiles artes de un editor para el reclamo—aprovechando además, por su relación con la guerra, el interés episódico de *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*—, se crea un Blasco Ibáñez de tamaño colosal, que no podrá reconocer nadie que le conozca.

Queda la última especie de curiosidad, que para nosotros es la más interesante—en rigor, la única interesante—. Entre los nuevos aficionados al español no todos son futuros mercaderes ni lectores o lectoras de la última moda. Hay seguramente algunos, si no muchos, que luego serán escritores, historiadores, investigadores de nuestra literatura pasada y ponderados y sagaces valuadores de la actual. Ya hay algunos. A Ramón Pérez de Ayala le he oído hablar con gran encomio de los muchos conocimientos literarios y perspicacia crítica del profesor de Literatura española en la Universidad de Cornell. Probablemente hay otros además que aspiran a seguir la alta tradición hispanista de Ticknor, de Longfellow y Lowell, los tres profesores clásicos de la Universidad de Harvard.

Esta hispanofilia es de todas la más sugestiva. Corresponde a un profundo anhelo que sienten muchos españoles, quizás los que lo son de manera más cordial, inteligente y fecunda. Durante muchos años se nos ha querido convencer de que España ha sido uno de los pueblos más grandes en empresas donde apenas hizo nada duradero o que más hubiera valido no haberlas intentado. Recuérdese el empeño de Menéndez y Pelayo de elevar a las nubes la llamada ciencia española. Contra tales afanes de extravío nacionalista, agravados en estos últimos tiempos por gentes sin visión ni conocimiento, capaces sólo de la risible alharaca retórica, se han rebelado siempre los españoles mas discretos y sensibles, y en su reacción polémica han llegado a dudar de si a España le debe algo la cultura universal. Pero este problema presupone este otro: si el pueblo español es apto en general para la cultura, o sea para la creación de valores espirituales. Al buscar una afir-

mación en nuestra historia, lo que cobra mayor grandeza y atestigua la aptitud creadora del pueblo español es su literatura, más que ninguna de sus otras obras.

La universalidad de la literatura española está probada en la influencia que ejerció en las literaturas vivas de su tiempo. De esta relación, el mejor tributo que podría rendirse a nuestro pasado, en vez de cantarlo huecamente, los españoles se han ocupado poco. Más los ingleses, singularmente Fitzmaurice-Kelly y F. E. Shelling, en lo que se relaciona con a literatura inglesa. Este campo de la investigación literaria está casi en estado virginal, sobre todo en lo que se refiere a la influencia de la literatura española en las del Norte de Europa. Esta rehabilitación de los valores legítimos del pasado es necesaria, porque así recobrarán muchos españoles la fe en el futuro, y para los extranjeros—sobre todo para los americanos de lengua española—renacerá un plausible prestigio. Acaso una buena parte de esta tarea les esté reservada a los hispanófilos universitarios de los Estados Unidos y en sus sabias manos nadie verá móviles de vanagloria nacionalista ni de patriotera jactancia. Esta es la mayor esperanza que sentimos ante la pasión febril de los norteamericanos por la lengua española.

L A P R E N S A

I

EL PODER DE LA PRENSA

La fuerza social más temible de los Estados Unidos es la de su Prensa. Como todo lo norteamericano, es también una institución cuantitativa, de mucho papel, de muchos lectores, de muchos anuncios, sobre todo esto, fin capital de su existencia; el idealismo y la verdad, si no ausentes, son valores subalternos y aleatorios. Pero estas cualidades no la diferenciarían aún, esencialmente, del resto de la Prensa del mundo. En todas partes hay periódicos puramente mercantiles, sin más conciencia que la caja; pero frente a ellos también suele haber periódicos de significación contraria, generosos, espirituales, que, por lo menos, tratan de conciliar el interés público y la idealidad social con su interés privado. En la Prensa norteamericana diaria rara vez se antepone la idea desinteresada a la finalidad utilitaria. Si alguna vez se da un pensamiento desinteresado e independiente, ha de refugiarse en la Prensa no diaria, en las revistas semanales *The Nation*, *The New Republic*, en las mensuales *Atlantic Monthly*, *Liberator*.

Una terrible unanimidad inspira a la inmensa mayoría de los miles de periódicos diarios que se publican en los Estados Unidos. Las mismas noticias enviadas por la misma Agencia; las mismas grandes titulares, que dan

en una línea de letras como puños un juicio irrebatible, dogmático, sin fundamentarlo en ningún razonamiento; la misma posición mental, que sólo varía en el grado de vociferación, ante los problemas del mundo; la misma abrumadora carga de papel, que da la impresión de que todo el pensamiento de los periodistas norteamericanos se dedica, no a desenredar la madeja de la historia viva y fervorosa del día, sino al arte de agenciarse anuncios y de componerlos llamativamente; el mismo sensacionalismo y la misma indigencia mental: todo esto que hace indistintos un periódico de Nueva York, uno de Washington, uno de Chicago o uno de San Francisco de California. La ausencia de individualidad en todos los órdenes de la vida tiene su expresión culminante en la Prensa diaria.

Una Prensa así, unánime, al prescindir de la discrepancia y el contraste, no cumple con su misión fundamental, que es iluminar la conciencia pública y prepararla con hechos veraces y juicios críticos para que piense y obre con autonomía. Pero al mismo tiempo, una Prensa de ese linaje es terreno favorable para que en ella brote y crezca un tipo de periódico que no se conforma con mantener en la ceguera espiritual a su público, sino que aspira a provocar en él las pasiones más bajas y a satisfacer la más enfermiza curiosidad por el escándalo, la delincuencia y la perversión, para arrastrarle, bajo la espuela de la emoción morbosa, a cualquier locura que sea la conveniencia o el capricho del propietario del periódico. Aludimos a la llamada prensa amarilla.

El príncipe de la prensa amarilla norteamericana es William Randolph Hearst, uno de esos hombres que nacen con una inmensa ambición de poder, y que todo lo sacrifican al fin de conseguirlo, madera de grandes capitanes y de tiranos en otro tiempo, y hoy madera de grandes hombres de negocios, de conductores de masas y de creadores de periódicos. Rockefeller no hubiera querido, seguramente, ser ministro, ni, probablemente, jefe de Estado, aunque las circunstancias le hubieran ofrecido tales coyunturas. ¿Para qué, si su poder, como uno de los grandes monarcas de la economía

universal, es mayor que la de todos los políticos de su país reunidos? Tampoco ha querido ser gobernante Gompers, el presidente de la Federación Americana del Trabajo. Menos aún ha debido querer serlo Hearst, propietario de numerosos periódicos en todo el país, diarios y revistas, que informan y moldean la conciencia de varios millones de lectores; la tirada de su Prensa diaria se calcula en unos cuatro millones, y la de sus revistas, casi en otro tanto.

Un poder de esa magnitud, en manos de un santo que a la par fuera un hombre inteligente, no habría por qué temerlo. Pero Hearst dista de la santidad tal vez más que de la inteligencia. Sus campañas contra Méjico—constantes, llenas de peligros para la paz de ambos países vecinos—la explican los bien enterados por el hecho de que Hearts es propietario de varios millones de áreas de terreno en Chihuahua y de grandes intereses en los pozos de petróleo de Tampico. Con tal de excitar la mejicofobia de los Estados Unidos, no se detiene ante ningún escrúpulo. Un caso: el 22 de diciembre de 1913, el *American*, de Nueva York—uno de los varios periódicos de Hearst en esta ciudad,—publicó una fotografía de siete niños, con las manos en alto, de espaldas, metidos en el mar. Comentario del periódico: «Como prueba del estado de barbarie, casi increíble, que existe en Méjico, mister Russell, viajero inglés y miembro de la Real Sociedad Geográfica de Londres, envía la fotografía aquí publicada al *American*, de Nueva York. Los niños fueron llevados al agua, obligados a levantar las manos sobre sus cabezas, y fusilados por la espalda. La marea arrastró sus cuerpos. Obsérvese el terror en la cara del niño que mira parcialmente a tierra.» Aclaración inmediata e indignada de Mr. Russell: la fotografía había sido publicada el 1 de septiembre de 1912 en la *Tribuna*, de Nueva York, y a petición de un redactor del *American* habían mandado a este periódico una copia. No fué tomada en Méjico, sino en las posesiones inglesas de Honduras. «Esta fotografía—dice Mr. Russell,—como le expliqué (al redactor del *American*), representaba un grupo de niños caribes bañándose. Y, como le dije, pedí a

los niños que levantaran las manos para que la fotografía pudiese dar una idea de su constitución física, notablemente hermosa.»

Durante la guerra tuvo tres periódicos en Nueva York: el *American*, el *Journal* y *Der Morgen Journal*, éste alemán. En los dos primeros, era aliadófilo; en el tercero, germanófilo. Y es posible que a eso le llamase su neutralidad. El afán de Hearst es adquirir el mayor número de periódicos, sobre todo los acreditados, porque así renueva constantemente su poder, desprestigiado a la larga con los periódicos más antiguos. Una vez quiso comprar el *New York Herald*, vendido hace poco; cablegrafió a su propietario, Bennett, que estaba en París, preguntándole cuál era su precio, y Bennett contestó: «Precio del *Heraldo*, tres centavos diarios. Cinco centavos los domingos.»

Un monopolio de la Prensa por Hearst o cualquier hombre de su naturaleza, sería un peligro, no ya nacional, sino internacional. Una prueba patente de su fuerza la da su influencia en la preparación de la guerra de Cuba. Lo contó el periodista James Creelman, ya muerto, en el *Pearson's Magazine*, en un artículo titulado «El verdadero Mr. Hearst». Mackinley era rehacio a la guerra, pero en el acto de preparar al país para la intervención «Mr. Hearst mostró—dice Creelman—el terrífico poder del periodismo sensacionalista, apoyado por la riqueza». Hearst mandó a Cuba al dibujante Remington, para que le enviara trabajos sensacionales. Pero el artista, sin darse cuenta de lo que se esperaba de él, y no hallando allí nada interesante que hacer, telegrafió de la Habana a Hearst: «Todo tranquilo. No hay aquí desorden. No habrá guerra. Quiero volver.» A esto le replicó Hearst: «Haga usted el favor de quedarse. Usted suministra los dibujos, y yo *suministraré la guerra*». Y así fué. «La declaración de la guerra con España—escribe Creelman—halló a Mr. Hearst en un estado de orgulloso éxtasis. Había ganado su campaña, y el Gobierno de Mackinley fué forzado a la guerra. Sus periódicos estallaron en una nueva locura de llamamiento a la pasión pública, en grandes titulares y tinta roja. Gastó medio millón de dó-

lares, sobre los gastos corrientes, en pagar las noticias de la breve campaña.»

Periódicos y hombres así, con tan inmenso poder, sin la debida responsabilidad intelectual y moral para usarlo en interés público, ¿no son una grave amenaza, interior y exterior, que debe inquietar a los pueblos?

II

POR DETRÁS DE LOS PERIODICOS

El caso del norteamericano Hearst, gran magnate de periódicos y una de las fuerzas sociales más grandes de los Estados Unidos, de que escribíamos en el trabajo anterior, es la forma más completa del poder de la Prensa contemporánea. Hearst no se contenta con que sus periódicos sean de los más leídos, por todos los medios posibles, ni que cuenten, como consecuencia, con publicidad abundante. Su última ambición no es la riqueza, sino el poder que con la riqueza se adquiere. Este tipo de creador de periódicos no se limita a ganar dinero a fuerza de lectores y de publicidad, sino que quiere acrecentar su riqueza para fundar o comprar más periódicos, para adquirir con ellos más poder y usarlo tiránicamente sobre la opinión pública, y, de rechazo, sobre los órganos del Estado. Felizmente, para el sosiego de los pueblos, no hay muchos Hearst en el mundo; la Naturaleza no es tampoco pródiga en Napoleones de la Prensa.

El mecanismo de la Prensa norteamericana, en su mayoría, no puede ser más simple. En realidad, es el mismo que en todas partes, con una doble diferencia: una distinta ética profesional en los periodistas, y un mayor dominio del anunciante sobre el periódico, condiciones ambas determinadas,

en gran parte, por el grado de desarrollo económico del país. Por ética profesional periodística no debe entenderse, en los Estados Unidos, lo que en algunos pueblos europeos. En Europa, por ejemplo, no parece honrado que un periodista escriba contra sus propias convicciones o contra la verdad. En los Estados Unidos se supone que un periodista, como tal, no tiene opiniones propias, como no las tiene, como tal, un zapatero, a quien le es indiferente el criterio del fabricante o de la clientela para quien trabaja. Un periodista norteamericano hace un artículo o una información como un sastre un traje: a la medida y gusto del consumidor, sin que para nada intervenga su parecer personal. Por otra parte, no tiene escrúpulos en inventar o falsear hechos, con tal que acrecienten la venta del periódico. Su moral profesional le aconseja contribuir en la mayor medida posible al éxito numérico de la publicación donde trabaja, y si ese deber le obliga a mentir, su moral personal no se sentirá alarmada.

Pues bien, la mentira es uno de los grandes pilares necesarios de la Prensa norteamericana, la mentira en sus dos aspectos: la mentira expresa y la mentira tácita u ocultamiento de la verdad. He aquí el proceso de por qué la gran Prensa norteamericana necesita recurrir a la mentira. En los Estados Unidos, una de las industrias más fructíferas es un periódico con éxito. Esto engendra una gran cantidad de periódicos, y la gran concurrencia obliga a cada uno a superar al resto en el número y calidad de las noticias, para que sea también superior el número de lectores, y, por lo tanto, más y mejor pagados los anuncios. Pero con el sistema de las modernas agencias de información, es difícil sobrepasar en cantidad de noticias; no queda más recursos que vencer á los rivales en la calidad. Pero, a su vez, dentro de la verdad y la exactitud es también difícil distinguirse; sólo queda un arbitrio: trasponer las fronteras de lo exacto y lo cierto y aventurarse intrépidamente por la región de lo falso y lo fantástico. Así pueden suministrarse noticias sensacionales casi todos los días, y nunca faltan lectores bastante ingenuos o ávidos de informaciones imaginarias para buscarlas y digerirlas placenteramente.

De este tipo de mentira en gran escala hay, en la historia de la prensa norteamericana, ejemplos pintorescos y, a veces, temerarios. En 1836, el *Sun*, de Nueva York, reveló a sus atónitos lectores, apoyándose en el nombre del astrónomo Herschel, que la luna estaba habitada. Poco después el mismo periódico, adelantándose proféticamente a un hecho realizado en nuestro tiempo, anunció que un aparato de volar había cruzado el Atlántico en tres días. El autor de la patraña—aquí vidente anticipo de la realidad—fué Edgar Allan Poe. Otro caso es el del redactor del *World*, Minnock, que se fingió loco para ingresar en un manicomio, y cuando se descubrió el engaño y fué puesto en la calle, escribió un artículo asegurando que una enfermera había matado a uno de los orates. Se la procesó, duró el juicio tres semanas, y, a no haber declarado la verdad a tiempo el fantástico noticiero, es probable que la falsa asesina hubiera sufrido la dulce muerte de la electrificación. Cuando Harry Taw, héroe de la crónica de sucesos durante muchos días, fué encerrado en un manicomio, varios periódicos de Nueva York apostaron redactores suyos en la ciudad donde estaba la casa de locos, con el encargo de que siguieran mandando informaciones, reales o inventadas, de tal sujeto. Uno de los noticieros, no sabiendo qué mandar a su periódico, le telegrafió un día que el enfermo había sido encargado del gallinero del manicomio, y que en la puerta había fijado «diez reglas para la cría de pollos», también telegrafiadas. Esas diez reglas para la cría de pollos era el contenido de un folleto que el noticiero, en su tedio y desesperación, había leído en el salón de lectura de su hotel. El éxito del cándido embuste fué enorme.

Mientras la mentira se circunscribe a este campo del sensacionalismo, el daño que produce, si se descuenta el que el periodista se infiere a sí mismo y a su periódico, como máquina de falsedades, no suele ser, en general, excesivo. La gravedad empieza cuando la mentira no se limita a atraer lectores, sino que trata, expresa o implícitamente, de complacer a los anunciantes. Todas las grandes corporaciones económicas, los «truts», tienen oficinas de Prensa en contacto constante con los periódicos más importantes. La casa

de Rockefeller, por ejemplo, está servida por un agente de prensa, Ivy L. Lee, a quien paga 12.000 dólares por año. Rara vez ningún gran periódico escribe nada desfavorable a Rockefeller. Cuando la Comisión de Relaciones Industriales hizo que la Casa Rockefeller presentara su correspondencia y se descubrieron sus concomitancias con la gran prensa, ningún periódico dió la menor noticia. Y cuando un periódico, como el *Rocky Mountain News*, de Denver, no quiere guardar silencio sobre la forma bárbara en que se explotan minas donde está interesado Rockefeller, se le procesa por libelo y se le exigen indemnizaciones por 600.000 dólares, y, a la postre, se le compra por medio millón de dólares.

La Prensa norteamericana es sierva, como en ningún otro país, del anunciante. Un fabricante de zapatos, enterado a tiempo, puede conseguir que se eche al cesto un artículo donde se recomendaba el uso de un calzado de forma distinta al suyo. Los divorcios son el pasto más suculento de los periódicos norteamericanos, pero si él es un industrial que se anuncia mucho, como Charles W. Post, no haya cuidado que se sepa nada por la Prensa; sólo si quiebra, como Siegel, cuando ya no tenga nada que anunciar, la Prensa hablará de su vida privada. A veces, la confabulación de prensa y anunciantes lleva a resultados trágicos, como en el caso de Percy Marvin, un abogado de Buffalo, que organizó un negocio comercial que, por favorecer al público, perjudicaba a sus competidores. Quiso informar al público de su proyecto, esto es, anunciarse; pero ningún periódico de Buffalo, bajo la presión de los otros comerciantes organizados, quiso aceptar sus anuncios, con la consecuencia de que, llevado de la desesperación, se arrojó a la calle desde lo alto del Erie County Bank.

El anunciante—poderosamente organizado en los Estados Unidos—elimina de los periódicos cuanto le es desfavorable y desliza en sus columnas cuanto le conviene. Se trata, por ejemplo, de elevar el precio de las carnes. Las empresas que se dedican a esta industria movilizan sus oficinas de prensa y, a la par que envían francos anuncios de pago, remiten sueltos, hasta

diagramas hablando de la escasez de la carne. Poco á poco, el público se convence de que la escasez es cierta, y cuando se le cree maduro, sin fuerza para resistir, aparece la elevación de precios O se trata de elevar las tarifas ferroviarias. El ejemplo es típico. Los periódicos subvencionados, en una u otra forma, por las Compañías, comienzan a escribir de las pérdidas de las Empresas, de las «viudas y huérfanos» que no podrán cobrar sus dividendos, de la necesidad de emprender una política de economías que dejaría en la calle, sin trabajo, a millares de obreros... O bien, como ocurrió en 1914, cuando se abrió una información pública para estudiar las peticiones de las Compañías, algunos periódicos dirán en grandes titulares que las Empresas ferroviarias pierden 40.000.000 de dólares por año. No querían decir eso, ni lo decían en el texto—sólo en el título,—sino que al no concederles las tarifas deseadas, las Compañías dejaban de ganar 40.000.000 de duros. No era lo mismo, pero se preparaba el ánimo del público, que no lee más que los títulos, para la concesión.

En esta servidumbre de la prensa a la plutocracia en los Estados Unidos, hay excepciones muy valiosas, pero también muy escasas. El interés privado de la industria y el comercio puede más que el interés público. Los grandes monopolios económicos, con sus oficinas de prensa y sus anuncios espléndidamente pagados, dominan a los periódicos, que es como dominar a la opinión pública, que es como dominar al Estado.

III

UNA ESCUELA DE PERIODISMO

La formación de periodistas competentes ha sido y es un problema universal. Pero en ningún país se ha dado esta necesidad de manera tan aguda como en los Estados Unidos. Hay países, como España, donde la mayor parte de la falange periodística procede de las llamadas profesiones liberales, y está dotada, en consecuencia, de una educación académica. El periodismo, en esos casos, suele ser una ruta de tránsito para la literatura y la política, y generalmente responde a algún alto estímulo de la personalidad. Esto es un bien, en cuanto puebla el periodismo de escritores de raza y de mentalidades bien organizadas para los trabajos más elevados; pero es un mal, en cuanto reduce el número de buenos informadores, que deben constituir el núcleo de la profesión periodística. En los Estados Unidos, al contrario, el periodismo se ha nutrido hasta ahora de las profesiones menos relacionadas con las letras, de comerciantes poco prósperos, de industriales con poca fortuna, de burócratas y toda clase de empleados públicos. Como resultado, el nivel mental medio del periodismo norteamericano ha sido de lo más ínfimo del mundo entero. He aquí cómo juzga un príncipe de la Prensa, ya muerto, José Pulitzer, fundador del *World*, de Nueva York, el valor de los perio-

distas de este país: «Por mis manos han pasado veintenas de hombres, ingleses, escoceses, irlandeses, galeses, alemanes, americanos, hombres de llamada buena familia, hombres de humilde origen, hombres procedentes de una docena de Universidades, autodidactas, jóvenes, viejos. ¿Y que he encontrado? Arrogancia, estupidez, ingratitud, flojedad en el pensar, engreimiento, ignorancia, pereza, indiferencia, ausencia de tacto, de discreción, de cortesía, de modales, de consideración, de simpatía, de devoción; sin conocimientos, sin buen juicio, sin inteligencia, sin observación, sin memoria, sin penetración, sin comprensión. Apenas puedo creer en mi propia experiencia cuando pienso en ella.»

De esta concepción tan sombría del periodista norteamericano debió brotar en el espíritu de Pulitzer la idea de donar parte de su inmensa riqueza a instituciones destinadas a la elevación del periodismo. Dedicó a esos fines un millón de duros, y de ellos un millón de pesetas para fundar la Escuela de periodismo como parte integrante de la Universidad de Columbia, de Nueva York. En 1904, escribe en su testamento: «Estoy profundamente interesado en el progreso y elevación del periodismo, por haber empleado mi vida en esa profesión y por considerarla como una profesión noble y de importancia sin igual por su influencia sobre la mentalidad y la moral del pueblo. Deseo contribuir a atraer a esta profesión jóvenes de carácter y capacidad, y también ayudar a aquellos ocupados en la profesión a adquirir la educación moral e intelectual más alta.» Y en una revista amplía su idea con las siguientes palabras: «En todo mi plan el fin principal que tuve en vista fué la prosperidad de la República. El objeto de la Escuela será hacer mejores periodistas, que harán mejores periódicos, que servirán mejor al público. Suministrará conocimientos, no como un fin, sino para usarlos en servicio público. Tratará de desarrollar el carácter, pero aun eso será sólo un medio para el supremo fin: el bien público.»

Bajo este espíritu, y bajo tan poderoso benefactor, se inauguró la Escuela de periodismo en 1912. Más de treinta Universidades y colegios daban

ya cursos relacionados con el periodismo, pero en ninguna parte ha sido ni es la enseñanza periodística tan sistemática y eficaz como en la Escuela creada por Pulitzer. Está instalada en uno de los treinta y seis edificios que integran la Universidad de Columbia, espacioso y equipado con toda liberalidad. En la planta baja están las oficinas de administración y un amplio salón de conferencias. En el primer piso está la biblioteca de la Escuela, con sus 5.000 volúmenes de obras de actualidad en su mayor parte y 1.000 periódicos encuadernados. Una habitación está dedicada exclusivamente a los libros; otra, a los periódicos nacionales y extranjeros; y en el centro la sala de obras de consulta, diccionarios, enciclopedias, libros de bibliografía, anuarios generales y estadísticos, almanaques de periódicos, informes del Gobierno con datos sobre transportes; cuestiones obreras, sanidad, seguros, etc., y guías de países extranjeros. Como complemento de este voluminoso aparato de estudio y consulta, hay una colección con 400.000 recortes de periódico, que abarcan treinta años, y contienen información biográfica, de crítica literaria y teatral, a más de ser una historia continua de los sucesos. En el sexto piso hay un llamado laboratorio o seminario de historia, política y economía, con una abundante colección de atlas y mapas, linternas ópticas, revistas del día, y otros materiales geográficos y estadísticos. El resto de las habitaciones se destina a las clases, y en una de ellas se confecciona cada jueves el periódico de la Escuela, última clase práctica de periodismo.

La Escuela expide títulos de bachiller y doctor en periodismo. El de bachiller exige dos años y un previo examen de ingreso. El examen de ingreso suele referirse a Historia, general o americana; a Lengua o Literatura inglesa, a Economía o Política, a Ciencias naturales, a idiomas modernos: Francés o Alemán antes de la guerra; pero puede elegirse el Español o Italiano, y a Escritura a máquina. Si el alumno ha aprobado estos estudios en algún colegio o Universidad, se le dispensa del examen de ingreso, excepto en lo referente a lenguas, pues a todos se les exige, antes de comenzar el primer

curso, que puedan leer un periódico francés o alemán, o español o italiano. Estos conocimientos previos se computan por dos años académicos, de modo que, en realidad, el bachillerato en periodismo requiere cuatro años de estudio. Para obtener el título de doctor en periodismo, se necesita sufrir un examen especial y escribir un ensayo u otro trabajo propuesto por el Consejo de Administración.

Las materias que se estudian en los dos años de periodismo propiamente dicho son las siguientes: Primer año, se inicia con un curso de Lengua o Literatura inglesa, continuación del estudio adquirido antes de entrar en la Escuela. Este curso es esencial, porque uno de los defectos del periodista en general suele ser el conocimiento imperfecto, y a veces casi nulo, de su lengua. Este curso, cuando el alumno demuestra cualidades especiales, se transforma en un aprendizaje de la forma de algún género literario, especialmente del cuento, sin duda por lo lucrativo que es en los Estados Unidos cuando se logra éxito. Luego viene un curso de Técnica periodística, que instruye en la manera de redactar una noticia sobre apuntes, de presentarla, de tratarla según su importancia, de reseñar un mitin, de construir y desenvolver varios tipos de información periodística, de utilizar los libros de consulta. Otro curso se destina al estudio de la Estadística. Otro, a la Civilización contemporánea, que estudia los recursos naturales, los hechos y características nacionales en relación con los otros países. En otro curso se enseña Estilo político, relacionando la historia y la política norteamericanas con el periódico, o en vez de esto puede seguirse un curso de Historia o de Política. Otro curso se consagra a cuestiones de negocios y finanzas, tal como se le presentan al escritor de diario o revista, y trata del cambio de productos, de operaciones sobre colocación de dinero, de reorganizaciones económicas, de Banca, de seguros, etc., desde el punto de vista profesional del periódico; o en vez de esto, un curso de Historia o de Política. Finalmente, uno de los dos siguientes cursos: del Drama europeo moderno, con referencia especial a las principales obras representadas en inglés, francés, ale-

mán, italiano, ruso y en las lenguas escandinavas desde 1870, o de Novela y Poesía europeas modernas, comenzando con el estudio de Meredith y Hardy y estudiando también novelistas y poetas ingleses posteriores, y asimismo los principales escritores de otras lenguas europeas a partir de 1870. Total, siete materias.

Segundo año: un curso de Reporterismo, basado en las noticias del día, con objeto de fomentar la inventiva, la rapidez y la exactitud. Otro curso de Redacción y encabezamiento de noticias, empleando la informacion diaria de alguna Agencia periodística, y discusión de teoría y estilo en la manera de presentarlas; con este objeto se publica en la Escuela un periódico todos los jueves. Otro curso de Historia del periodismo, con referencia especial a las condiciones existentes y a la teoría y práctica del periódico diario. Otro curso de Elementos del Derecho. Otro, de Relaciones internacionales: estudio histórico y descriptivo de las actuales relaciones entre naciones, grandes y pequeñas Potencias; sus esferas de influencia, sus alianzas y su política. Por último, dos de los cursos siguientes: o Drama o Novela y Poesía modernas, o aprendizaje de escritura de artículos de fondo e historia de su desenvolvimiento, o escritos especializados de negocios, finanzas, tecnología, etc., para preparar directores de revistas comerciales; o cuentos cortos, curso abierto solamente a los escritores que hayan sufrido un especial examen de ingreso en técnica novelística, o a aquellos que hayan publicado trabajos de esta índole en algún periódico; o escritos de crítica, basados en obras recién estrenadas, en Exposiciones y en publicaciones del día. Total, siete materias.

Como se ve, el programa es bastante limitado. Bien se adivina que el propósito capital ha sido más formar buenos informadores que agudos intérpretes de los acontecimientos. Sin ir más lejos, por ejemplo, se echa de menos un curso de Historia de las ideas sociales, para que un periodista de hoy no confunda, como ocurre con frecuencia, socialismo, sindicalismo, anarquismo, bolchevismo, y otros conceptos semejantes que tanto abundan

en la Prensa contemporánea. Pero no pretenden estas notas someter a examen crítico la Escuela de periodismo de Nueva York, sino exponer somera y claramente sus rasgos principales. Falta agregar que todos los profesores y miembros de los Consejos consultivo y administrativo son personas competentes, notables en el periodismo o en la especialidad que enseñan. La Escuela ha sido un rotundo éxito. Ridiculizada al principio por los periodistas y Empresas periodísticas de la vieja escuela de la espontaneidad y la improvisación, hoy un título de la Escuela de periodismo es segura garantía de inmediata y fructífera ocupación. La Escuela de periodismo de Nueva York, como su fundador quería, es en última instancia un órgano de educación al servicio del bien público.

LA POLÍTICA INTERNACIONAL

LA POLITICA
INTERNACIONAL

I

UNA NACIÓN QUE SE DESLIGA DE LA LIGA DE NACIONES

La Liga de Naciones era como una nave llena de esperanzas. Fueron menester muchos siglos de historia trágica, bárbara y sangrienta, para que la humanidad se resolviese a buscar la soñada tierra de la paz perpetua. Fué necesaria una gran conflagración intercontinental para que los pueblos se decidiesen a poner la quilla y trabar el armazón y colocar el gobernalle del buque aventurero destinado a descubrir el nuevo mundo de la armonía humana. Ese buque era la Liga de Naciones, incorporada al Tratado de paz de Versalles. Ya estaba listo, ágil y gracioso, recién salido del astillero, a punto de quedar en franquía, sueltas las amarras, y he ahí que el arquitecto y capitán de la nueva fábrica, el presidente de los Estados Unidos del Norte de América, en el momento crítico se queda en tierra, no por su voluntad, sino por la de sus segundos, los senadores norteamericanos, que votaron el 19 de noviembre de 1919 contra la ratificación del Tratado y, por consiguiente, también contra la Liga de Naciones. Si nos es lícito rematar la imagen náutica, podemos decir que el señor Wilson nos resultó un capitán Araña a la fuerza.

La votación en el Senado norteamericano el 19 de noviembre fué la siguiente: por la adopción del Tratado, 38 votos—37 demócratas y un republicano—; en contra, 53 votos—46 republicanos y 7 demócratas. El senador Lodge, jefe de los senadores republicanos, había hecho quince enmiendas al Tratado de Versalles. Puestas a votación, tuvieron en contra 51 votos y 41 a favor. Es decir, que fué derrotado el Tratado, enmendado y sin enmiendas. Esto significa que la cuestión no quedó terminada, porque los Estados Unidos necesitan un Tratado de paz, y el mundo necesita de ellos una actitud definitiva e inequívoca frente a la Liga de Naciones.

La lucha electoral por la Presidencia de la República en 1920 giró parcialmente en torno del Tratado de la paz y, más específicamente aún, en torno de la Liga de Naciones. Por lo pronto, el senador Lodge lanzó su grito de guerra. Las próximas elecciones presidenciales—dijo—significarán la lucha del espíritu americanista (esto es, norteamericanista) contra el espíritu supernacionalista de la Liga de Naciones. Lo que resolviera el pueblo norteamericano tenía capital importancia para el mundo entero. De ello dependía la suerte definitiva de la Liga de Naciones y, en última instancia, que el curso de la historia siguiera siendo, como hasta ahora, cruento y anárquico, o que se orientase hacia un régimen de orden internacional basado en el derecho y la libertad de los pueblos.

La votación de los senadores republicanos tuvo una intención múltiple. En primer término, fué una votación contra Wilson. El partido republicano estaba vivamente resentido con el presidente de la República por no haber designado éste a ninguno de sus miembros para formar parte de la Comisión que estuvo en Europa concertando el Tratado de la paz. Para firmar un Tratado de esa importancia—es la tesis de los republicanos—debió contarse con ellos, y no se contó. ¿Cómo, por lo tanto, podía pretender Wilson que a su desconsideración se replicase sino en forma desconsiderada? Como se ve, uno de los motivos de la derrota del Tratado fué puramente partidista, circunstancial por lo que se refiere a la exclusión de los republicanos en las

negociaciones de la paz—éste fué, probablemente, un serio error de Wilson—, y general, por cuanto que el interés político permanente del partido republicano es combatir y debilitar por todos los medios al partido y Gobierno demócratas, y la cuestión del Tratado fué una buena arma de lucha para los republicanos.

Hay un segundo motivo, constitucional o de rivalidad de poderes. La idea que informa a la Constitución de los Estados Unidos consiste en distribuir el Poder público de tal manera, que cada uno de sus órganos pueda estar limitado por los demás, de suerte que ninguno sea supremo. Cada uno de estos órganos o poderes específicos es extremadamente celoso de sus funciones, y así vemos que el Poder ejecutivo o presidencial está poniendo el veto de continuo a leyes aprobadas por el Parlamento, y el Parlamento, a su vez, restringe la acción del presidente siempre que puede, y por su parte el Poder judicial interviene también constantemente en las decisiones de los Poderes legislativo y ejecutivo, declarándolas constitucionales o anticonstitucionales. La concertación de Tratados es una de las cuestiones en que el presidente está a merced, generalmente, del Parlamento. El presidente puede firmar un Tratado; pero para que sea válido es menester que lo ratifiquen dos terceras partes del Senado, por lo menos. Pero a veces ocurre que el partido a que pertenece el presidente está en minoría en las dos Cámaras —éste ha sido ahora el caso—, y en tales circunstancias, cuando el interés partidista coincide con la tendencia a la supremacía del Poder legislativo, y además median resentimientos personales, no es extraño, dada la constitución de los Estados Unidos, que el Senado deshaga la obra del presidente y le coloque en una situación internacional poco airosa.

Independientemente de esos dos motivos, partidista el uno y constitucional el otro, los republicanos votaron contra el Tratado de la paz sencillamente porque su espíritu histórico está en desacuerdo con ese instrumento internacional, sobre todo en la parte relativa a la Liga de Naciones. Se ha dicho y se dice constantemente que nada esencial separa al partido republi-

cano y al partido demócrata. Ciertamente, no les dividen principios irreconciliables, ni siquiera intereses contrapuestos; pero existe, sin embargo, entre ellos una diferencia de importancia que es una diferencia de método político, de visión política del mundo. La que podríamos llamar filosofía política o fundamentación jurídica del partido republicano es una doctrina de dominio. Las partes más débiles deben someterse a las más fuertes, y todas ellas al conjunto. El espíritu del partido republicano tiende a absorber lo menor en lo mayor, a concentrar el Poder. Su propensión es centralista y autoritaria. Este partido representa los elementos más biológicos de la nación norteamericana. Hasta ahora ha sido, en general, el partido más fuerte, como suelen serlo de ordinario los partidos más biológicos y menos reflexivos en todas partes; con mayor razón habría de serlo en un país como los Estados Unidos, tan dominado hasta ahora por motivaciones biológicas o instintivas, más que espirituales.

El partido demócrata, al contrario, encarna un sentimiento de conciliación entre las diversas partes en conflicto, de respeto para toda personalidad, individual o colectiva, y, por lo tanto, una tendencia de descentralización y universalización, por una parte, y de federación, de agrupamiento en torno de síntesis superiores, por otra. El partido republicano simboliza una política de autoridad y razón de Estado; el demócrata, una política de libertad y razón de humanidad. Estas son, en sustancia, las orientaciones permanentes de estos dos grandes partidos en toda la historia de los Estados Unidos. Y aun en los casos de coincidencia en una acción común, un análisis detenido probaría cómo los móviles más íntimos son, si no opuestos, diversos. Si se examina, por ejemplo, la intervención de la República norteamericana en la guerra, ambas tendencias, identificadas en el fin, aparecen bien diversificadas en los motivos. El espíritu intervencionista de los republicanos, en términos generales, respondía al temor de que una Alemania victoriosa pudiera haber sido una grave amenaza para los Estados Unidos. El espíritu intervencionista de los demócratas, en cambio, correspondía al interés uni-

versal de que la fuerza no triunfase sobre el derecho de los más débiles. Este era el espíritu de Wilson, y el de Roosevelt, el antagónico. Para los republicanos, el objeto era derrotar a Alemania, invalidarla para una nueva agresión y preparar posteriormente a los Estados Unidos para cualquier contingencia, europea o asiática, de análogo linaje. Para los demócratas, el propósito era también quitar su potencia a Alemania; pero, a la vez, reorganizar el mundo de tal forma que fuese imposible o muy improbable otra guerra como la que acaba de asolar al mundo. Para los republicanos, todos los problemas de la guerra concluían con la eliminación de Alemania como potencia peligrosa para los Estados Unidos. Para los demócratas, esos problemas adquirían elevación en la tarea de llevar a la vida internacional el principio de derecho y libertad que rige dentro de las sociedades nacionales. La Liga de Naciones es una consecuencia lógica del espíritu del partido demócrata, una extensión a la órbita de la humanidad del principio federacionista y libertador, del principio de conciliación en síntesis superiores que constituye su medula. Del mismo modo que los Estados Unidos del Norte de América representan una superación de los Estados particulares en una nación federada, así la Liga de Naciones, inspirada en el mismo espíritu, es un intento de superación de los Estados nacionales en un esquema de federación internacional. Se ha hablado de la utopía de Wilson como creador de la Liga de Naciones. Más bien ha sido su lógica de demócrata norteamericano la que le ha conducido a esa creación. Fué lógico al preconizar la Liga de Naciones e incorporarla al Tratado de Versalles. Y han sido también lógicos, desde su punto de vista, los republicanos al rechazarlo. Son dos posiciones lógicas frente a frente, y el conflicto de ambas constituye la tragedia política que en estos momentos embarga a los Estados Unidos, la nación idealmente trágica por excelencia. Es la tragedia entre el espíritu de libertad universal y el espíritu de libertad local.

Pero no todos los republicanos son igualmente adversos a la Liga de Naciones. Unos—una minoría de doce o trece—lo son en absoluto, sin con-

diciones, hasta el punto de haber votado incluso contra las enmiendas del senador republicano Lodge. Para ello, la Liga de Naciones significa un mal irreconciliable, en su totalidad y en sus partes, con su sentimiento nacionalista. Otros, en cambio, aceptan la Liga de Naciones en cuanto no limita ni representa gravamen para los Estados Unidos; pero rechazan de ella todo lo que pueda ser gravoso o restrictivo para la República norteamericana. Estos aceptan las enmiendas de Lodge. No es mucho aceptar, porque esas enmiendas—como ha dicho Wilson—son la muerte del Tratado de paz, o por lo menos del espíritu de la Liga de Naciones. Merece conocerse la esencia de esas enmiendas, que representan la mayor concesión del impulso biológico del partido republicano a la tendencia idealista del partido demócrata que encarna Wilson.

II

MONROE Y LA LIGA DE NACIONES

Las enmiendas o reservas al Tratado de Versalles que presentó al Senado norteamericano el senador Lodge en noviembre de 1919, están inspiradas en el viejo concepto de la soberanía de un país. Según este concepto, una nación es absolutamente soberana, y nadie puede limitar su libertad de acción, tanto en lo exterior como en lo interior. Este criterio puede llevar al derecho a la guerra, a la intervención y conquista de un país extraño. Pero este criterio ha tenido recientemente una grave crisis: la última guerra, que fué, en esencia, una lucha entre conceptos de soberanía. La bandera ideal alemana, como es sabido, fué «Deutschland über alles in der Welt», Alemania sobre todas las cosas del mundo; Alemania con derecho a invadir, a violar tratados, a conquistar, a imponer a los demás pueblos su cultura supuestamente superior. Y enfrente, la bandera de sus enemigos: el mundo por encima de Alemania; la libertad, independencia y cultura de cada pueblo y de todos juntos deben defenderse colectivamente contra la agresión de cualquier país de presa. De ese modo se formó en la guerra una asociación de soberanías; esto es, una soberanía supernacional, frente al concepto histórico de la nación, como soberanía única. La cristalización de

esa idea es la Liga de Naciones, que es un paso más allá en el proceso social de federación, que empieza en el individuo, que forma la familia como la agrupación más elemental de individuos; el Municipio como agrupación de familias; el Estado subnacional—la provincia o la región—como grupo de Municipios, y el Estado nacional como grupo de provincias, regiones o Estados particulares. La Liga de Naciones es el principio de una agrupación de Estados nacionales, un rudimento de Estado internacional que representa un punto de avance en la evolución del concepto de la sociedad humana, desde el individuo hasta la idea del Estado Universal.

Las enmiendas del senador Lodge se detienen espiritualmente en el criterio de soberanía y de nación que predominaba antes de la guerra y que dió origen a la guerra misma, pero que la guerra dejó vencido, aunque no muerto, en los campos de batalla. El partido republicano, representado por la mayoría de sus senadores, rechaza toda ingerencia de la Liga de Naciones en la vida interior e internacional de los Estados Unidos. Las enmiendas presentadas fueron quince; pero, según una nota final, la que lleva el número 1 servirá de preámbulo a la ratificación, con lo cual quedan catorce reservas, «formando así un número de reservas igual a los catorce puntos del presidente». Estas palabras hacen manifiesta la obsesión personal de los republicanos por Wilson y su política. La primera reserva o enmienda determina que la ratificación del Tratado no obligará a los Estados Unidos hasta que las dichas reservas no sean aceptadas por tres, por lo menos, de las cuatro potencias siguientes: Gran Bretaña, Francia, Italia y el Japón. Ya esta primera reserva es como una sentencia de muerte para las restantes, porque hay una, la séptima, a la cual no querrá otorgar su asentimiento el Japón, y, por solidaridad con el Japón, probablemente tampoco las otras tres potencias, o, por lo menos, Inglaterra, su antigua aliada. La reserva séptima dice que «los Estados Unidos niegan su asentimiento a los artículos 156, 157 y 158 (del Tratado de paz), y se reservan completa libertad de acción respecto de cualquier disputa que pueda surgir bajo dichos artículos entre la Repú-

blica china y el Imperio del Japón». Dichos artículos obligan a Alemania a ceder al Japón el territorio de Kiaochow y la provincia de Shantung, sobre los cuales también los Estados Unidos tienen puestos los ojos. El Japón no querrá ratificar esta reserva, ni tampoco, por lo menos, la Gran Bretaña; de suerte que una ratificación del Tratado sobre la base de las reservas presentadas por el senador Lodge es desde ahora imposible.

Hay otra reserva, la décimoquinta, que tampoco puede ser aceptable a la Gran Bretaña. Según esa reserva, los Estados Unidos no se consideran obligados por ninguna decisión que tome la Liga, siempre que cualquiera de sus miembros y sus posesiones autónomas, colonias o partes de un Imperio intervengan con más de un voto. La alusión al Imperio británico es evidente. El Tratado de la paz lo firmó la Gran Bretaña, y además, como naciones con personalidad propia el Canadá, Australia, la Unión del Sur de Africa, Nueva Zelanda y la India. Lodge se imagina que estos dominios británicos carecen de personalidad suficiente para intervenir con sus votos en la Liga de Naciones, por suponerlos demasiado identificados o sujetos a Inglaterra para poder obrar por cuenta propia. La hipótesis de esa reserva no ha de sonar muy gratamente en los oídos de esos componentes del Imperio británico, ni en la propia Gran Bretaña, y es casi seguro que el Imperio en masa rechace una insinuación poco favorable para el espíritu de soberanía de sus partes, juzgándola como una actitud poco respetuosa o, por lo menos, poco amistosa de los Estados Unidos.

Otra reserva, la sexta, ha de ser leída con recelo por buen número de Estados americanos. Vale la pena de traducirla íntegramente.

Dice así:

«Los Estados Unidos no someterán a arbitraje ni a investigación de la asamblea o del Consejo de la Liga de Naciones, previsto en dicho Tratado de la paz, ninguna cuestión que, a juicio de los Estados Unidos, dependa o se relacione con su política hace tiempo establecida, y conocida comúnmente como doctrina de Monroe; dicha doctrina será interpretada solamente

por los Estados Unidos, y por esto se declara que queda totalmente fuera de la jurisdicción de la Liga de Naciones y enteramente intacta por ninguna disposición contenida en dicho Tratado de paz con Alemania.»

Como complemento de esta reserva puede citarse la tercera, según la cual «los Estados Unidos no aceptan ninguna obligación de mantener la integridad territorial o la independencia política de ningún país o de intervenir en disputas entre naciones—sean miembros de la Liga o no—bajo las disposiciones del artículo 10 (del Tratado de la paz)».

Ese artículo dice así:

«Los miembros de la Liga se comprometen a respetar y mantener, contra una agresión externa, la integridad territorial y la independencia política existente de todos los miembros de la Liga. En caso de una tal agresión, o en caso de cualquier amenaza o peligro de tal agresión, el Consejo estudiará los medios por los cuales pueda cumplirse esta obligación.»

Esta obligación es la que rechaza la reserva de Lodge, en nombre de la doctrina de Monroe. ¿A qué equivale esto?

Sin duda, la doctrina de Monroe, preservando la integridad territorial y la independencia política de las naciones americanas, primero contra los propósitos de la Santa Alianza y después contra la ambición de las potencias europeas, ha sido un inmenso bien para la formación de las nacionalidades americanas y, en general, para la historia del progreso político. Pero la doctrina de Monroe, por una parte, ha sido superada, y por otra, necesita completarse. Ha sido superada con la intervención de los Estados Unidos en la guerra europea, porque Monroe, en su famoso discurso de 1823, dice que «en las guerras de las potencias europeas, en cuestiones que se refieren a ellas mismas, nunca hemos tomado parte, ni conviene a nuestra política hacerlo». El monroísmo, conforme al espíritu de estas palabras y al resto del discurso, equivale a una transacción: a cambio de que los Estados Unidos se abstengan de intervenir en los conflictos europeos, Europa debe abstenerse de intervenir en cuestiones relativas a la integridad e independencia

de las naciones americanas. Al desaparecer la primera condición, con la intervención de los Estados Unidos en una contienda originariamente europea, no desaparece, claro es, la segunda; es decir, no pueden quedar autorizadas las potencias de Europa a inmiscuirse en la soberanía de los pueblos americanos; en este sentido, la doctrina de Monroe tiene un valor eterno. Pero tal vez no le sea ilícito a Europa, como al resto del mundo civilizado, no atentar contra la doctrina de Monroe, sino completar su espíritu. Porque una interpretación parcial del monroísmo protege a las naciones americanas contra toda agresión europea, pero no contra una agresión americana. No es imposible, por ejemplo, la hipótesis de una nación americana bastante poderosa para poner en peligro la integridad e independencia de otros Estados americanos más débiles. El monroísmo, tal como algunos lo interpretan, es una salvaguardia contra Europa, pero no contra la propia América. Tal espíritu, sin embargo, no pudo ser el de Monroe, porque un mal de origen europeo no puede ser un bien si lo realiza una nación americana. Este es también el sentir de Wilson, cuando dice, en 1915, completando el pensamiento de Monroe:

«No se ha alterado nuestra preocupación por la independencia y prosperidad de los Estados de la América central y meridional. Mantenemos completamente el espíritu que nos ha inspirado a través de la existencia toda de nuestro Gobierno, y que fué expresado tan francamente por el presidente Monroe. Siempre pensamos hacer causa común con la independencia nacional y la libertad política de América. Pero ese propósito es entendido ahora mejor en lo que respecta a nosotros. Sabido es que no es un propósito egoísta. Sabido es que no hay en él ninguna intención de aprovecharnos de ningún Gobierno de este hemisferio ni de valerse de sus azares políticos para nuestro propio beneficio. Por lo que a nosotros se refiere, todos los Gobiernos están en un pie de legítima igualdad e incuestionable independencia.»

Este espíritu de Wilson, que es también el de Monroe, es el que inspira el artículo 10 de la Liga de Naciones: velar por la integridad e independen-

cia de los pueblos, sin excluir los americanos. ¿No es, pues, ilógico Lodge al repudiar ese artículo y todos los de la Liga de Naciones, que tienden a garantizar la integridad e independencia de los Estados, en nombre de Monroe?

El punto de vista del partido republicano, tal como lo expresa Lodge, es, consiguientemente, premonroísta, y, en cuanto al concepto de soberanía de una nación, está superado por la guerra. Porque si la guerra no ha significado eso, una limitación de la libertad anárquica de cada país a hacer dentro y fuera de sus fronteras lo que mejor le parezca, sin consideración para la personalidad de sus individuos ni para la personalidad de otros países, si no engendra una federación o asociación de soberanías, tal como lo expresa la Liga de Naciones, ¿no habrá sido estéril y parecida en sus resultados a la mayor parte de las guerras? Todas las enmiendas de Lodge, o son signos de desafecto para otros países o declaraciones de que los Estados Unidos rechazan inequívocamente toda limitación jurídica a su poderío. Tan profundo es este criterio, que por no dejar nada en pie de la incipiente fábrica de la Liga de Naciones, borra la enmienda décimocuarta toda la parte XIII de la Liga de Naciones, que se refiere a la creación de la Conferencia Internacional del Trabajo y al resto de la organización internacional del trabajo. Esta organización tiene por objeto establecer normas de trabajo universales que, por una parte, eviten la degeneración de las razas a consecuencia de una labor excesiva o insalubre, y por otra, salven al capital de los países socialmente más adelantados de una concurrencia ruinosa por parte de los más remisos a las reformas obreras. Es un intento de reorganización industrial que favorece por igual a los patronos y obreros de los países más civilizados. Contra ello se pronunciaron también los senadores republicanos. Uno de ellos calificó a los delegados de la Conferencia de Washington de incendiarios y bolcheviques. Es el espíritu de la llamada libertad industrial, del «open shop», del viejo manchesterianismo, contrario a toda intervención y limitación, el que buscó un último reducto en el Senado norteamericano.

III

LA RIVALIDAD BRITANICO NORTEAMERICANA

El viejo lord Grey de Fallodón, casi ciego en fuerza de leer documentos diplomáticos y de mirar a los ojos sin fondo de los diplomáticos profesionales, reanudó sus funciones en el Ministerio de Estado británico, que había dirigido durante varios años antes de la guerra y después de estallada, yendo a los Estados Unidos del Norte de América a persuadirles de la común conveniencia de ratificar el Tratado de Versalles y de ser parte de la Liga de Naciones. Pero Wilson estaba enfermo y lord Grey no pudo trabajar de acuerdo con un convencido. Es simbólica la ceguera de este hombre, que ha tenido la visión más clarividente de los políticos del régimen anterior a la guerra, y simbólica también la invalidez del gobernante más idealista de la guerra. Esa hija espiritual de la guerra, la Liga de Naciones, ha quedado, con la ceguera de Grey y la incurable enfermedad de Wilson — la gran baja del armisticio y de la paz—, sin los ojos que habían de guiarla y sin los brazos que habían de sostenerla. Wilson y Grey eran sus principales creadores, y sus principales creadores son hoy dos ruinas físicas fuera de combate.

Pero lord Grey publicó el 31 de enero de 1920, en el *Times*, de Londres, una carta que, a juicio de este grave periódico y de otras voces no menos graves, es, probablemente, un caso «único en la historia de la diplomacia». En esa carta pretende el antiguo Ministro de Estado aconsejar calma y comprensión al pueblo británico frente a la actitud de los Estados Unidos hostil a la Liga de Naciones. Pero, en realidad, lord Grey da una lección de historia constitucional del Imperio británico a la República norteamericana. Esa carta, en efecto, es un rompimiento con la vieja diplomacia secreta; lo que en otro tiempo hubiera dicho al oído de los diplomáticos norteamericanos, y probablemente ha dicho, lo dice públicamente desde un periódico. Sin embargo, el procedimiento no es nuevo. Cuando la diplomacia habla en voz alta y apela al público internacional, es que un conflicto ha adquirido tal agudeza, que sus actores temen la responsabilidad histórica y tratan de justificarse ante la posteridad. En este sentido, es sintomática y elocuente la carta de Grey.

¿Cuál es la naturaleza del conflicto entre Inglaterra y los Estados Unidos? Las manifestaciones externas son varias. Una es la cuestión de los armamentos. Entre otras razones, los Estados Unidos fundan su hostilidad a la Liga de Naciones en que no pueden aceptar la idea de reducir los armamentos mientras Inglaterra sea la primera potencia naval. Otra razón es que no pueden pertenecer a la Liga de Naciones con un voto, mientras el Imperio británico cuente en ella con seis votos, uno de la metrópoli y cinco de sus dominios. A esta objeción replica, fundamentalmente, la carta de Grey. Los dominios han dejado de ser peones internacionales de la Gran Bretaña. «Sean los que fueren los dominios autónomos en la teoría y la letra de la Constitución, han dejado de ser, en efecto, colonias, en el viejo sentido del mundo. Son comunidades libres, independientes en cuanto a sus propios asuntos, y socios, en lo que concierne, en general, a los del imperio. Es un estatuto especial y no puede derogarse.» Se abstendrán de votar en todos los problemas de la Liga de Naciones que afecten al Imperio británico.

«Pero no hay excepción respecto a su derecho a votar allí donde no sean partes de una disputa, y es admisión general que los votos de los dominios autónomos podrían hallarse en la mayoría de los casos del lado de los Estados Unidos.»

El hecho es claro: en la Liga de Naciones, el Imperio británico tiene seis votos; pero esto no significa que estos seis votos estén siempre unánimemente de parte de la Gran Bretaña. Los cinco que son de los dominios, singularmente el de Canadá, pueden ser contrarios a Inglaterra y favorables a los Estados Unidos o a cualquier otro país. Pero no es este el problema. El problema es este otro: ¿por qué el hecho de que el Imperio británico tenga seis votos en la Liga de Naciones preocupa a los Estados Unidos y no ha preocupado a Francia, ni a Italia, ni al Japón? Tocamos la raíz del conflicto entre los Estados Unidos y la Gran Bretaña. No es un conflicto objetivo, de objetiva relación política, porque en ese caso, tan celosos como los Estados Unidos de su posición en la Liga de Naciones, lo serían países como Francia y el Japón. Es un conflicto psicológico que arranca del pasado histórico. Es un problema de la personalidad.

Este problema se comprende bien viajando por los Estados Unidos. Los norteamericanos no quieren a los ingleses. Desdeñan su sistema político, su economía, su literatura. Concentran en Inglaterra el desdén que el poeta Walt Witman sentía por Europa, como residuo de la civilización feudal. Ese desdén era una forma de la afirmación de la personalidad nacional. Al negar a Europa—y sobre todo a Inglaterra—, se afirma la personalidad de los Estados Unidos. Repetidas veces tuve ocasión de oír a norteamericanos inteligentes que su interés, acerca de los países europeos, sentía predilección por España, como antes lo había sentido por Rusia. Este afecto podía ser una reacción contra sistemas de organización social de los cuales eran los Estados Unidos una más completa y más intolerable prolongación. Podía ser un anhelo de retorno a tipos de civilización individualista, anticapitalista. Pero a la vez era, sin duda, un propósito, casi siempre inconsciente, de afir-

mar la personalidad de los Estados Unidos frente a los países europeos que pretenden, por su pasado, ser superiores. Y especialmente frente a la Gran Bretaña. Cuanto más impopular un escritor inglés en su patria, más popular es en los Estados Unidos. Bernard Shaw, el eterno anglófobo, es el más leído de los escritores británicos en la República norteamericana — el más leído, sobre todo, por la Prensa «amarilla» de Hearst, que es la Prensa más anglófoba—. La simpatía de los norteamericanos por los irlandeses no se debe sólo al hecho de que sus votos en los Estados Unidos son un factor político importante, ni a la hipótesis de que Irlanda sea un pueblo oprimido —porque oprimidos son Santo Domingo, Haití y otros Estados centroamericanos, y pocos en la República del Norte se ocupan de esta opresión, que no es extranjera—, sino a la circunstancia de que, apoyando a los irlandeses, se hiere a Inglaterra.

Los norteamericanos quieren sacudirse el yugo histórico espiritual de Inglaterra. Quieren ser una gran nación independiente de sus orígenes, su cultura heredada y su lengua recibida. Les acontece lo que a algunos sudamericanos respecto de España. Para afirmar su existencia—nada más legítimo—niegan el valor del pueblo en que se engendraron. Pero la lucha por la personalidad en el Sur de América no reza con la política internacional y queda circunscrita a la zona de los individuos. En el caso de los Estados Unidos es un problema de política internacional y puede ser fuente de serios conflictos. Lord Grey ha querido orillarlos y conciliar a sus orgullosos parientes espirituales de allende el Atlántico. Pero tal vez no se ha fijado en la raíz psicológica de su aversión a la Liga de Naciones, que es aversión a Inglaterra, que es deseo de mantener su personalidad histórica. Por eso su carta será estéril y los orígenes del conflicto latente quedan intactos. Solo el tiempo o el talento de los unos podrán resolverlo amistosa, humanamente, y si esto no es posible, lo resolverán la torpeza y la violencia de los menos inteligentes.

IV

LA OFENSIVA NORTEAMERICANA

El juicio es unánime: la civilización occidental, o conjunto de valores espirituales y materiales que integran el concepto histórico de Europa, ha estado a punto de perecer. Para muchos, la causa es la revolución rusa. ¿Pero se hubiera dado la revolución comunista en Rusia sin la fatal determinante de la guerra? De otra parte, la crisis de la civilización europea, ¿no es tan grande o mayor en Austria, que no ha pasado por la revolución comunista? ¿No es aguda en Alemania? Si la guerra hubiera durado tres o cuatro años más, ¿no estaría toda Europa como Austria? ¿No abrazaría la miseria y el caos a todo el continente? La crisis de la civilización proviene fundamentalmente de la guerra.

El peligro perdura aún, no sólo porque persisten los efectos de la guerra pasada, sino también porque se están hacinando combustibles para otra guerra. Mejor dicho, para más de una. El Tratado de Versalles y su desenvolvimiento en conferencias posteriores, sobre todo en cuanto a las indemnizaciones por parte de Alemania, son semillero de futuros conflictos. La desesperación y la conciencia de la injusticia, ¿no suscitarán en la nación alemana, ya de suyo belicosa, propósitos de desbaratar por la rebeldía y la fuerza

armada el excesivo y mal aplicado castigo económico que quiere aplicarle Francia? Sin embargo, otra guerra francoalemana—con la probable neutralidad de todos los otros recientes compañeros de armas—no sería la más grave, porque en cierto modo se localizaría en el centro de Europa, y la periferia, con todos los grandes caminos del mundo abiertos, podría respirar con relativa holgura. Lo terrible sería otra guerra intercontinental que aislase a todos los países, lo mismo a los beligerantes como a los neutrales, y una guerra así no sólo no es imposible, sino que es una posibilidad tan gravitante, que nada preocupa más seriamente en Inglaterra y los Estados Unidos. La amenaza oscila entre estos países—lejos, cerrando el triángulo, vigila también el Japón,—y el peligro mayor dimana del Norte de América.

Esto no lo decimos sólo nosotros, sino también los propios norteamericanos, y con más lucidez que nadie lo ha reconocido una prestigiosa publicación de Nueva York, el *Metropolitan Magazine*, en un artículo muy comentado, que no será superfluo resumir para conocimiento de confiados. «Estamos comprometidos—dice esa revista—en los estadios preliminares que conducen a la guerra». Alude a la Gran Bretaña. ¿Imposible una guerra así por razones de afinidad de lengua, historia y cultura? Nada más erróneo que esa hipótesis. El problema de la personalidad que inquieta a los norteamericanos es germen de aversión hacia los ingleses. Además, dos veces en veinticinco años ha estado a punto de estallar la guerra entre los Estados Unidos y la Gran Bretaña: una en tiempo de Cleveland, con ultimátum, por una cuestión de límites en Venezuela, y otra en tiempo de Roosevelt, por otra cuestión de límites en Alaska, con movilización de fuerzas. «La amenaza de una guerra está ahora sobre nosotros—afirma el *Metropolitan Magazine*—, en el mismo momento de escribir». (Enero de 1921).

¿Cómo se ha ido engendrando esa amenaza? He aquí los diversos grados de su formación. Al terminar la guerra, las fuerzas navales de la Gran Bretaña, Estados Unidos y Japón guardaban, respectivamente, una proporción de 100, 50 y 25. Pero en 1916 comenzó la República norteamericana un

programa naval que cuando le dé cima, en 1925, la dotará de una escuadra equivalente a la inglesa, algo menor en número de barcos, pero algo mayor en tonelaje. ¿A qué respondía ese programa? En manos de Wilson, su iniciador, fué prenda de paz. «Este programa o la Liga de Naciones», fué su proposición a Inglaterra. El Gobierno inglés aceptó la Liga de Naciones; pero más tarde, el Senado norteamericano—irónica paradoja de una democracia—rechazó la Liga de Naciones y se quedó con el programa naval, burlándose de Wilson.

¿Cabe una inteligencia, es posible una reducción de armamentos? «Toda tentativa para obligar a Norteamérica, a Inglaterra y al Japón a reducir sus armamentos fracasará, porque los tres países desconfían mutuamente. Por el momento son las más grandes potencias del mundo; cada una aspira al comercio mundial; cada una ve en la otra o en las otras dos su mayor rival u obstáculo. En tanto dure esta tensa rivalidad, el desarme es una ilusión. Y es bastante curioso—prosigue el *Metropolitan Magazine*—que empezáramos nosotros deliberadamente la competencia de las construcciones. Decidimos por nuestro propio albedrío arranca el primer lugar a Inglaterra, y empujamos literalmente al Japón a construir en defensa propia. Suprímase nuestro programa de 1916, y el Japón no hubiera soñado en su nuevo programa. Por lo tanto, es enteramente cierto que en cualquier conferencia de desarme nosotros seríamos el tropezadero. No consentiremos en reducir la escala a las condiciones de la preguerra. Insistiremos en mantener el primer lugar a que aspiramos, pero que no hemos logrado aún. Por consiguiente, a nuestro juicio, una conferencia convocada simplemente para limitar los armamentos podría hacer algún bien, pero es más probable que acabe en desilusión y acrecentado rencor».

El alegato acusatorio no puede ser más rotundo: los Estados Unidos iniciaron la nueva carrera de los armamentos, del mismo modo que la inició Alemania antes de la guerra, engendrándola; prefirió el programa naval a la Liga de Naciones, como institución de derecho y posibilidad de desarme,

y será el mayor obstáculo a toda tentativa de reducir los armamentos. Se aduce en apoyo de esta política la existencia de la alianza japonesa. Pero esa alianza no ha estado nunca dirigida contra los Estados Unidos, porque en tal caso hace tiempo que hubiera cumplido sus fines, cuando este país era mucho más débil que ahora. Por otra parte, esa alianza existe desde hace más de quince años, y nunca se les había ocurrido a los norteamericanos precaverse contra ella. No; el objeto de esa fuerza naval es más amplio. «La lucha por el comercio—concluye el *Metropolitan Magazine*—es una verdadera lucha. Los pozos de petróleo en Mesopotamia, en Méjico y por todo el mundo suministran continuos motivos de discordia.» Aquí está el peligro.

Esta actitud de los Estados Unidos ha de producir necesariamente redoblada irritación en Inglaterra, ya irritada anteriormente por el apoyo de los norteamericanos a los irlandeses. La cuestión de las deudas de guerra es otra causa de rozamiento. Inglaterra estuvo dispuesta—lo declaraba mister Chamberlain el 4 de febrero—a perdonar a sus deudores si los Estados Unidos le perdonaban a ella sus deudas, aunque del arreglo saldría perdiendo, por creerlo conveniente «para las buenas relaciones entre los pueblos, para la rehabilitación del crédito internacional y para el restablecimiento del comercio internacional», pero la República norteamericana rechazó la proposición, y «el renovarla estaría por debajo de nuestra dignidad». Es posible que los Estados Unidos prefieran cobrar sus deudas por todos los medios, incluso a cañonazos, si es necesario, en vez de perdonarlas, como propone Inglaterra; pero si no es ésta, puede surgir cualquier otra causa de conflicto —el petróleo es una de las más explosivas—que sea como una chispa en el nuevo polvorín internacional.

V

UN PROFETA DEL YANQUISMO

Para la mayor parte de la Humanidad, las grandes guerras suelen ser una dolorosa sorpresa. ¡Quién había de decirlo!, exclama todo el mundo ante la inesperada catástrofe. Y sin embargo, siempre hay profetas que las anuncian y, al anunciarlas, contribuyen a su creación. Los tuvo Alemania, pero el mundo no los conoció hasta que la guerra había estallado. Entonces pareció evidente la tragedia y casi todos nos avergonzamos de nuestra ceguera. De haberla previsto, de haber tenido conciencia de la tempestad que se estaba fraguando y de haber hecho sentir a Alemania la noción de esta conciencia del peligro, es probable que se hubiera evitado. Nada paraliza tanto al malhechor como el conocimiento de que sus bravatas, si las vocea, se toman en serio, o de que sus planes no son un secreto. Nadie prestó atención a las profecías, mezcla de cinismo e ingenuidad, de los Bernhardi alemanes, que eran numerosos, y pocos se propusieron profundizar seriamente en el secreto de sus propósitos, como lo revela la confianza de los pacifistas y la impreparación de los países atacados. Y la guerra sobrevino, como un ladrón en la noche.

El luctuoso hecho amenaza repetirse con los Estados Unidos. Los móvi-

les son casi idénticos a los del caso de Alemania. La América del Norte anhela también desbordarse sobre sus fronteras. En rigor se ha desbordado ya. En este impulso entran diversos componentes, de diversa raíz, pero con una finalidad común. La empuja primero una fuerza puramente biológica, un deseo ciego de crecimiento y dominio. La mueve después un estímulo económico, apetito de nuevos mercados y de nuevas explotaciones industriales y agrícolas, esto es, de mayor riqueza. En algunos, estos ímpetus primarios van seguidos de un sentimiento de rivalidad, frente a naciones como Inglaterra, o de terror, frente a naciones como el Japón, o de soberbia mesiánica, que les induce a creerse dotados de la misión de salvar de su supuesta barbarie a pueblos como los del Centro de América, o de librar al mundo de peligros como el amarillo asiático o como el rojo ruso. Otros se sienten emparentados con el espíritu de Luis XIV, de Felipe II, de Napoleón, de Guillermo II, y sueñan con un imperio universal fundido y organizado por los Estados Unidos del Norte de América. Se dan todas las variedades del imperialismo. Hay, claro es, excepciones. Lo fué Wilson con su proyecto de una Liga de Naciones para establecer la paz en el mundo; pero el espíritu del quimérico presidente fué derrotado en las elecciones presidenciales de 1920, que fué como derrotar la Liga de Naciones que estorba a los Estados Unidos para realizar todas sus ambiciones en el Norte y Centro de América, en el Atlántico y en el Pacífico. La hostilidad de Alemania a la Conferencia del Haya la repite la República norteamericana frente a la Liga de Naciones. Nadie quiere escarmentar en cabeza ajena.

Esta sorda amalgama y ebullición de fuerzas imperialistas tienen en los Estados Unidos cuantiosos y diáfanos profetas. Lo es casi toda la prensa diaria, esclava de los grandes trust, unas veces directamente y otras de modo indirecto, por la acción corruptora del anuncio. Pero un profeta moderno no entra en la categoría de peligroso hasta que adopta la forma del libro, que suple la menor difusión con la mayor intensidad, al dirigirse a lo que podría denominarse vulgo de la clase media intelectual, políticos, profesores

de segundo rango, periodistas sin pensamiento propio, grandes hombres de negocios que se permiten el lujo de despilfarrar unos minutos en la lectura de libros inspiradores, o sea, fabricantes de opinión pública por diversos conductos y a favor de una falsa autoridad de hombres informados y celosos del bien de la patria. En estos últimos años se han publicado en la América del Norte muchos de estos libros proféticos. Algunos llegarán a ser con el tiempo biblias del yanquismo. Examinemos uno, verdaderamente representativo, que se titula *El mañana de América*, de Snell Smith. Obsérvese que cuando un norteamericano dice América, quiere decir Norteamérica, como si el resto del Continente no existiese o fuera un apéndice suelto que ya se encargará la nación yanqui, con la ayuda de su ejército, de su escuadra y de Dios, de reintegrar al cuerpo donde tiene su puesto y su función.

El mañana de América lo ha deducido el señor Smith de una ley histórica y natural descubierta en varias fuentes de conocimiento, pero, sobre todo, en la Enciclopedia Británica, el gran abrevadero de su saber. Esta ley viene a ser algo así como lo siguiente: Los pueblos, para progresar de continuo, necesitan una constante transfusión de sangre de otras razas; en cuanto cesa, se inicia el decaimiento y la muerte. Con el auxilio de la citada Enciclopedia, el señor Smith demuestra la tal ley hasta la saciedad. ¡Pobres los pueblos no vacunados continuamente por las inmigraciones! Los Estados Unidos han gozado en esto de la mayor fortuna. La amalgama de sangre comenzó para ellos en 1638. Según la referida ley, el apogeo lo alcanzarán a los tres siglos, o sea hacia 1938, y su robustez durará otros tres siglos, hasta el año 2238. Realmente es envidiable el futuro norteamericano, pues «teniendo nosotros—escribe el señor Smith—la más profusa transfusión de sangre desde Adán, nada debemos temer de ninguna raza, reino ni clima, y en nuestro tiempo sojuzgaremos a todas, si es necesario, con objeto de enaltecer nuestro ideal de libertad para el género humano».

El libro del señor Smith no tiene desperdicio y es lástima no poder reproducirlo íntegramente; pero habremos de conformarnos con un somero

extracto. Después de consignar la «energía superabundante que es inherente al pueblo norteamericano», pasa a sentar su teoría de la historia: «Un pueblo—dice—lucha en la flor de su existencia y de ese modo se agota en obtener dominio, que no tiene otro límite que su poder de adquirir, y sólo retiene este territorio hasta que surge un poder más viril para arrancarle la supremacía. Entonces vuelve a los límites que tuvo antes del período de expansión.» Como se sobreentiende que los Estados Unidos atraviesan la flor de su existencia, de aquí la necesidad de que «tengan, si el resultado no puede lograrse pacíficamente, que empuñar la espada como ningún predecesor lo ha hecho sobre el haz de la tierra, y así necesitan un adecuado servicio militar y una marina que no sean inferiores a los de nadie». (Por de pronto, con el señor Smith coincide en esto el Gobierno norteamericano, que se da vertiginosa prisa en construir buques de guerra, en tal cantidad y de tal magnitud, que no parece sino que la última catástrofe bélica le ha dejado más apetencia de nuevas luchas que hartazgo de viejos horrores.)

El señor Smith es un ferviente apologista de la guerra. «Cuando (una nación) es juvenil y vigorosa—escribe con palabras que recuerdan las de los más furiosos pangermanistas, los Bernhardi, los Moltke, los Chamberlain—, se ejercita y realiza sus fines en conquistas.» «Así como el hombre nada puede lograr sino en la lucha, así los Estados nada pueden dar a la Humanidad sino en la guerra. En la batalla se defienden hasta que han expresado su civilización. Con la guerra la extienden sobre los territorios que conquistan.» «La guerra estimula los más altos y nobles impulsos del hombre... Los que elogian la paz por sí misma se satisfacen con un charlatanismo barato y ensalzan la flaqueza en nombre de la Humanidad. La paz es estancamiento. La guerra, vida.» «Cada guerra ha dejado a la Humanidad mejor de lo que estaba.» «La pólvora aclara el aire. Los hombres contemplan a Dios de nuevo.» ¿Quién dice que importa la vida? El señor Smith profesa, para su dicha, una doctrina sobre la pluralidad de existencias. «Muchos—asevera categórico—sostienen que cada uno de nosotros ha

muerto muchas veces y que cada uno vivirá de nuevo. ¿Qué importa entonces que nos salten la tapa de los sesos? Sobrevive el espíritu.» En suma: la guerra es un supremo bien, como conquistadores y como conquistados, como matadores y como muertos.

Todas las guerras pasadas (por lo menos las de los Estados Unidos) y todas las futuras tienen su justificación según el criterio del señor Smith. «Fué la guerra con Méjico—prosigue—la que condujo a la anexión de Tejas, Nuevo Méjico y la costa del Pacífico. En vista de las bárbaras condiciones que han prevalecido en Méjico durante la última década, ¿puede dudarse de que la tierra ganada por el espíritu del Alamo (1), con su mansa población, goza de mayores dichas bajo la égida de làs instituciones americanas que si el territorio hubiera permanecido en poder de los mejicanos?» Los yanquis van adquiriendo poco a poco la técnica de la conquista. «La nación—explica el señor Smith—no se encoge ya de horror ante una matanza ni ante el toma y daca.» «Las Filipinas y Puerto Rico, arrancados a España por la intervención armada, y Hawai y Alasca nos han acostumbrado a la idea de mantener la soberanía sobre otras tierras.» Esta costumbre, claro es, lleva necesariamente a su repetición. «Como (los Estados Unidos) no tienen intención de lograr poderío permanente ni territorios en Europa ni en Africa, en el Sur de América ni en Asia, no hay razón para que no se expandan en esas tierras, más próximas y al alcance de la mano del Canadá, más extensas en superficie que los Estados Unidos, y en ese pequeño país turbulento... que es a los ojos y sentidos tan fascinante como lo fué a los hombres de Cortés cuando lo contemplaron por primera vez hace cuatro siglos.» Aunque no lo quieran, pues, «es más que posible que los Estados Unidos se vean obligados a ejercer en este continente (América) una mayor suma de libertad que en el pasado, y acaso, finalmente, a emprender la tarea de capacitar a todos los territorios, desde el estrecho de Behring hasta

(1) Afluente de Río Grande, en la frontera de Méjico y los Estados Unidos.

el Canal de Panamá, para el disfrute de los beneficios de su ideal de gobierno.» Por si hay dudas de que el final del penúltimo párrafo se refiere a Méjico, el señor Smith quiere ser más explícito con las palabras siguientes: «En vista de la ignorante superstición, la crueldad y el desorden que reinan, ¿puede dudarse de que la tierra de los aztecas sería más feliz, más industriosa y devota del goce de una civilización superior si los Estados Unidos enviasen un ejército de 250.000 soldados, restaurasen la ley y el orden a punta de lanza y exterminasen sin límite los enemigos de la verdadera libertad?»

Después de haber extendido su mirada aquilina desde el estrecho de Behring hasta el canal de Panamá y de haber trazado un rotundo programa para la conquista de Méjico y el exterminio de los enemigos de la «verdadera libertad» — que son todos cuantos rechacen el «ideal de gobierno» norteamericano—, el señor Smith vuelve sus ojos a diestra y siniestra y los detiene ante los dos enemigos potenciales de su país: el Japón e Inglaterra. «Frente al Japón, en este lado del gran Océano, están los Estados Unidos, amantes de la libertad, ansiosos de vender sus productos en legítimo cambio al Oriente, determinados a extender su civilización. Se expandirán sobre las aguas donde están ya sus intereses por la posesión de las Filipinas». Y probablemente será inevitable «una lucha por la supremacía, próxima o remota, pacífica o no, que aclarará el aire y determinará el futuro del Oriente y del Occidente».

Pero Inglaterra es un obstáculo a éstos y otros propósitos «y con el tiempo pueden luchar». «Ahora surgen los Estados Unidos con vastas posibilidades en hombres y riquezas y una energía superabundante, para arrancar a la Gran Bretaña su supremacía en el comercio y acaso su dominio naval en el Atlántico, y para estampar su civilización sobre todos los países del Este y Oeste de ese Océano durante los futuros siglos, como parte de una vida de hombres genuinamente libres. Así como la civilización de la Gran Bretaña fué superior a la de sus predecesores, así la nuestra es superior a la de la

Gran Bretaña. La mayor obra de Inglaterra está realizada». Los sueños de dominio del señor Smith son legítimos, pero no el dominio real de Inglaterra, porque «su ambición nace del imperio y no de la virilidad de conquistar con sus propias fuerzas. En este sentido es decadente, y con el tiempo los Estados Unidos deben vencerla con su mucho mayor poder, a menos que entretanto ceda pacíficamente su dominio sobre tierras que piden libertad para gobernarse a sí mismas». Alusión preponderante al Canadá.

El cuadro no es nada tranquilizador. Pero el señor Smith no se hace ilusiones: «Seguirán más guerras—prosigue.—Habrá más dolor». Todo esto es necesario, sin embargo, para llegar a la federación del mundo que idea nuestro profeta. «El Estado universal del futuro—concluye—tendrá una ley y un gobierno», que después de todo lo expuesto, no pueden ser sino los de los Estados Unidos. «El inglés llegará a ser finalmente la lengua de la tierra». «Esta es la justicia, porque los pueblos de habla inglesa han hecho más por la libertad humana que todas las demás razas juntas». «La tarea de los Estados Unidos es estar preparados para tal obra, con la ayuda de Dios». Lo que nos desconcierta un poco es que el señor Smith designe Jerusalén para capital de esta inmensa federación. ¿No será un poco lejos para trasladar allí la Casa Blanca?

VI

EL INTERVENCIONISMO EN MÉJICO

Se dirá que las elucubraciones del señor Smith son el sueño de un loco. Palmario error. Más bien son expresión de una realidad amenazadora, hace tiempo iniciada. Los Estados Unidos están ya en el proceso de dominio de todo el territorio que va desde el estrecho de Behring hasta el canal de Panamá. Excluyamos al Canadá de nuestro examen, aunque la idea de su integración a la república norteamericana sea uno de los motivos de rozamiento con Inglaterra. Que el Canadá siga vinculado a la Gran Bretaña, que se declare independiente o se incorpore a los Estados Unidos, será un hecho sin trascendencia para el mundo en general y para el espíritu hispánico en particular. Las inquietudes comienzan al Sur de la República yanqui, en las fronteras de Méjico.

Pero el espíritu anexionista de los Estados Unidos no es de ahora. La trayectoria viene señalada de bien antiguo. Los métodos de adquisición territorial han sido dos: por compra y por conquista armada; a veces, por una mezcla de ambos métodos. En 1803 adquieren la Luisiana; en 1819, España les cede por tratado unos territorios entre Mississipí, Florida, Luisiana y el Golfo de Méjico; en el mismo año incorporan la Florida; en 1845 se anexio-

nan Tejas, lo cual da lugar en 1846 a la guerra con Méjico, que acaba desastrosamente para este país con la cesión compulsiva, en 1848, no solo de Tejas—separado de Méjico desde 1836—, sino de la Alta California, Nuevo Méjico, Nevada, Arizona, Utah y parte de Wyoming y Colorado; en total, 918.355 millas cuadradas. En 1846 se anexiona Oregón; en 1853, Gadsden compra para los Estados Unidos, cuyo ministro era en Méjico, un territorio que redondea con este país los límites de Arizona y Nuevo Méjico; en 1867, adquiere Alaska; en 1898 se anexiona las islas Sandwich; el mismo año, como consecuencia de la guerra con España, se queda con Puerto Rico, islas Filipinas y Guam; en 1899, con Samoa; en 1901, compra algunas islas Filipinas más; en 1904, adquiere el derecho perpetuo de ocupación, uso y control sobre la zona del canal de Panamá; en 1917, adquiere las Antillas danesas. En suma: durante poco más de un siglo, desde 1803 hasta 1917, se incorpora, por las armas y por la bolsa, territorios que miden 2.851.313 millas cuadradas, casi dos tercios de la superficie total de los Estados Unidos, que hoy es de 3.743.448 millas cuadradas. No podrá negarse la tendencia vorazmente expansiva de la República yanqui.

Y todavía no puede decirse que haya llegado, ni mucho menos, a la saciedad. Más bien se ha acrecentado su apetencia, sobre todo respecto de Méjico, por una razón que domina a todas y que más adelante explicaremos. Los norteamericanos gustan de repudiar toda sospecha de intervención en Méjico; pero uno de los tristes destinos del más idealista de sus jefes de Estado, de Wilson, fué bombardear Veracruz en Abril de 1914 y desembarcar fuerza armada, y en 1916, cuando la incursión de Pershing en territorio mejicano para dar caza a Villa, estuvo a punto de concluir en guerra entre ambos países vecinos. La obsesión de la guerra entre los dos pueblos es una de sus más angustiosas fronteras psicológicas.

Lo que se llama pueblo norteamericano, la masa anónima que no ve los dedos que manejan los hilos internacionales y que está siempre a merced, como en todas partes y acaso más que en ninguna, de las campañas sensa-

cionalistas de una prensa corrompida, no desea la guerra con Méjico, porque no comprende su finalidad y porque, después de todo, el hombre de la calle, que no posee acciones en las poderosas compañías explotadoras de territorios extranjeros, nada tendría que ganar en un conflicto armado y mucho que perder. Pero tanto le han hablado sus periódicos de la anarquía y el bandidaje mejicanos y de los crímenes cometidos contra sus compatriotas, que la atmósfera bélica está bien preparada en los Estados Unidos y cualquier choque no le parecería sino el resultado de una necesidad de ética internacional.

¿Pero qué es eso del bandidaje mejicano? Ciertamente, desde la caída de Porfirio Díaz, Méjico no ha recobrado su equilibrio. El poder tienta a los hombres, allí como dondequiera, y hasta ahora el único medio de lograrlo ha sido la fuerza. Pero el procedimiento no es privativo de Méjico. Lo han usado todas las Repúblicas americanas, y salvo algunas como el Uruguay y la Argentina, donde el proceso de la acción directa de las armas parece definitivamente reemplazado por la acción política o indirecta del sufragio, todavía lo emplea la mayor parte. Y sin ir tan lejos, ¿no fué el siglo XIX en varios países de Europa un período de constantes revoluciones, de violentos asaltos al Poder? ¿Y estamos seguros, después de lo que viene ocurriendo desde la guerra en todo el Oriente de Europa y amenaza extenderse al centro y occidente, que se ha cerrado para siempre la era de la lucha armada por el poder político? ¿Y tiene ningún país derecho a interponerse en los conflictos internos de otro, en lo que son, después de todo, maneras suyas de buscar su propia libertad, e imponerle determinados métodos supuestamente superiores?

El bandidaje mejicano, de que habla continuamente la prensa norteamericana, tiene una difícil definición. Para los Estados Unidos, hay mejicanos que un día son bandidos execrables y otro excelentes patriotas, según se crea que fomentan o lesionan los intereses yanquis en Méjico. Sobre Villa, por ejemplo, se han acumulado todos los dicterios y todas las loas, en

momentos distintos. El criterio norteamericano es demasiado subjetivo para que pueda aspirar a una validez universal. Y, sin embargo, hay una clara distinción objetiva entre un revolucionario y un bandido. Un revolucionario no se conforma con menos de codiciar el Poder público; en su actuación podrá haber atropellos e iniquidades con hombres y cosas; pero su finalidad es el timón del Estado. La República norteamericana no ha permanecido nunca indiferente ante lo que ha acontecido en el Méjico revolucionario: simpatizó con Madero contra don Porfirio; ayudó a Carranza contra Huerta, y después a Obregón contra Carranza, según veía amparado o en peligro el dólar en tierra mejicana. Esta ayuda, unas veces ha sido moral; algunas, material. El armamento con que se hacen las revoluciones mejicanas es casi siempre yanqui. Hay, pues, una poderosa industria norteamericana, la que fabrica armas, vivamente interesada en que Méjico no se pacifique. Suponemos que este interés por un fructífero mercado de armas habrá acrecido después de la guerra, al cerrarse el pingüe mercado de Europa. El contrabando de armas en la frontera de Méjico y los Estados Unidos ha sido tan escandaloso, que el Gobierno norteamericano ha tenido que prometer más de una vez, por indicación parlamentaria, su supresión. Pero no se ha suprimido.

El bandido es una especie distinta. No tiene ambiciones de poder político, sino codicia económica. Al amparo del desequilibrio del país, roba lo que puede y ejerce el chantage contra extranjeros, destruyendo trenes y explotaciones industriales, para que le compren espléndidamente su inacción y, a veces, su amistad. Hombres como Villa y Zapata pertenecen a una categoría indecisa, son fronterizos de la revolución y del bandidaje. Otros, de chantagistas se convierten en policía de los chantageados. Tal es el caso del llamado «rey» Peláez, un sujeto que cuenta con una fuerza de cuatro ó cinco mil hombres bien armados, encargada de velar los pozos petrolíferos de Tampico, contra otros posibles bandidos y contra los funcionarios del Gobierno que van a cobrar los impuestos sobre el petróleo. Es un franco

insurrecto a quien pagan los explotadores norteamericanos de los pozos petroleros, según declaración de la embajada de los Estados Unidos en Méjico (véase *The plot against Mexico*, de L. J. de Bekker, de donde tomamos algunos de estos datos), alrededor de un millón de pesetas por mes. ¡Y hay petrolero que en tiempo de Carranza soñaba con hacer presidente de Méjico al «rey» o «general» Peláez!

Como se ve, el bandidaje y la revolución de Méjico tienen sólidos puntos de apoyo en los norteamericanos. Si los Estados Unidos no tuvieran enormes intereses en la República vecina y pudieran desentenderse de sus acontecimientos interiores, podría asegurarse que habría menos revolucionarios y, sobre todo, menos bandidos. Pero no pueden inhibirse; les empuja la mecánica fatal de su economía expansiva, imperialista, y especialmente la necesidad de adueñarse del territorio más rico en el más rico de los productos naturales: el petróleo, piedra angular de la presente política internacional, y en el futuro, probable causa de grandes guerras y del crecimiento o decadencia de algunos imperios, como pronto veremos. Los Estados Unidos necesitan de orden en Méjico, y no hay más que dos modos de lograrlo, por servidumbre espontánea o por conquista violenta. Pero el pueblo mejicano es demasiado independiente para someterse por temor o por abyección; sólo se rendirá a la fuerza. Por esto los norteamericanos que le conocen y quieren rendirle para apoderarse de su inmensa riqueza petrolífera, nueva base de potencia internacional, saben que no hay más que un camino: la intervención.

La raíz del intervencionismo de los Estados Unidos en Méjico corresponde a dos móviles: por una parte, necesitan de un régimen de estabilidad para explotar con pingües resultados los pozos petrolíferos, y con objeto de lograrlo, mediante la intervención, no tienen inconveniente en multiplicar el desorden—propio de un país que todavía no ha completado el proceso revolucionario que se inicia con el fin de la dictadura de don Porfirio—ya por la acción privada de las Compañías, sosteniendo a sueldo a rebeldes arma-

dos como el «rey» Peláez, ya por la acción semioficial, revelada en la complicidad del agente consular Jenkins a fines de 1919 con Villa y otros facinerosos de su jaez. Por otra parte, los explotadores norteamericanos del petróleo de Méjico quieren eludir todo gravamen fiscal sobre esta riqueza. Esta es la causa principal del conflicto, agudizada por consecuencia de la Constitución promulgada en Querétaro el 31 de enero de 1917.

Dos son los puntos de la nueva Constitución que hieren los privilegios de los extranjeros que explotan el petróleo. Según el uno, «sólo los mejicanos, por nacimiento o naturalización, y las Compañías mejicanas, tienen derecho a adquirir propiedad sobre tierras, aguas y sus pertenencias, o a obtener concesiones para explotar minas, aguas y combustibles minerales en la república de Méjico. La nación puede conceder el mismo derecho a extranjeros, con tal que se avengan ante el Ministerio de Relaciones Exteriores a ser considerados como mejicanos en lo que respecta a tal propiedad, y consiguientemente a no invocar la protección de sus Gobiernos respecto a la misma, bajo pena, en caso de infracción, de ser confiscada por la nación la propiedad así adquirida». Según el otro, artículo 27 de la Constitución, se establece el dominio directo de la nación sobre el subsuelo, conforme a un principio jurídico español, por oposición al principio contrario de las leyes inglesas, que otorgan al propietario de la superficie el derecho de propiedad sobre la riqueza subterránea. En una palabra, Carranza quiso implantar en la Constitución promulgada por él el principio de nacionalización de la riqueza del subsuelo, singularmente del petróleo, que hasta entonces no pagaba derechos, o eran insignificantes, en relación con la riqueza extraída. Estas dos disposiciones fueron combatidas rudamente por los concesionarios extranjeros, sobre todo por los norteamericanos, y no será aventurado suponer que en la trágica muerte de Carranza, a que condujo el levantamiento de Obregón, intervino en no escasa parte esta actitud suya frente al petróleo. Toda explicación que se dé a los acontecimientos de Méjico de estos últimos años, sin vincularla con el problema del petróleo, ha de ser por

fuerza errónea o defectuosa. La intervención de los Estados Unidos, hasta ahora indirecta o intermitente, es de temer que algún día sea franca y permanente. La sustitución de Wilson por Harding en la presidencia de la república norteamericana está preñada de amenazas. Hay enormes intereses e influencias intervencionistas, como lo revela el afán de la Prensa yanqui, en presentar a Méjico como un país de foragidos, indigno de la independencia. Lo revela, sobre todo, el caso del periodista norteamericano Bekker, que merece referirse.

El eje de la política interior y exterior de Méjico, repetimos, es su riqueza petrolera. La codicia de este tesoro—uno de los más cuantiosos del mundo—ha dado origen a lo que el honrado escritor norteamericano, J. L. de Bekker, ha definido como el *Complot contra Méjico*, título de un reciente libro suyo, ya mencionado. Este escritor fué enviado por la *Tribune*, de Nueva York, a la República mejicana para «escribir la verdad acerca de la situación». Pero la Prensa norteamericana, salvo tal o cual diario o semanario, no quiere sobre Méjico más verdad que la que halaga a su público y a las grandes Empresas petrolíferas, o sea que es un país de facinerosos y confiscadores de riqueza extranjera, en el cual hay que intervenir para bien del propio Méjico, de los Estados Unidos y de la especie humana. No es extraña esta actitud de los periódicos. Algunos, como la *Tribune*, de Chicago, y los amarillos de Hearst, tienen participación en las explotaciones del petróleo mejicano. En Nueva York funciona una agencia de Prensa, cuyo director gana 20.000 duros anuales, sostenida por una Asociación de propietarios de pozos de petróleo para promover campañas antimejicanas con artículos, noticias y... anuncios bien pagados. Por todo esto, la *Tribune*, de Nueva York, no quiso publicar las verdades vistas por Bekker en Méjico, y éste hubo de darlas a la estampa, primero, en la Revista neoyorquina *The Nation*, opuesta a toda intervención en la República del Sur, y luego, en el libro *The plot against Mexico*.

En este libro, ejemplarmente escrito por un hombre que subordina a la

veracidad y la justicia sus sentimientos nacionales y aun sus intereses profesionales de escritor, enemistándose con el periódico que quiere pagarle por servirle, no por decir la verdad, aparece diáfana la tragedia de Méjico, y sobre todo, la de Carranza. No falta un eslabón de la cadena intervencionista. El punto de partida es la determinación de Carranza de que en la riqueza petrolífera de Méjico sea partícipe, en grado debido, la nación mejicana, en vez de entregársela casi íntegra al capital extranjero. Tiende a nacionalizar los pozos de petróleo. Las grandes Compañías explotadoras de este codiciado producto se indignan, organizan campañas de Prensa, inducen a agentes consulares, como Jenkins, a prestar todo género de ayuda a Pancho Villa y otros *condotieri* seudorrevolucionarios de su laya; suministran medios materiales a Peláez para que arme un ejército de varios miles de hombres, y le nombran tragicómicamente «rey» de los campos petrolíferos, en abierta rebelión contra el Gobierno de Carranza.

Pero la campaña contra este defensor de la riqueza mejicana frente a la voracidad extranjera culmina en el período de las elecciones presidenciales, cuando todo anunciaba que sería elegido Bonillas, el embajador de Méjico en Washington, un hombre de enérgico carácter, que tiene el valor, tan contrario a la diplomacia tradicional, de combatir con su firma el capitalismo norteamericano en sus relaciones con el petróleo de su país. Sería un continuador de la política de Carranza, y había que impedir su elección. En efecto, se sublevan Obregón y González, es asesinado Carranza—su política del petróleo tenía que serle trágica, como la de un héroe shakesperiano—, hoy es presidente Obregón y los Estados Unidos están satisfechos. Tanto peor para Méjico. Esta es la enseñanza que se desprende del valeroso y noble libro de Bekker, publicado antes de la última revolución de 1920.

Desgraciadamente para el buen nombre de España, el libro que no quiso escribir ese escritor norteamericano, por ser un hombre antes que un *condotieri* de la pluma, ha tenido la debilidad de redactarlo un compatriota nuestro, el Sr. Blasco Ibáñez. También fué a Méjico a escribir la verdad; pero la

suya es una verdad caricaturesca de las cosas y hombres mejicanos, una verdad de lugares comunes, gratos a los norteamericanos, sobre el bandidaje y el militarismo de Méjico, sobre el no intervencionismo de los Estados Unicos y sobre otros tópicos, que hacen de su serie de artículos, desventuradamente recopilados luego en libro, la más leída y remunerada de la Prensa yanqui en estos últimos tiempos. En la tragedia de Carranza, inducida por la hostilidad de las compañías petrolíferas, la intervención de Blasco Ibáñez tiene algo de macabra bufonería. Soy de los que más han celebrado y celebran su gran éxito literario en los Estados Unidos, no tanto por la consagración de una obra de arte sobre cuyo valor discrepo de sus admiradores norteamericanos, como por haber puesto en boga la literatura española en el Norte de América. Esto hay que agradecerle.

Pero sus impresiones sobre Méjico, frívolas, incomprensivas del fondo dramático del país, del profundo proceso histórico en que este pueblo de nuestra lengua lucha tan rudamente por la busca de su libertad, contra enemigos interiores y exteriores, sin un dato ni una reflexión sobre el problema capital: la riqueza del petróleo; sin ver que todo ese falso militarismo se debe, más que a la pugnacidad indígena, a los intereses extranjeros, que le engendran y alimentan cuando se trata de un Gobierno poco grato, son un motivo de sonrojo para él y, en general, para España, desde el punto de vista de una política intercontinental de América, en que los valores más altos están representados por la independencia de los pueblos, por la socialización de la riqueza y—*ıast, but not least*—por el espíritu de nuestra lengua y de nuestra cultura. Libro infortunado — de cuyo título vale más no acordarse— que no enaltecerá en un ápice la gloria ni el carácter del señor Blasco Ibáñez.

VII

LA LUCHA POR EL PETRÓLEO

El nuevo vellocino que tienta a los más poderosos argonautas contemporáneos no es de oro, como tampoco lo fué, probablemente, el de la antigüedad, sino de otros múltiples y sustanciales productos de la tierra; pero si se nos preguntara que cuál, entre todos, suscita mayor codicia, diríamos que no es el hierro ni siquiera el carbón, sino el petróleo. Esta substancia bituminosa, cuyo uso ya conocía el hombre primitivo, para alumbrarse y a veces para curarse, apenas tiene para la inmensa mayoría de la humanidad otra aplicación que la bien conocida en la lámpara doméstica. Pero los conductores—y, en ocasiones, destructores—de pueblos, los grandes financieros e industriales, los políticos, los diplomáticos, los técnicos, saben ya que el petróleo rebasó hace tiempo los modestos límites de la lámpara familiar y que disputa al carbón la supremacía en las entrañas mecánicas del mundo. Petróleo significa poderío, y por poseerlo nacen la guerra y la revolución—véase el caso de Méjico—, y tal vez sea el combustible más peligroso para la paz del planeta: ninguna materia más inflamable y expuesta al incendio de otra guerra intercontinental.

El petróleo ha sido como una inmensa fuerza insospechada. Fué necesa-

rio el gran desarrollo de los inventos mecánicos modernos para que del humilde papel de iluminador de lámparas saltase súbitamente a la alta categoría de propulsor de motores. Del quinqué pasa al automóvil. El motor de explosión, que aparece a principios del siglo xx, determina un portentoso uso del petróleo en el desenvolvimiento del automovilismo. Pero aprovechada la nafta, hay que desperdiciar o destinar a aplicaciones poco útiles el 70 por 100 de los componentes del petróleo. Uno de estos componentes es el *masut* o petróleo crudo, que va a revolucionar la mecánica y la economía del mundo al inventar Diesel su motor de combustión interna. Ambos factores, el motor Diesel y el masut, se complementan y engendran en su unión una prodigiosa energía, como la pólvora y el fuego en contacto. El masut destierra rápidamente el carbón como fuerza motriz, sobre todo en los buques de guerra y mercantes. Las ventajas son indiscutibles. En igualdad de peso, produce un 70 por 100 más calor que el carbón. No cuesta más. Ocupa menos espacio, y siendo más manejable, necesita menos personal. Un barco que con carbón sólo puede navegar quince días sin renovar su combustible, con masut puede andar cuarenta y cinco. Economía de espacio, de tiempo, de personal. Esto favorece principalmente a los grandes buques de guerra, que adoptan el masut. Las nuevas construcciones navales de varios países han renunciado al empleo del carbón. Lo mismo harán probablemente las marinas mercantes. Del masut, esto es, del petróleo depende, pues, el futuro dominio de los mares. El imperio británico, fundado en su riqueza carbonífera, que permite una mayor baratura en la producción, en la exportación de artículos elaborados y en la importación de materias primas, se ve amenazado en sus bases. «Como ocurre casi siempre, es una invención técnica la que debía modificar las relaciones entre naciones y comprometer la estabilidad de los imperios», dice Francis Delaisi en su libro *Le Pétrole* —excelente en lo informativo y tendencioso en lo político—, del que transcribimos algunos de estos datos.

Pero Inglaterra no se duerme. Vigilan sus financieros, sus estadistas, sus

técnicos. Si el petróleo ha de sustituir al carbón y el Reino Unido carece del combustible destronador, es menester monopolizarlo en países extraños. El imperio británico necesita en sus bases navales, esparcidas por todo el orbe, depósitos de la preciosa sustancia, para no depender de nadie, sobre todo de los Estados Unidos, hasta ahora el país más petrolero, que suministra el 70 por 100 del consumo total del mundo. Sigilosamente, prepara sus tentáculos de absorción. Intervienen varias compañías petrolíferas. La más poderosa es la *Shell Transport*, que originariamente se dedica, como su mismo nombre lo dice, al comercio de conchas de nácar en los mares de Oriente, y más tarde se convierte en una de las más fuertes compañías petrolíferas del mundo. Su campo de operaciones es el Asia, la Oceanía y parte del Africa. Otra compañía inglesa de gran poderío es la *Mexican Eagle*, capitaneada por Pearson, que compite con la *Standard Oil* norteamericana en la explotación del petróleo de Méjico, rivalidad que está en la raíz de todas las convulsiones de este país desde la caída de don Porfirio, inclusivamente. El grupo Pearson quiso hacer en América lo que el grupo Marcus Samuel, de la *Shell Transport*, en el Oriente del Viejo Mundo, extendiendo sus tentáculos a Venezuela, Costa Rica, Colombia y el Ecuador. Pero la intervención de los Estados Unidos logró que se revocaran los contratos y entonces fué la *Shell Transport* la que, más cauta y aleccionada por el tropiezo de su afín, la *Mexican Eagle*, pudo diplomática e imperceptiblemente instalarse en los países más próximos al Canal de Panamá y sustraer así a los Estados Unidos el monopolio del petróleo en la misma boca de ese gran tránsito marítimo.

Mencionemos otras compañías inglesas: la *Burmah Oil*, en la cual está interesado el Gobierno inglés, dedicada al petróleo de Birmania; la *Anglo-Persian Oil*, con un monopolio de treinta años para explotar todo el petróleo de Persia, y la más grande de todas las europeas, la *Royal Dutch*. Esta compañía es holandesa y tiene sus pozos en las islas de la Sonda; pero durante la guerra hizo más apretada su asociación con la *Shell Transport*, iniciada años antes, y hoy ambas empresas son en realidad una misma cosa y la

Royal Dutch es ya más inglesa que holandesa. En suma: estas cinco compañías, la *Shell Transport*, la *Royal Dutch*, la *Mexican Eagle*, la *Burmah Oil* y la *Anglo-Persian* constituyen un formidable trust petrolero, con influencia y aun ingerencia en él del Gobierno británico.

Frente a esta amalgama petrolífera se alza la *Standard Oil* yanqui, creación de Rockefeller. La grandeza de esta compañía no estriba en su magnitud, puesto que no es una, sino una serie, en que tuvo que dividirse por virtud de la ley contra los trusts, y puesto que existen millares de compañías norteamericanas—se calculan en más de 16.000 las que se dedican a la busca del petróleo—independientes de la *Standard*. Pero la independencia sólo es relativa. Un invento genial de Rockefeller las ha reducido a subordinación. La gran dificultad para la explotación del petróleo consistía en los transportes. Rockefeller tuvo la ocurrencia de instalar *pipe-lines*, líneas de grandes tuberías, llamadas oleoductos, por su semejanza con los acueductos, por donde se hace fluir el petróleo desde los pozos a los depósitos. Ya hay un proyecto para transportar el petróleo desde América a Europa, por medio del mismo sistema de tuberías, a través del Océano. El invento de Rockefeller revolucionó la técnica de explotación, y al tener él el monopolio de hecho de todo el complicado aparato requerido, se hizo el árbitro de los precios y, por consiguiente, de la producción. Así, cuando se habla de las compañías petrolíferas norteamericanas, apenas se menciona más que la *Standard Oil*, soberana de todas, aunque sólo le corresponda el 18 por 100 de la producción total de América.

Cuando la *Standard Oil* se percató del trabajo de conquista realizado por el grupo angloholandés después del armisticio, ya era tarde; el mundo estaba acotado. En octubre de 1919, los ingleses detienen a un agente de la *Standard* que había ido a Jerusalén a explorar las márgenes del mar Muerto. En noviembre del mismo año, el Gobierno norteamericano envía al inglés una enérgica Nota reclamando el régimen de puerta abierta para la explotación del petróleo en Mesopotamia. El asunto se traslada al Consejo de la Socie-

dad de Naciones, pero como los Estados Unidos no pertenecen a ella y carecen, por lo tanto, de representación en su Consejo, es de suponer que éste falle contra la República norteamericana. He aquí el petróleo como una de las causas de rozamientos y discordias entre las dos potencias mayores del mundo.

Pero si los Estados Unidos solos producen un 70 por 100 del petróleo que se gasta en el planeta, ¿qué puede importales, se dirá, que los ingleses lo acaparen fuera de su país? Si los yacimientos petrolíferos norteamericanos fueran inagotables, las inquietudes yanquis no estarían justificadas. Pero esos yacimientos no son eternos. Según el departamento geológico de los Estados Unidos, la cantidad de petróleo que puede extraerse de la tierra se calcula en unos 60.000 millones de barriles, de los cuales hay descubiertos, por los sondajes hechos hasta ahora, unos 43.000 millones. De ese total, 7.000 millones corresponden a los Estados Unidos, la mitad aproximadamente a América, y la otra mitad al resto del mundo. Los Estados Unidos contaban en 1920 con 8 millones de vehículos movidos por petróleo, que consumen 400 millones de barriles al año. De suerte que si el consumo se mantiene en la misma proporción, la República norteamericana habrá agotado sus reservas de petróleo en diez y ocho años. En cambio, todos los demás países juntos consumen sólo 200 millones de barriles al año; de suerte que aún les queda petróleo para 250 años.

Por consiguiente, si no se descubre otro combustible tan eficaz y económico como el petróleo, los Estados Unidos, al cabo de veinte años, tendrán que ser tributarios de Inglaterra, y su industria y sus marinas de guerra y de comercio no podrán rivalizar con las inglesas. Sólo les queda un recurso: apoderarse del petróleo de otros países. Pero esto es difícil en Europa, Asia y Oceanía, porque lo ha acaparado Inglaterra y porque a impedirlo acudiría también otra potencia también necesitada en gran escala de ese combustible: el Japón. La esperanza de los Estados Unidos es América, y aunque los ingleses han tendido sus redes en ese Continente, incluso en los propios

Estados Unidos, y sobre todo en el Centro, cerca del canal de Panamá, es posible que los norteamericanos traten de querer aplicar el principio de Monroe a la cuestión petrolera, como ya lo hicieron cuando el grupo Pearson inició su obra de absorción. ¿Se resignarán los ingleses a abandonar los pozos petroleros de América? He ahí un grave peligro para la paz del mundo, y si los yanquis acentúan la política petrolífera que siguen en Méjico, para la independencia de este pueblo y de todos los países centroamericanos.

Como queda dicho, las reservas de petróleo del mundo se dividen aproximadamente mitad por mitad entre América y los otros Continentes. Hasta ahora, los países que más producen, por orden de su importancia, son los siguientes: Estados Unidos, Rusia, Méjico, Indias holandesas, Rumania, India, Galitzia, Japón y Formosa, Perú, Trinidad, Alemania, Argentina, Egipto, Canadá e Italia. También se han señalado yacimientos de menos importancia en España, en la provincia de Zaragoza, en Portugal, en Francia, en el Reino Unido, en Suiza, en Grecia, en Albania y en Turquía; en Africa, además del Egipto, han dado indicios de petróleo Argelia y la República del Sur de Africa; en Asia, Siria y Palestina, Asia Menor y Armenia, Mesopotamia, Curdistán, Afghanistan, Beluchistan y algo China; en Oceanía, Nueva Guinea, las Filipinas y Australia; en América, Venezuela, Costa Rica, Colombia y casi todo el Centro. (Véase *Das Erdoel*, en cinco volúmenes, obra publicada en Leipzig, 1919, por C. Engler y H. V. Hoefer).

Como factor internacional, por su inmensa riqueza y por su situación geográfica, el más importante de los países petroleros es Méjico. Proporcionalmente, el aumento de su producción petrolífera ha sido el mayor del mundo. En 1907 extrajo un millón de barriles (cada barril tiene 42 galones). En 1913 había ascendido la extracción a más de 25 millones de barriles. En 1917 había pasado de 40 millones. Pero la capacidad de producción anual de los pozos actuales—según el geólogo mejicano don Miguel de Bustamente, en su libro *El petróleo en la república mejicana*, 1918 — es mucho

mayor: en 1917 pasaba de 200 millones de barriles, o sea, cinco veces más de la producción efectiva. La causa de que no se extraiga más es la escasez de vías de comunicación y de buques tanques. Sin embargo, la capacidad de producción en todo el país se eleva enormemente sobre la señalada. Esos 200 millones de barriles potenciales de los pozos actualmente en explotación corresponden a 600.000 hectáreas. La superficie total de los terrenos donde los estudios geológicos calculan que debe haber yacimientos petrolíferos es de 7.670.000 hectáreas, esto es, doce veces más. Suponiendo que la producción fuera equivalente, si todo el país estuviera en explotación, se tendría, por lo tanto, un total de doce veces 200 millones de barriles, o sea, 2.400 millones. En 1913, la producción del país más rico del mundo en petróleo, los Estados Unidos, fué de 2.800 barriles, poco más de lo que podría rendir Méjico. Pero la riqueza petrolífera de la república norteamericana se agota rápidamente—ya hemos visto que al consumo actual sólo durará unos veinte años—y la mejicana puede decirse que todavía está intacta. En suma, no será aventurado augurar que dentro de pocos años Méjico será tal vez el mayor productor petrolífero del mundo, el mayor productor de la sustancia más codiciada por las grandes potencias, puesto que es la base de su industria y de su poderío naval. Tamaña riqueza es a la vez la fortuna y la tragedia de Méjico.

Esa riqueza se la disputan dos grandes compañías: la *Standard Oil*, norteamericana, y la *Aguila Mejicana*, inglesa; mejor dicho, dos países, los Estados Unidos e Inglaterra. La guerra civil que azota a Méjico desde hace años arranca de la rivalidad de esas dos empresas. Cuando se descubrieron los primeros pozos de Tampico, la *Standard Oil* se apresuró a querer apoderarse de esos yacimientos del país vecino. Tropezó con grandes resistencias, que la opusieron el entonces ministro Limantour y el partido de los «Científicos» que rodeaba a Porfirio Díaz. Este grupo de hombres de gobierno apoyaba con preferencia al *Aguila Mejicana*, de Pearson, en parte por hostilidad histórica a los Estados Unidos y en parte porque veía en los

ingleses mayor consideración a los intereses de Méjico. La *Standard Oil* secundó entonces, incluso financieramente, la campaña de Madero contra don Porfirio, y con el triunfo de su protegido tuvo la preponderancia en las concesiones de petróleo. A continuación, el grupo inglés imitó a su rival, prestando su apoyo a Huerta contra Madero; detrás estaba el Gobierno británico, que se apresuró a reconocer a Huerta, emitió un fuerte empréstito y encomendó al sindicato Pearson un gran suministro de petróleo para el Almirantazgo. La lucha ha proseguido. Carranza, según todos los indicios, quiso que Méjico dejara de ser peón en la contienda entre empresas e intereses extranjeros y tendió a nacionalizar la riqueza petrolífera, para que fuera el pueblo mejicano su principal beneficiario. Esto hería a todos los intereses extranjeros, pero más a los norteamericanos, en sus esperanzas y ambiciones de monopolio absoluto. El asesinato de Carranza fué un episodio en la acerba pugna. La elección de Obregón pareció tranquilizar a los Estados Unidos, si ha de juzgarse por las muestras de júbilo con que fué recibida; sin duda, la *Standard Oil* estaba satisfecha. Pero al escribir estas líneas, se anuncian nuevos levantamientos en algunas provincias de Méjico: tal vez la *Mexican Eagle* no ve con buenos ojos la presidencia de Obregón.

¿Hasta cuándo durará esa guerra civil mejicana en que colabora la eterna ambición de los hombres al poder político con los apetitos de rivales empresas extranjeras? Una manera de concluir con esta rivalidad sería para los Estados Unidos la intervención en Méjico, so pretexto de desórdenes y daños a sus intereses; de ese modo, la *Standard Oil* podría someter o expulsar del territorio mejicano a su antagonista la *Mexican Eagle;* así la República norteamericana se desquitaría de la sigilosa labor de acaparación consumada por Inglaterra desde el armisticio. Si hay una lógica histórica, todo anuncia un desbordamiento de los Estados Unidos sobre sus fronteras meridionales: la trayectoria de un impulso tradicional, y, sobre todo, la enorme valoración ganada por el petróleo, en que Méjico es tan rico y en que la Unión se agota. ¿Consentirá Inglaterra que la eliminen de ese magnífico campo petro-

lítero? Los Estados Unidos argüirán la doctrina de Monroe contra toda ingerencia, e Inglaterra no podrá recurrir a la Sociedad de Naciones, porque por algo su rival ha eludido el ingreso. Pero mediando tan poderoso interés, es de temer que, por primera vez, no sea respetada la doctrina de Monroe y que las guerras civiles de Méjico se conviertan en terrible guerra incontinental. En los pozos petrolíferos mejicanos se está jugando la paz del mundo y, desde luego, la independencia del pueblo que ha tenido la suerte y la desgracia de haber sido dotado de tan gran riqueza.

VIII

EL MEDITERRANEO AMERICANO

En los Estados Unidos comienzan a designar al mar Caribe el «Mediterráneo de América», pero como el concepto es demasiado genérico y geográfico, hay quien prefiere—un conocido ingeniero, el Sr. Kibby Thomas—adoptar la denominación, más política e imperialista, de «mare nostrum», nuestro mar; esto es, el mar de los Estados Unidos. La expansión territorial y marítima de la República norteamericana no se detiene, como propósito, en Méjico y su golfo, sino que llega hasta Colombia y Venezuela. Y acaso tampoco sea éste su límite. Un somero examen de sus relaciones con los Estados contenidos en ese extenso y hermoso ámbito bastará para cerciorarse de sus intenciones.

De Puerto Rico nada hay que decir. Es inequívocamente una colonia norteamericana. El espíritu hispánico desaparece rápidamente, y ya muchos de los naturales de la isla hablan la lengua española como extranjeros y la inglesa como norteamericanos. La absorción total es cuestión de tiempo y parece inevitable.

Cuba defiende su personalidad con mayor energía, pero la enmienda del senador Platt al tratado con los Estados Unidos hace difícil su libertad e

independencia. Hay un artículo, el III, en ese convenio que reconoce a los Estados Unidos el derecho de intervención en Cuba. Textualmente dice así: «El Gobierno de Cuba consiente en que los Estados Unidos puedan ejercer el derecho de intervenir para la conservación de la independencia de Cuba, el mantenimiento de un Gobierno adecuado a la protección de la vida, la propiedad y la libertad individual, y el cumplimiento de las obligaciones impuestas respecto a Cuba por el Tratado de París a los Estados Unidos, las cuales asume ahora el Gobierno cubano.»

El primer caso, el de la independencia de Cuba, no se ha dado ni es fácil que se dé, porque ningún país europeo ni americano aspira a la conquista de esa isla; ninguno, excepto tal vez los Estados Unidos. Si esto ocurriera, si el guardián se convirtiese en detentador, ¿cómo habría de aplicar el tratado contra sí mismo? No lo aplicaría; más cómodo sería darlo por no existente, como tantos otros que hay violados en la historia.

El segundo caso, el de proteger a un Gobierno que defienda los derechos y libertades de los cubanos, otorga peligrosas facultades. Pues ¿quién ha de definir la naturaleza del Gobierno que se ha de amparar? No se especifica. Bien pudiera ocurrir que los Estados Unidos fueran a socorrer a un Gobierno que precisamente se hubiera hecho impopular y hubiera provocado un levantamiento revolucionario por atentar contra los derechos y libertades del pueblo cubano, como aconteció en 1906 y en 1916, para conservar en el poder a Estrada Palma y Menocal, respectivamente. En ambas ocasiones intervino la República norteamericana y quedó en suspenso la independencia de Cuba, no para proteger su libertad, sino para aherrojarla. También pudiera acaecer que un Gobierno cubano fuese desafecto a los Estados Unidos. Nada costaría a éstos, en tal trance, prestar apoyo a cualquier movimiento revolucionario para derrumbarle, como en tantas otras Repúblicas del Centro de América, y sostener luego al Gobierno victorioso en nombre de la cláusula III de la enmienda Platt. ¿Puede decirse que un país en tales condiciones de mediatización sea independiente?

La última intervención por ahora data de principios de 1921, según la nota de 3 de enero publicada por el secretario de Wilson, que dice así: «Bajo instrucciones del presidente, el comandante general Enoch H. Crowder se ha embarcado para la Habana, Cuba, en el vapor de guerra de los Estados Unidos *Minnesota*. El general Crowder va a Cuba a conferenciar con el presidente Menocal sobre las condiciones en Cuba. Continúan en Cuba la moratoria y la crisis financiera, y su solución aparece más difícil a causa de la indecisión de las elecciones presidenciales. La prolongación de la situación actual demostraría ser en extremo perjudicial para la prosperidad de Cuba y para las relaciones entre los Estados Unidos y Cuba. Como esto no puede ser sino materia del más vivo interés para este Gobierno, por las relaciones especiales que existen entre los dos países, el presidente ha dado instrucciones al general Crowder para que conferencie con el presidente Menocal acerca de los mejores medios para remediar la situación.» En este caso, no se trataba de la independencia de Cuba, ni de su libertad, sino de una simple crisis económica, y, sin embargo, el Gobierno norteamericano se consideró obligado a enviar a Cuba, no ya un diplomático profesional o un político especialista, sino un hombre militar y un barco de guerra. ¿En nombre de qué acuerdo o principio internacional podían hacer uso los Estados Unidos y acatarlo Cuba? No por virtud de ningún derecho, sino de un hecho: que la independencia cubana es nada más que una sombra.

La diplomacia del dólar y del garrote, como se la denomina en política internacional, que ha seguido la República yanqui en su «mare nostrum», ha ido adueñándose de territorios que le convenían por razones ya económicas, ya estratégicas. Las casos de Haiti, Santo Domingo y Panamá son manifestaciones elocuentes de esa política. En 1915 hubo una revolución en Haiti. Unas horas después de estallar, llegaba a Port-au-Prince el crucero norteamericano *Washington*, desembarcaba tropas y ocupaba el país. (Casi siempre suele ser una revolución, espontánea o no, el pretexto de estas ocupaciones por parte de los Estados Unidos). Se apoderaron inmediatamente

—es lo primero que suelen hacer—de las aduanas y los servicios públicos. Luego—segunda etapa—hubo elección presidencial y, naturalmente, triunfó el candidato más grato a los Estados Unidos. Por último—tercera y definitiva etapa—se concertó un tratado que convertía de hecho a Haiti en protectorado de los Estados Unidos. Y no ha habido más revoluciones, pero tampoco hay más independencia. No puede ser más simple, tutoral y ejecutiva la aplicación del monroismo, o doctrina de América para los americanos —del Norte.

La intervención en Santo Domingo fué más espinosa. Con el pretexto de una revolución en 1916, desembarcaron tropas norteamericanas en Santo Domingo y trataron de compeler a esta república a firmar un tratado por el estilo del de Haiti. Se resistieron los dominicanos, bajo la dirección de su valeroso presidente, el Dr. Francisco Henríquez y Carvajal, médico notable y hombre de vasta cultura, y entonces, el 29 de noviembre de 1916, el capitán de navío yanqui H. K. Knapp declaró la República dominicana «en estado de ocupación militar por las fuerzas de mi mando». El aparente fundamento jurídico fué que Santo Domingo había violado el art. 3.° del tratado de 1907, según el cual se comprometía a no aumentar la deuda pública sin previo acuerdo con los Estados Unidos. ¿Lo violó realmente? No ha habido prueba de ello; el Gobierno norteamericano se ha conformado sencillamente con afirmarlo y ocupar, sobre ese supuesto, un país independiente. Se apoderó, como en Haiti, de las aduanas—de esto no se olvida nunca—y de los servicios públicos; ahogó la libertad de imprenta y quiso acallar por el terror a escritores como Fabio Fiallo. La brutal tiranía duró cuatro años, hasta diciembre de 1920, en que el presidente Wilson decretó la desocupación de la República dominicana, acaso movido por la protesta moral del mundo entero, quizás a impulsos de algún remordimiento en sus postreros días presidenciales y del purificado deseo de no dejar como recuerdo de su Gobierno tan triste y lamentable herencia. Pero el hecho es que Santo Domingo ha sido durante cuatro años tiranizada colonia yanqui, y malos son

tales precedentes, que prestan aliento a los invasores y quiebran el temple moral de los invadidos.

El centro de las aspiraciones norteamericanas en Panamá, y la historia de su constitución y de la apertura de su canal es paralela a la del desenvolvimiento del imperialismo yanqui en torno del «mare nostrum» del Caribe. Todavía en 1850, los propósitos de los Estados Unidos eran poco concretos, como lo indica el tratado Clayton-Bulwer, en que la República del Norte de América e Inglaterra se comprometen a respetar la soberanía e independencia de cualquier territorio del istmo por donde pudiera abrirse un canal de enlace entre el Atlántico y el Pacífico. Este tratado va siendo tan gran estorbo para los Estados Unidos en la segunda mitad del siglo XIX y es causa de tantos rozamientos con Inglaterra, que al cabo ésta se aviene a anularlo y a concertar otro, el de Pauncefote-Hay, en 1901, por el cual se autoriza a los Estados Unidos a construir un canal bajo la dirección de su Gobierno. El monroismo, o expulsión gradual de todas las potencias europeas de todos aquellos territorios americanos que interesan a la República del Norte, triunfa aquí en toda la línea.

Pero había un obstáculo al canal de Panamá, que tales ventajas navales, políticas y económicas había de crear para los Estados Unidos, y era la resistencia del país donde iba a estar emplazado: la antigua Nueva Granada, hoy Colombia. La idea de un canal que comunicara los dos grandes mares y facilitara la navegación y el comercio entre Asia, Oceanía, las dos costas de América y Europa, era antigua, y ya los propios conquistadores españoles la concibieron y acariciaron. Sin embargo, no adquirió concreción y principio de realidad hasta 1878, en que Colombia concertó un contrato con el francés Bonaparte Wyse. Tras múltiples vicisitudes, que constituyen uno de los grandes escándalos financieros internacionales, y después de varias tentativas de transferir la concesión al Gobierno francés, a las cuales se opusieron tenazmente Colombia, en nombre del propio contrato, y los Estados Unidos, en nombre del monroismo, la compañía francesa pudo en 1902

vender sus privilegios a la República norteamericana por cuarenta millones de dólares.

Quedaba Colombia. Pero en 1903, el representante diplomático de Colombia en Washington, Herrán, y el ministro de Estado norteamericano, Hay, concertaron un tratado por el que el Gobierno colombiano cedía a los Estados Unidos un cinturón de territorio a través del Istmo, para construir un canal de un mar a otro, por un período de cien años renovable indefinidamente por plazos semejantes. Para su validez, el tratado tenía que ser sometido al Parlamento de Colombia, cuyo Senado lo rechazó por estimarlo atentatorio a la soberanía nacional. El 3 de noviembre del mismo año, estalló una revolución en la ciudad de Panamá, y la provincia de este nombre declaró su independencia frente a Colombia. Unos días antes habían llegado —curiosa casualidad—barcos de guerra norteamericanos a los puertos de Panamá en los dos mares, y el Gobierno de los Estados Unidos hizo saber al de Colombia que no consentiría desembarco de tropas. Tres días después, la República norteamericana reconocía el nuevo Estado flamante, y quince días más tarde firmaba con él un tratado para la apertura del canal, mucho más favorable que el proyectado con Colombia. La compañía francesa recibió sus 40 millones de dólares; Panamá, 10 millones por la concesión, y en 1914, Colombia, 25 millones a cambio del reconocimiento de la república separada. Panamá es hoy, de hecho, un protectorado de los Estados Unidos. Y todos tan contentos.

El caso de Nicaragua no es menos sintomático. En 1909, con el pretexto —como siempre—de una revolución, contra el presidente Zelaya, los Estados Unidos despacharon a sus costas barcos de guerra, y desde entonces, de hecho, la pequeña república ha dejado de ser independiente. Uno de los gobiernos revolucionarios posteriores pidió a la República norteamericana un empréstito a cambio del poder de intervenir en las aduanas. El Congreso norteamericano rechazó el tratado en que se daba forma a este pacto, pero el Gobierno de los Estados Unidos logró por la vía privada lo que no pudo

oficialmente, y fué que unos banqueros de Nueva York prestaran a Nicaragua millón y medio de dólares y más tarde otros 755.000 dólares. Las aduanas nicaragüenses están desde entonces en manos de los Estados Unidos. En 1916 se concertó algo más positivo: un tratado en el que por tres millones de dólares, Nicaragua otorga a la nación norteamericana el derecho de construir un canal entre el Atlántico y el Pacífico, el arrendamiento por noventa años de las islas Maiz y un punto de Nicaragua en el golfo de Fonseca para una estación naval; tratado que es renovable por igual período. Como se ve, la independencia de Nicaragua, como la de Panamá, como la de Haití, como la de Puerto Rico, como la de Cuba, es un mito. No hay más realidad que la del «mare nostrum» norteamericano.

El tratado de Nicaragua con los Estados Unidos suscitó vivas protestas por parte de Costa Rica, Honduras y Salvador, por estimarlo incompatible con otros tratados que existían previamente, sobre todo uno relativo a la apertura de un canal, que interesaba a Costa Rica, y lesivo de la soberanía de estos países, que la perdían de rechazó conjuntamente con Nicaragua. Acudieron al Tribunal centroamericano de Justicia, creado bajo la convención de Washington para dirimir toda disputa entre las cinco repúblicas del centro de América. El Tribunal de arbitraje—una de las conquistas más grandes del Derecho entre naciones—dió la razón a Costa Rica y Salvador; pero Nicaragua, bajo la presión de los propios Estados Unidos que habían patrocinado ese instituto jurídico, hizo caso omiso de los fallos, retiró su representante de dicho Tribunal y al obrar así le dió muerte para siempre. El espíritu del derecho, a que habían colaborado los mismos norteamericanos, fué arrollado por el instinto biológico de la fuerza que aspira a apoderarse de todo el Mediterráneo del Caribe.

¿Qué duda cabe que la expansión de los Estados Unidos ha de irse extendiendo a esas otras repúblicas centroamericanas, hasta ahora tan celosas de su soberanía e independencia? Unas veces, el pretexto será una revolución en que sufran algún daño súbditos e intereses norteamericanos; otras, quizás

sean los mismos revolucionarios los que llamen a los Estados Unidos, como en Nicaragua; otras, acaso se ofrezcan las aduanas a cambio de un empréstito. Pero el destino es fatal: esas naciones están en el camino de los Estados Unidos, dentro de su «mare nostrum», y ya sea por razones de estrategia naval, ya por simple codicia económica—esos países son extremadamente ricos y algunos, como Costa Rica, poseen la diabólica tentación del petróleo—es difícil que puedan mantener su independencia. La privilegiada posición que les otorga la apertura del Canal de Panamá es al mismo tiempo su trágica desdicha.

El rompimiento entre Costa Rica y Panamá en marzo de 1921, al parecer por no haber cumplido esta última los fallos sobre límites dictados por el Tribunal arbitral de los Estados Unidos, al que deben someterse todas las disputas de ese género según el tratado de 1910 entre ambos países, fué un simple incidente en la historia del intervencionismo yanqui en el centro de América. Panamá, como Nicaragua, puede burlar cualquier resolución jurídica mientras la apoyen los Estados Unidos. Esto quiere decir que en esa como en cualquiera otra ocasión habría o no guerra según la República norteamericana lo desease. Lo extraño es que Costa Rica provocase el conflicto, sabiendo que nada tenía que ganar y mucho que perder. Nadie más interesado que la República norteamericana en conflictos de ese linaje. El «mare nostrum» es un verdadero río revuelto en que sólo logran alguna presa piscatoria los Estados Unidos.

IX

RIVALIDAD YANQUI-JAPONESA

"La era mediterránea declinó con el Imperio romano y murió con el descubrimiento de América. La era del Atlántico está ahora en la cima de su desenvolvimiento y pronto agotará los recursos de que dispone. La era del Pacífico, destinada a ser la más grande de todas y a unir a toda la raza humana, al fin, en un gran consejo de naciones, está justamente en su aurora. El hombre, en su emigración hacia Occidente, ha recorrido, al fin, toda la redondez del Planeta, y los hijos del más reciente Oeste están ahora en la costa de América del Pacífico y se dan la mano, por encima del mayor de los Océanos, con aquellas antiguas razas de Asia, que habitan desde tiempo inmemorial en sus actuales países. El destino de la nación americana es estar situada al frente del disturbio que debe acompañar a este nuevo desplazamiento de los pueblos. Yo creo que la contienda será amistosa y pacífica, y lo será seguramente, si nos mantenemos tan fuertes que no tengamos que temer ninguna injusticia y si al propio tiempo respetamos escrupulosamente los derechos y sentimiento de los demás.»

Así habló en una ocasión Roosevelt, tendiendo su mirada de profeta y de águila sobre el Pacífico. El mundo, en efecto, va a cerrar el círculo de su

errático movimiento de Oriente a Occidente. Como Europa ponía su proa a América, vuelve ya América sus ojos a Asia. La expansión de los Estados Unidos se dirige al Sur y al Oeste, al Oriente histórico convertido en Occidente por el rodar de los siglos. La posesión de las islas Filipinas fué una de las primeras etapas en el proceso expansivo. Pero la aspiración yanqui, y, tras ella, el comercio y algún día quizás sus armas, alcanza al mismo Continente asiático. La Mandchuria y Corea tientan de antiguo al Estado y al capitalismo norteamericanos.

Pero hay una potencia obstructora a esta marcha: el Japón. Este país es al Asia lo que los Estados Unidos a América: la fuerza rectora y absorbente de los pueblos amarillos y la barrera de los pueblos blancos. Todavía no ha proclamado ninguna doctrina al modo de la de Monroe; pero, tácitamente, hace años que comenzó a practicarla. Asia para los asiáticos. Y no para todos, sino para los más fuertes, para los únicos fuertes: para los japoneses. La guerra de 1894 con China, por la posesión de Corea, reveló de pronto uno de los mayores misterios de la Historia, hasta ahora sin precedente: la transformación de un pueblo milenariamente decrépito y estacionario en una de las grandes potencias del mundo. La guerra rusojaponesa fué la apoteósis del Japón como pueblo moderno y el principio de su política continental: el empujón atrás de Rusia en su expansión asiática.

El gran problema de Asia es la incapacidad de la China de mantener la coherencia de su inmenso Imperio. Su indefensión ha sido el cebo de las grandes potencias. Todas han acudido a aprovecharse de su inercia y, si llegaba el momento, de sus despojos. Se había iniciado el sutil e hipócrita proceso de colonización pacífica. Durante mucho tiempo, imperó, por voluntad de Inglaterra, el régimen de «puerta abierta» o de igualdad económica para todos los países. Más tarde comenzó a substituirse este sistema por el de «esferas de influencia», qne consiste en tomar asiento en un territorio determinado e irse quedando gradualmente con él. Rusia se había instalado en Mandchuria como en casa propia, y aspiraba a extender su influencia tam-

bién a Mongolia. Alemania se había apoderado de Kiao-Chou y se había convenido en concederle otra esfera al Sur de las de Rusia. Inglaterra contaba con Wei-hai-wei, en el saliente peninsular de Shantung, y tenía puestos los ojos en el valle del Yangtse, en el Thibet y en la China meridional. Francia miraba a las provincias adyacentes de sus posesiones de Tongking. El destino de la China era el común a tantos otros imperios agónicos: el reparto. Pero la guerra rusojaponesa aventó la política de esferas de influencia y restauró el régimen de puerta abierta. ¿Lo hizo el Japón por China? Sería necedad suponerlo. Lo hizo por sí mismo, tal vez con la secreta esperanza de ser él, el Japón, algún día el único árbitro del gran hormiguero chino y con el tiempo quizá de la mayor parte de Asia. No se pierda de vista el paralelo biológico, expansivo, imperialista entre el Japón y los Estados Unidos, y se comprenderá mejor la política de ambos países en las dos orillas del Pacífico.

La tendencia del Japón es adueñarse de la China. La anexión de Corea fué el primer peldaño. La guerra rusojaponesa le otorgó privilegios importantes en materia de líneas ferroviarias en la Mandchuria. La última guerra europea le ha dejado Kiao-Chou, punto de apoyo en China del imperialismo alemán. El mar del Japón y el mar Amarillo están destinados a formar un «mare nostrum» japonés, como el de los Estados Unidos en el Caribe. ¿Quién podrá impedírselo? ¿Quién podrá estorbarle en sus ambiciones de expansión Asia adentro, movido en parte por presunción mesiánica, como la Alemania de 1914, como la América del Norte actual, y en parte por necesidad económica? No Rusia, demasiado entretenida ahora con su profunda revolución. Ni Alemania, encogida por la derrota. Ni Francia, cuyo imperialismo nunca fué tan ambicioso. Ni Inglaterra, cuya previsión la ha aconsejado concertar una alianza con un país como el Japón, tan próximo a la India y a sus dominios del Pacífico, además de ser geográfica y navalmente un formidable aliado para el caso, de ningún modo imposible, de un conflicto con la América del Norte. No hay más que un país que quiera ser obstáculo a la política expansiva del Japón: los Estados Unidos.

Tres son los motivos principales de rozamiento: Mandchuria, Corea y la emigración japonesa a la República norteamericana. Hasta la guerra ruso-japonesa, las relaciones entre el Japón y los Estados Unidos fueron cordiales: tenían de común el interés de despojar a Rusia de su influencia en Mandchuria. Ninguna neutralidad fué tan benévola y alentadora como la de los norteamericanos por los japoneses. Pero concluída la guerra, tan victoriosamente para el Japón, la actitud de los Estados Unidos cambió visiblemente. En la China, uno de los más eficaces instrumentos de dominio es el ferrocarril, favorable a la estrategia, a la penetración pacífica y al desenvolvimiento económico del país que lo posee. Los ferrocarriles chinos son o francamente extranjeros o construídos y dirigidos por capitalistas y técnicos extranjeros. Unos son ingleses; otros rusos. A modo de indemnización, Rusia se vió obligada a ceder al Japón unas líneas del Sur de Mandchuria. Esta ingerencia de los japoneses en la China por medio de vías férreas suscitó inquietudes en los Estados Unidos. ¿No daban esas líneas al Japón ventajas militares y económicas de tipo semejante a las que antes había gozado Rusia?

El primer acto de rivalidad de los Estados Unidos hacia el Japón fué proponer a las diversas potencias interesadas en la China la neutralización de sus ferrocarriles. Como es natural, rusos y japoneses se indignaron y las demás potencias se encogieron desdeñosamente de hombros. Más tarde, el mismo autor de esa malograda proposición, el ministro de Estado norteamericano, Knox, obtuvo de la China autorización para construir una línea férrea de unas mil millas, paralela a la japonesa del Sur de Mandchuria y contraria a varios tratados vigentes; pero el Japón cedió a este proyecto, tal vez por no extremar la enemistad de los Estados Unidos, acaso porque parcialmente le conviniera, aunque no sin sentirse irritado por el ostensible entrometimiento de los norteamericanos.

Comercialmente, la rivalidad entre el Japón y los Estados Unidos es también palmaria. Los japoneses compiten ventajosamente con los comerciantes del Norte de América, en Mandchuria y Corea, en parte porque tam-

bién son mejores consumidores de los productos de estos países; en parte por la mayor baratura de los productos manufacturados, debido a que la mano de obra del Japón está peor pagada que en los Estados Unidos, y también a la posición geográfica, que requiere menor gasto de transporte; y en parte a las afinidades de raza y de lengua, que hacen más fácil el comercio. Los norteamericanos se resisten a reconocer la natural evidencia de estas ventajas y creen que es la astucia y la mala fe de los japoneses lo que dificulta su asentamiento en Asia y lo que engendra una tendencia a decrecer de su comercio con esos territorios del Pacífico. No sería extraño que en lo más íntimo del ánimo de los japoneses anidara el propósito de expulsar gradualmente de Asia a todos los pueblos de raza blanca, para ejercer la hegemonía en ese Continente y servir en él de aglutinante para elaborar un gigantesco bloque de la mayor parte de los pueblos asiáticos —¿sería sorprendente que el Japón sufriese también con el tiempo la enfermedad ideológica de un Imperio Universal, como la que acaba de padecer Alemania y está ya padeciendo la República del Norte de América?—; pero si hay un país cuya eliminación del Asia y tal vez de todo el Pacífico ansían los japoneses más que la de ningún otro, son los Estados Unidos.

Aparte una comunidad de apetitos primarios, propios de países jóvenes rejuvenecidos, que establece una seria competencia entre los Estados Unidos y el Japón en Asia, y aparte las maneras, demasiado rudas y altivas de los norteamericanos, que chocan con las sutiles y delicadas de un pueblo con tanta historia como el japonés, hay otra razón que explica la animosidad de los japoneses contra los norteamericanos, y es el régimen de lo que podía llamarse puerta cerrada contra la emigración japonesa a los Estados Unidos. Hasta 1884, los japoneses emigraban poco al Norte de América. Pero en ese año la República norteamericana dicta la ley de exclusión de los emigrantes chinos y esta medida favorece la inmigración japonesa, que en el año de su mayor cifra, en 1907, asciende a 30.000 individuos. Pero en ese año culmina también la agitación de las sociedades obreras de California contra la emi-

gración de japoneses, campaña que se resuelve con un convenio de exclusión de cierto tipo de emigrante japonés, generalmente el tipo de obrero no cualificado, con objeto de evitar la competencia de salarios. La persecución de japoneses en los Estados del Pacífico, pero sobre todo en California, ha sido acerba. Se ha querido prohibir a los niños japoneses la asistencia a las escuelas comunes. Se han asaltado establecimientos de japoneses. Hay leyes locales que les impiden adquirir tierras y ejercer, por lo tanto, determinadas actividades. Millares de japoneses han regresado a su país, llenos de explicable rencor. Los norteamericanos los aborrecen y no lo disimulan. Los japoneses callan sombríos y meditabundos. Todo lo darían por bien sufrido si, por lo menos, los Estados Unidos les reconocieran el derecho de la nacionalización, que hoy se otorga a todos los inmigrantes menos a los japoneses.

¿Se comprende que el Japón quiera, en su fuero íntimo, cerrar las puertas del Asia a un país que de tal modo se las cierra a sus ciudadanos y de añadidura los desprecia y en más de una ocasión los ultraja? La actitud de los Estados Unidos estará justificada por la necesidad de mantener los altos salarios de su clase obrera, por más que los de los japoneses no hayan sido, en general, tan bajos que la competencia fuera imposible. Tal vez los norteamericanos no quieren acrecentar y agravar con la inmigración amarilla un problema trágico de raza: el de los millones de negros que no quieren asimilar ni pueden deportar ni destruir; el problema más grave de cuantos hay planteados en los Estados Unidos, a juicio de algunos de sus hombres más inteligentes. Pero esa actitud tiene que causar irritación en los japoneses y es una más en el montón de substancias inflamables que se está formando entre los dos países desde la guerra rusojaponesa.

Entretanto, ambas potencias se dan prisa en aumentar indefinidamente sus armamentos navales, que ya son, después de los de Inglaterra, los mayores del mundo. El Japón teme, sin duda, que los Estados Unidos neutralicen por las armas los privilegios económicos de su posición geográfica frente a

China. Los Estados Unidos acaso teman que el poderío japonés quiera extenderse hacia los archipiélagos de Oceanía, donde ya los norteamericanos han puesto el pie y donde hay islas que incitan a la codicia, ya por razones estratégicas, ya por su riqueza en valiosísimos productos, como el petróleo de las de la Sonda. La concesión de la isla Yap, en las Carolinas, por la Liga de Naciones a los japoneses no hubiera suscitado tal descontento en los Estados Unidos, aun siendo grande su importancia como estación de cables, sino por lo que hay de sintomático. Inglaterra vigila a lo lejos la rivalidad de las dos novísimas potencias, tan semejantes en sus apetitos, necesidades y quimeras, y acaso piensa, conforme a una fatal filosofía de la Historia, siempre confirmada por el curso de los siglos, que es inevitable que esos dos astros ascendentes choquen un día de manera espantosa, para que el mundo recobre su equilibrio, otra vez amenazado. Triste destino el de esta pobre Humanidad que parece no tener otro objeto que el dar vueltas al planeta, erigiendo imperios sobre las ruinas de los caídos y destruyendo inmediatamente los que acaba de levantar; castigando la soberbia de unos pueblos y cayendo en seguida los castigadores en el mismo pecado de los que recibieron castigo. La rivalidad americano-japonesa indica, o que la vida de los pueblos tiene exigencias superiores a la vida y riqueza de sus individuos, o—sin meternos en honduras—que pocos son bastante discretos para escarmentar en cabeza ajena, acaso porque les falta o les sobra la propia...

EPÍLOGO

EL NIÑO GIGANTE

Envejecido, sustentándose en un bastón, arrastrando los pies, dolorosa ruina humana, Wilson salió por última vez del edificio donde se había celebrado el último Consejo de ministros. Hay en el expresidente norteamericano algo de rey destronado o de dios expulsado del Olimpo. O, quizá mejor, algo de héroe trágico, vencido por una fatalidad externa, más fuerte que su espíritu.

En el balance que la Historia haga de Wilson habrá dos partes: la de sus pensamientos y la de sus obras. Sus pensamientos fueron siempre nobles y encendidos de emoción humana. Era el suyo un lenguaje que pocos políticos contemporáneos entienden y casi ninguno habla, lindero de la lírica y del estilo profético. Sus obras, en su mayoría, son lamentables. ¿Sus obras? Mejor sería decir las de sus escuderos, las de sus ejecutores, las de los que van tras el botín y no tras la idea pura. Pero, aunque él no autorizara las obras de sus ejecutores y aunque probablemente las repudiara en su fuero íntimo, la posteridad le hará a él responsable de cuanto aconteció bajo su era presidencial, de todos los tratos y contratos de los Estados Unidos.

Quiso dotar al mundo de una constitución internacional denominada Liga de Naciones, y el mundo se rió de él después de aprovecharse las grandes potencias de lo que había de utilitario en la idea. Sus conciudadanos consintieron en que su idealismo apareciera como la encarnación de todo un pueblo; pero cuando llegó el instante de ponerlo en práctica, con los sacrificios a que se obliga ejemplarmente el propio idealista, su pueblo le dejó solo, y lo que parecía creación colectiva de los Estados Unidos, la Liga de Naciones, nadie la desautorizó tan pronto y mortíferamente como los propios creadores.

En el resto de América proclamó, renovando la doctrina de Monroe, la independencia y soberanía de todos los países. Pero el destino le reservaba la ingrata misión de presidir el período más intervencionista de los Estados Unidos, el más atentatorio contra la soberanía e independencia de gran número de repúblicas. En su tiempo, bombardearon fuerzas norteamericanas la costa de Méjico y desembarcaron tropas en Veracruz; hubo varias revoluciones en este país y se asesinó a Carranza, el mayor enemigo de la orgía internacional de petróleo mejicano. En su tiempo, los Estados Unidos convirtieron de hecho en protectorados a Haití, a Santo Domingo y a Nicaragua; Panamá lo era ya anteriormente. La teoría del «mare nostrum», del Caribe para los Estados Unidos, complementaria de la idea de un gran imperio que abrace la mitad del continente americano, desde el estrecho de Behring hasta el canal de Panamá, incluyendo el Canadá, las Antillas, Méjico y las repúblicas centroamericanas, nunca había hecho tan poderoso avance como en tiempo de Wilson.

El máximo imperialismo en el período regido por uno de los Presidentes más idealistas de los Estados Unidos. ¿Cómo explicarse este contrasentido? ¿Consistirá en que su idealismo era falso, nada más que de palabras? A pesar de todas las apariencias, creemos recalcitrantemente en la sinceridad de Wilson, y esa imagen suya de última hora, agobiado, deshecho física y moralmente, se nos aparece como la imagen de una tragedia íntima, de una

conciencia elevada, pero débil, vencida por una realidad innoble, pero poderosa.

La explicación es mucho más sencilla, y tal vez el caso de Wilson sea representativo, y no infrecuente en otras esferas, de la época moderna. Los Estados Unidos venían oyendo de todas partes reproches de excesivo practicismo, de estar sobradamente dominados por apetitos y fines materialistas. Wilson, un hombre distante del mundo de los negocios, procedente del reino sereno del estudio, del desinterés y de la meditación, cubriría con el pabellón de su idealismo la mercancía y la nave utilitaria del Estado norteamericano. Wilson sería el capitán iluso que cree navegar en dirección a sus sueños, mientras el buque se deja arrastrar en sentido contrario por la corriente de los grandes intereses económicos. Wilson quiso recoger en su vela todos los vientos de un régimen económico tan pletórico y desbordante como el de la República norteamericana; pero, en vez de guiar él, y acaso creyendo que guiaba, ha sido él el arrastrado, y cuando en su ilusión fué demasiado lejos, o cuando ya no era necesario, le dejaron sin autoridad y en ridículo. La pesadumbre de la burla o del fracaso es la que súbitamente, como un rayo, le convirtió, de hombre público, en cadáver público.

Parece difícil querer armonizar ningún idealismo con las fuerzas prácticas que constituyen la esencia del mundo moderno. A veces, el materialismo imperante gusta de cubrirse con el prestigio de una personalidad como Wilson, para obrar más desenvuelta y vorazmente a su sombra. Pero la tragedia del individuo crédulo y desinteresado es inevitable. La época actual sólo es provechosa para los hombres de presa, de garras y dientes. Sobran las ideas.

De todos los países modernos, en ninguno ha sido el materialismo tan preponderante como en los Estados Unidos. Toda la vida de la nación está dominada por el apetito de utilidad. Hay un libro, *Our America*, de un joven y brillante escritor norteamericano, Waldo Frank, en que aparece convincentemente descrito el proceso psicológico del utilitarismo yanqui, desde

los tiempos originarios del *pioneer*, explorador, hombre fronterizo, y del puritano del Mayflower, como consecuencia de la doble lucha con la naturaleza exterior y con los instintos. «Bajo el imperio de las exigencias del *pioneer*—dice Frank,—en la completa absorción de las energías humanas por los negocios empíricos, se materializó la religión. Quedaron las palabras místicas. De hecho, sin embargo, la religión se convirtió en importante auxiliar de los asuntos de la vida», y «la negación de los sentidos dejó en libertad una mayor energía para la caza del poder y la riqueza», y «los sentidos, mortificados por los preceptos ascéticos—que tan bien se ajustaban a las crudas condiciones del país—tomaron su venganza en una desatrillada busca de riquezas.»

El utilitarismo fué universal. «La misma convicción utilitaria prosigue Frank—se afirmó en nuestras universidades. La mayor parte de las primitivas instituciones de enseñanza superior tenían en los Estados Unidos raíces teológicas. Y los lazos íntimos entre la Iglesia y el comercio fueron atemperados por la enseñanza. Al principio, solo una minoría, las clases adineradas fueron al colegio. Aquí se preparó a la juventud americana, ya para aquellas profesiones que sostenían el sistema social de explotación o ya, más directamente, se le educó en una cultura académica general, cuyas significaciones todas coincidían con el sentido de la santidad de la propiedad y con la moral del éxito. La literatura y las artes hallaron su lugar en las universidades. Hallaron su lugar en la primitiva vida urbana de los Estados del Este. Pero existía una implícita inteligencia de cuál debía ser ese lugar. La «cultura», que el americano se había visto obligado a dejar atrás, en Europa, se convirtió en un artículo que podía recobrarse con dinero: una insignia de posición y prestigio, y, finalmente, una especie de cebo para la pesca de peces menos astutos.» «La convicción utilitaria rige en las universidades de Yale y Harward, no menos que en los cursos de extensión de los colegios del Oeste y en las difundidas escuelas para empapelar y para escribir cuentos. Así también la única filosofía que América puede justamente proclamar como

propia. Estábamos en el nivel cultural en que apetecíamos pensamiento sistemático, y desarrollamos el pragmatismo. La medida pragmática de los valores es la utilidad.» «Conforme a su norma, el mundo es el paradigma de progresar, del éxito. Los valores de la vida pierden su inherencia y se subordinan a la concepción abstracta del progreso, en el cual está realmente colocado el mundo como una especie de locomotora.» «La vida es una máquina, y como una máquina, produce externamente. En consecuencia, el deseo individual es malo, salvo en tanto que se conforma a la actividad abstracta de la máquina.»

Hay en el libro de Frank una imagen que representa exactamente al pueblo americano: la de un niño gigante. «Nada hay más horrible que un cuerpo físicamente maduro, movido por un cerebro infantil». «El cerebro de un niño en el cuerpo de un niño es una flor. El cerebro de un niño en el cuerpo de un hombre o de una mujer es un espectáculo repelente». El resultado de este infantilismo que podría llamarse elefantino es un exagerado y ciego optimismo. «América—continúa Frank—fué construída sobre un sueño de tierras encantadas, y el sueño se ha hecho realidad. Persiste el sueño en los problemas, infinitamente más duros, de salud social y física. Creemos en nuestra estrella. Y no creemos en nuestra experiencia. América está llena de pobreza, de enfermedades sociales, de opresión y degeneración física. Pero no queremos creer que sea así. Nos asoleamos en el benigno engaño de que nuestra libertad es perfecta. Del mismo modo, el *pioneer*, destrozado por los indios, destruído por las fiebres malarias, destruído por el desierto y la montaña sin cima, no quería creer en todo eso; sólo creía en avanzar. Sin embargo, hay una gran diferencia. La hazaña física tenía mejor éxito inconscientemente y estimulada por un sueño. El crecimiento espiritual, sin afrontar el mundo, es una concepción imposible.»

Resumiendo el sombrío cuadro de Waldo Frank: «El industrialismo barrió la tierra americana y la hizo rica. Penetró en el alma americana y la hizo pobre. Nuestras aldeas y ciudades estuvieron pronto llenas de tullidos

y destrozados. Un mundo doblegado, increador, fué testigo del destino del espíritu humano en una civilización que sólo podía persistir negando la experiencia, por la mecanización del deseo. Pues el deseo no podía negarse. Se enfermó, se encogió, se desenvolvió perversamente. Buscó expresión en las artes neuróticas, en religiones obversamente sensuales, en un sádico impedimento de los deseos de los demás: en todas esas torsiones mentales que hicieron que un exacto observador como el señor Chesterton nos juzgara avejentados y decrépitos.»

Este niño gigante, todo mecanización e incapaz de toda crítica, es el que está ahora en el cruce principal de los caminos del mundo, entre Europa y Asia, todo apetencia, sin idea de límite, mesiánico, ávido de poder, riqueza y gloria, ebrio de propia Historia, no aleccionado aún por la experiencia común, que es la Historia universal. La conjunción y armonía de todos sus componentes en esas rutas psicológicas y geográficas del dominio han de engendrar grave inquietud en todo observador de los trágicos destinos del mundo. No hay ninguna disonancia. La clase capitalista sigue su ley de crecimiento y absorción, por encima de las fronteras de la tierra y del mundo moral. La clase obrera no ha madurado aún en el sentido de que sus males deben buscar remedio en un cambio de raíz del régimen imperante: su ideal es todavía el del individuo primitivo, el *pioneer*, cuya suerte puede transformarse y llegar a convertirse de paria en multimillonario a poco que la suerte, el capricho de los hados ayude. La prensa, en vez de ser reflexión, freno, prudencia, maestra experimentada en el destino de otros pueblos, es, con rarísimas excepciones, fuelle de todas las pasiones de la riqueza y el poderío, instigadora y encubridora de todos los extravíos de los conductores. La mujer es otro acicate: flojo el sentimiento de la familia y no ganada aún por el espíritu público, necesita constantes, crecientes, ilimitadas riquezas que la distraigan de un estéril ocio en que todavía no ha hallado su nueva personalidad. El oro indígena—en sus innumerables formas de dones naturales—se agota y sus guardianes miran sobre las fronteras y sobre los mares, al Sur y

a Occidente, al centro de América, a Oceanía y Asia, en busca de nuevos campos de explotación; el águila inquiere con los ojos los países y pueblos donde ha de clavar sus garras. Tiemblan las víctimas, actuales ya o en potencia: Méjico, las Antillas, las repúblicas centroamericanas, las islas del Pacífico; Inglaterra y el Japón se inquietan, secan su pólvora y afilan sus armas; los pueblos hispánicos sienten sobre sus espaldas el escalofrío de las invasiones y ven en las escalas del mundo el problema de su independencia, de su integridad y de su personalidad histórica formada por la raza y la lengua. El planeta vuelve a un período de zozobras semejante al que media entre 1870 y 1914 y acaso se resuelva en análoga tragedia intercontinental, que sería la catástrofe definitiva de una civilización milenaria. La preparación armada sería inútil para impedir el desastre; antes bien, lo agravaría, precipitándolo. No hay más esperanza que el clamor moral, y antes el conocimiento de lo que se fragua. A eso responden las páginas de este libro. Quieren ser un aviso y el comienzo de una actitud. Sentimos excesiva estimación por los Estados Unidos para callar ante un proceso de su desarrollo que está destinado a destruir tantas energías y bienes propios y ajenos. No olviden la reciente tragedia de Alemania, ni la anterior de la Francia napoleónica, ni la de la España filipina, ni la de todos los que soñaron con un imperio universal, idea-tumba de tantos imperios.

ÍNDICE

Páginas.

Prólogo 1

INTERPRETACIONES Y VISIONES

I. Un mundo flotante 5
II. Un mundo convulso 11
III. Cantidad y maquinismo 19
IV. Un rascacielos de 58 pisos 23
V. Un pueblo juvenil y céntrico 29

LA EVOLUCIÓN ECONOMICA

I. La riqueza nacional 35
II. Distribución de la riqueza 39

LA EVOLUCIÓN SOCIAL

I. Los caballeros del trabajo 45
II. Una Asociación terrorista 49
III. Una gran burocracia obrera 53
IV. Empirie contra teoría 57
V. Aún hay clases en la clase obrera 61
VI. Samuel Gompers o el profeta práctico 66
VII. Una democracia sin libertad 72
VIII. De la utopía al socialismo 75
IX. Del anarquismo al sindicalismo 79
X. La escuela Rand 84

Páginas.

EL FEMINISMO

I. Un caso de mujer nueva 91
II. Un matrimonio muy siglo xx 96

LA HISPANOFILIA

I. Español, lengua de moda 103
II. Hispanofilia inquietante 107
III. Hispanofilia fecunda 110

LA PRENSA

I. El poder de la prensa 117
II. Por detrás de los periódicos 122
III. Una escuela de periodismo 127

LA POLÍTICA INTERNACIONAL

I. Una nación que se desliga de la Liga de Naciones 135
II. Monroe y la Liga de Naciones 141
III. La rivalidad britaniconorteamericana 147
IV. La ofensiva norteamericana 151
V. Un profeta del yanquismo 155
VI. El intervencionismo en Méjico 162
VII. La lucha por el petróleo 171
VIII. El mediterráneo americano 180
IX. Rivalidad yanquijaponesa 188
Epílogo. El niño gigante 195

THIS BOOK IS DUE ON THE LAST DATE
STAMPED BELOW

RENEWED BOOKS ARE SUBJECT TO IMMEDIATE
RECALL

LIBRARY, UNIVERSITY OF CALIFORNIA, DAVIS

Book Slip–50*m*-12,'64(F772s4)458

PRECIO: 5 PTAS.

Gaylord
PAMPHLET BINDER
Syracuse, N. Y.
Stockton, Calif.

351363

E169
A66

Araquistain, L.
El peligro yanqui.

LIBRARY
UNIVERSITY OF CALIFORNIA
DAVIS